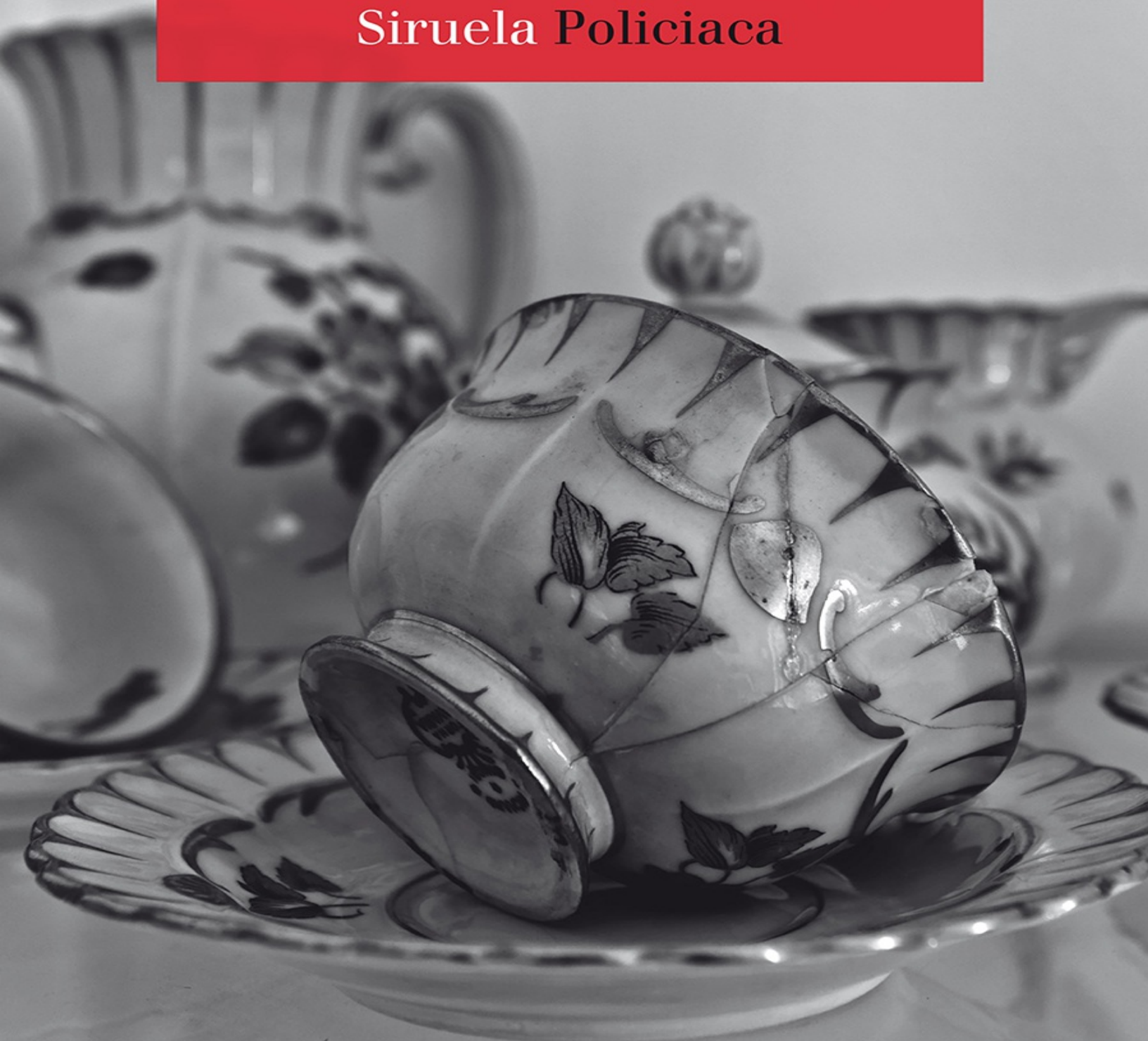


NO DUERMAS MÁS

P. D. James

Siruela Policiaca



# **NO DUERMAS MÁS**

**P. D. JAMES**

**P. D. James**

**No duermas más**

Traducción del inglés  
de Raquel García Rojas

**Siruela**

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: febrero de 2020

Título original: *Sleep No More. Six Murderous Tales*

En cubierta: fotografía de Giovanni Guarino Photo / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

«The Yo-Yo», written in 1996; revised as «Hearing Ghote» in *The Verdict of Us All*, ed. Peter Lovesey, © P. D. James, 2006

«The Victim», first published in *Winter's Crimes 5*, ed. Virginia Whitaker, © P. D. James, 1973

«The Murder of Santa Claus», first published in *Great Detectives*, ed. D. W. McCullough, © P. D. James, 1984

«The Girl Who Loved Graveyards», first published in *Winter's Crimes 15*, ed. George Hardinge, © P. D. James, 1983

«A Very Desirable Residence», first published in *Winter's Crimes 8*, ed. Hilary Watson, © P. D. James, 1976

«Mr. Millcroft's Birthday», first published as «The Man Who Was 80» in *The Man Who*, © P. D. James, 1992; revised as «Mr. Maybrick's Birthday», c. 2005

© The Estate of P. D. James 2017

© De la traducción, Raquel García Rojas

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18245-10-7

Conversión a formato digital: María Belloso

## EL YOYÓ

Encontré el yoyó la víspera de Nochebuena, de esa forma en la que uno se topa con reliquias del pasado largo tiempo olvidadas, mientras ordenaba algunos de los papeles aún sin examinar que perturban mis años de vejez. Ese día cumplía setenta y tres años y supongo que me asaltó un arrebató de *memento mori*. La mayor parte de mis asuntos llevaban años arreglados, pero siempre queda un embrollo en algún sitio. El mío estaba en seis viejas cajas archivadoras guardadas en el estante superior del armario de una habitación de invitados que apenas usaba, cajas por lo general apartadas de mi vista y de mi memoria. Pero entonces, sin ninguna razón en particular, irrumpieron en mi pensamiento con una irritante perseverancia. Tenía que revisar su contenido y bien clasificar o destruir los documentos. Henry y Margaret, mi hijo y mi nuera, esperarían que, como el más meticoloso de los padres, les hubiera ahorrado hasta esa mínima molestia en el momento de mi muerte. No tenía nada más que hacer. Estaba esperando, con la maleta preparada, a que Margaret viniese a recogerme con el coche para una Navidad en familia que habría preferido mil veces pasar solo en mi piso de Temple. A recogerme. Eso pueden hacernos sentir, con tanta facilidad, a los setenta y tres; un objeto, no exactamentepreciado pero acaso quebradizo, que hay que coger con cuidado, custodiar y luego devolver a su sitio con el mismo celo. Estaba listo demasiado pronto, como siempre. Quedaban casi dos horas por delante hasta que llegara el coche. Tiempo para ordenar las cajas.

Los archivadores, llenos a reventar y uno de ellos con la tapa rota colgando, estaban atados con una fina cuerda. Al deshacer el nudo y abrir la primera caja, me llegó un nostálgico olor, medio olvidado, a papeles viejos. Llevé la caja hasta la cama, me puse cómodo y empecé a hojear una miscelánea de documentos de mis días en la escuela preparatoria: viejos boletines de notas — algunas observaciones con la tinta amarillenta, y otras tan nítidas como si las hubiesen escrito el día anterior—, cartas de mis padres aún en sus precarios sobres, cuyos sellos extranjeros había arrancado para regalárselos a compañeros de colegio que los coleccionaban, uno o dos cuadernos de ejercicios con trabajos muy bien calificados que probablemente había guardado para enseñárselos a mis padres en su siguiente permiso. Al levantar uno de estos últimos, descubrí el yoyó. Era justo como lo recordaba: de un rojo vivo, brillante, agradable al tacto y muy bonito. La cuerda estaba enrollada con esmero y solo se veía el lazo del extremo para el dedo. Cerré la mano sobre la suave madera. El yoyó encajaba con precisión en mi palma. Estaba frío, incluso para mí, que rara vez tengo ya las manos calientes. Y, con esa sensación, me inundaron los recuerdos. La expresión está trillada pero es certera; llegaron como una marea creciente y me arrastraron de vuelta a aquel mismo día de hacía sesenta años, el 23 de diciembre de 1936, el día del asesinato.

Yo estaba en la escuela preparatoria de Surrey y, como de costumbre, iba a pasar la Navidad

con mi abuela viuda en su casa de campo de West Dorset. El viaje en tren era tedioso, requería hacer dos trasbordos y en el pueblo no había estación, de modo que ella solía enviar su propio coche a buscarme. Pero aquel año fue distinto. El director me llamó a su despacho para explicármelo.

—Esta mañana he recibido una llamada telefónica de su abuela, Charlcourt. Al parecer, su chófer está indispuesto y no podrá venir a por usted. Lo he arreglado para que Carter le lleve hasta Dorset en mi automóvil. Lo necesito hasta después del almuerzo, no obstante, así que llegarán más tarde de lo habitual. Lady Charlcourt ha sido tan amable que le ha ofrecido una cama para pasar la noche. Además, el señor Michaelmass le acompañará. Lady Charlcourt lo ha invitado a pasar la Navidad con ustedes, pero sin duda ya le habrá escrito al respecto.

No lo había hecho, pero no se lo dije. A mi abuela no le gustaban mucho los niños y a mí me toleraba más por el vínculo familiar —después de todo, yo era, al igual que su único hijo, el heredero necesario— que por cariño. Cada Navidad hacía lo que podía, disciplinada, para procurar mantenerme más o menos entretenido y a salvo. Siempre tenía una cantidad suficiente de juguetes apropiados para mi sexo y edad, que compraba su chófer según las sugerencias que mi madre le indicaba por carta, pero no había risas ni otros niños que me hiciesen compañía, ni adornos navideños ni afecto. Sospechaba que mi abuela habría preferido, con mucho, pasar la Navidad sola antes que con un muchacho aburrido, inquieto y descontento. No la culpo. Cuando he llegado a su edad, me siento exactamente igual.

Sin embargo, mientras cerraba la puerta del despacho del director, el resentimiento y la indignación me oprimían el pecho. ¿Es que ella no sabía nada de mí ni sobre el colegio? ¿No se daba cuenta de que las vacaciones ya iban a ser bastante aburridas sin la mirada inquisidora y la afilada lengua de Amenaza Mike? Era, de lejos, el maestro más impopular de la escuela: pedante, hiperrestricto y dado a ese cáustico sarcasmo que a los jóvenes les resulta más difícil de soportar que los insultos proferidos a gritos. Ahora sé que era un profesor brillante. A él le debía, en gran parte, mi beca en la preparatoria. Tal vez fuese esa circunstancia y el hecho de que Amenaza Mike había estudiado con mi padre en Balliol lo que motivó la invitación de mi abuela. Puede incluso que mi padre le hubiese escrito para sugerírselo. Me sorprendía menos que el señor Michaelmass hubiera aceptado. Las comodidades y la excelente comida de una casa de buena posición serían un cambio mejor recibido que la residencia espartana y la cocina institucional del colegio.

El viaje fue tan aburrido como esperaba. Cuando el viejo Hastings iba al volante, me dejaba sentarme en el asiento delantero, junto a él, y me entretenía con historias sobre la infancia de mi padre, pero ahora yo estaba atrapado en la parte de atrás con un mudo señor Michaelmass. La mampara de cristal que nos separaba del conductor iba cerrada, y lo único que podía ver era la parte de atrás de la rígida gorra de su uniforme, que el director siempre insistía en que Carter se pusiera cuando hacía las veces de chófer, y sus manos enguantadas sobre el volante.

Carter en realidad no era chófer, pero tenía que llevar en coche al director cuando el prestigio exigía esa añadidura a su estatus. El resto del tiempo, era en parte jardinero y en parte hombre para todo. Su mujer, frágil y de rostro amable, que parecía casi una niña, era enfermera en una de las tres residencias del colegio. Su hijo, Timmy, era alumno de la escuela. No fue hasta más tarde cuando comprendí del todo ese curioso acuerdo. Carter era, según oí por casualidad decir al padre de un compañero, «un hombre de clase muy superior». Nunca supe qué desgracia personal lo había llevado a aceptar aquel trabajo. Al director le salían baratos los servicios de Carter y de su mujer porque les ofrecía alojamiento y educación gratuita para su hijo. Probablemente les

pagaría una miseria. Si para Carter aquello suponía un agravio, nosotros, los estudiantes, no lo sabíamos. Nos acostumbramos a verlo por los jardines, alto, pálido, de cabello oscuro y, cuando no estaba ocupado, siempre jugando con el yoyó rojo. Era un juguete muy popular en los años treinta, y Carter era un experto en los espectaculares lanzamientos que los demás practicábamos con nuestros propios yoyós, pero que nunca conseguíamos hacer.

Timmy era un niño demasiado pequeño para su edad, enfermizo y nervioso. Siempre se sentaba al final de la clase, solo e ignorado. Uno de los chicos, un esnob más atroz que el resto de nosotros, decía: «No entiendo por qué tiene que estar en nuestra clase ese arrastrado de Timmy. Mi padre no paga una matrícula para esto». Pero a los demás nos daba igual que estuviese o no y, en la clase de Amenaza Mike, Timmy era una baza positiva porque alejaba del resto el terror de aquella lengua afilada y sarcástica. No creo que en el caso del señor Michaelmass la crueldad tuviera nada que ver con el esnobismo o que se considerase cruel siquiera. Simplemente era incapaz de tolerar el desperdicio de sus habilidades para la enseñanza con un muchacho nada receptivo y falto de inteligencia.

Sin embargo, nada de eso me ocupaba la mente durante el viaje. Sentado bien lejos del señor Michaelmass, en un rincón del coche, estaba absorto en mi rencor y mi desesperación. Mi acompañante prefería viajar a oscuras además de en silencio y no llevábamos ninguna luz encendida. Yo tenía un libro y una linternita y le pregunté si le molestaba que leyera. Me contestó: «Por supuesto, lee, muchacho» y volvió a hundirse en el cuello de su grueso abrigo de *tweed*.

Saqué mi ejemplar de *La isla del tesoro* e intenté concentrarme en el oscilante haz de luz. Pasaron las horas. Fuimos cruzando pueblos y aldeas y era un alivio para el aburrimiento mirar por la ventanilla y ver las calles iluminadas, los llamativos escaparates decorados de las tiendas y el afanoso torrente de compradores de última hora. En uno de los pueblos, un grupito de gente que cantaba villancicos con el acompañamiento de una banda de viento hacía tintinear sus latas para el aguinaldo. El sonido parecía seguirnos mientras dejábamos la luz atrás. Era como viajar a través de una oscura eternidad. Yo conocía la ruta, claro, pero Hastings solía recogerme el 23 de diciembre por la mañana y hacíamos la mayor parte del camino de día. Ahora, sentado junto a esa silenciosa figura en la penumbra del coche y con las tinieblas echándose por la ventanilla como una pesada manta, el viaje parecía interminable. En un momento dado, noté que empezábamos a ascender y pronto pude oír el distante y rítmico latido del mar. Debíamos de estar en la carretera de la costa. Ya no quedaba mucho. Iluminé la esfera de mi reloj de pulsera con la linterna. Las cinco y media. Llegaríamos a casa de mi abuela en menos de una hora.

Entonces, Carter redujo la velocidad y nos sacó con un ligero tumbo al borde del camino. El coche se detuvo. Abrió la mampara y dijo: «Lo siento, señor. Tengo que salir. Una llamada de la naturaleza».

El eufemismo me dio ganas de reír como un tonto. El señor Michaelmass vaciló un instante y luego dijo: «En ese caso, será mejor que salgamos todos».

Carter rodeó el coche y, muy minucioso, nos abrió la puerta. Salimos al accidentado margen de la carretera, a la negra oscuridad y a los remolinos de nieve. El mar ya no era un murmullo de fondo, sino un estruendoso rugido. Al principio solo fui consciente de los copos de nieve sobre mis mejillas, las dos oscuras figuras que estaban a mi lado, la absoluta negrura de la noche y el intenso olor salobre del mar. Luego, conforme los ojos se me acostumbraban a la oscuridad, vi la forma de una gran roca a mi izquierda.

—Ve detrás de ese peñasco, chico. No tardes mucho. Y no te alejes.

Me acerqué al risco, pero no me metí detrás, y las dos figuras desaparecieron de mi vista, el señor Michaelmass andando hacia el frente y Carter a la derecha. Un minuto después, al dar la espalda a la pared rocosa, ya no veía nada, ni el coche ni a ninguno de mis acompañantes. Sería mejor esperar hasta que alguno de los dos reapareciese. Hundí la mano en el bolsillo y, casi sin pensar, saqué la linterna y la encendí apuntando hacia el cabo. El haz de luz era angosto pero potente. Y, justo en ese momento, vi el asesinato.

El señor Michaelmass estaba de pie, muy quieto, a unos treinta metros de distancia, una oscura silueta recortada contra el cielo, más claro. Carter debía de haberse movido con mucho sigilo sobre la fina alfombra de nieve hasta situarse tras él. Entonces, en ese segundo en el que las negras figuras fueron sorprendidas por el rayo de luz, vi que Carter se abalanzaba bruscamente hacia delante, con los brazos extendidos, y me pareció sentir en la parte baja de la espalda la fuerza de aquel fatídico empujón. Sin hacer un solo ruido, el señor Michaelmass desapareció. Donde antes había dos sombras indefinidas, ahora solo quedaba una.

Carter sabía que yo lo había visto, ¿cómo no iba a saberlo? El rayo de luz había llegado demasiado tarde para impedir que él lo hiciera, pero entonces se dio la vuelta y la luz le iluminó por completo el rostro. Estábamos solos en aquel promontorio. Curiosamente, no tuve ningún miedo. Supongo que lo que sentía era sorpresa. Avanzamos el uno hacia el otro casi como dos autómatas. Al hablar, advertí un deje de simple asombro en mi voz.

—Lo has empujado. Lo has asesinado.

—Lo he hecho por el chico —repuso él—. Que Dios me ayude, lo he hecho por Timmy. Era él o mi hijo.

Me quedé mirándolo en silencio un momento, consciente de nuevo del suave tacto líquido de la nieve derritiéndose por mis mejillas. Iluminé el suelo con la linterna y vi que los dos rastros de pisadas no eran ya más que tenues borrones sobre la nieve. Pronto quedarían ocultos bajo aquel manto blanco. Luego, aún sin hablar, me di la vuelta y caminamos juntos hacia el coche, casi en amistosa compañía, como si no hubiera pasado nada, como si esa tercera persona fuese caminando a nuestro lado. Tengo el recuerdo, pero quizá me equivoque, de que en algún momento Carter pareció tropezar y yo lo agarré del brazo para sujetarlo. Cuando llegamos al coche, su voz sonaba apagada y sin esperanza.

—¿Qué va a hacer?

—Nada. ¿Qué se puede hacer? Ha resbalado y se ha caído por el precipicio. Nosotros no estábamos ahí. No lo hemos visto, ninguno de los dos. Tú has estado conmigo en todo momento. Estábamos los dos junto a esa roca. No te has apartado de mí ni un segundo.

Al principio no dijo nada y, cuando al fin lo hizo, tuve que aguzar el oído para entenderlo.

—Lo tenía planeado, que Dios me ayude. Lo tenía planeado, pero ha sido el destino. Si tenía que pasar, pasaría.

Aquellas palabras no significaron mucho para mí entonces, pero más tarde, con la edad, creo que entendí lo que dijo. Era una forma, tal vez la única, de liberarse de la responsabilidad. Aquel empujón no había sido un impulso repentino e incontenible. Lo había planeado, había elegido el lugar y el momento. Sabía exactamente lo que iba a hacer. Pero había muchas cosas que no estaban en su mano. No podía estar seguro de que el señor Michaelmass fuese a querer bajarse del coche ni de que se pondría tan cerca del borde del acantilado. No podía estar seguro de que la oscuridad fuese a ser tan absoluta ni de que yo me fuese a quedar lo bastante lejos. Y un elemento había jugado en su contra: no sabía nada de mi linterna. Si hubiera fallado en aquella ocasión, ¿habría



vuelto a intentarlo? Quién sabe. Es una de las muchas preguntas que nunca le hice.

Me abrió la puerta de atrás, irguiéndose de pronto, un respetuoso chófer haciendo su trabajo. Cuando entré, me di la vuelta y le dije: «Tenemos que parar en la primera comisaría que veamos y contar lo que ha pasado. Deja que hable yo. Y será mejor que digamos que fue el señor Michaelmass, y no tú, el que quiso que parases el coche».

Ahora pienso en mi pueril arrogancia con cierta repulsa. Aquellas palabras tenían el tono de una orden. Si le molestó, no dio señal alguna de ello. Y dejó que hablara yo, limitándose a confirmar en silencio mi historia. La conté por primera vez en la comisaría del pequeño pueblo de Dorset al que llegamos quince minutos después. La memoria siempre es inconexa, episódica. Un impulso de la mente aprieta un botón y, como una diapositiva en color, el cuadro se proyecta de pronto sobre la pantalla, vívido, inmóvil, un instante resplandeciente fijado en el tiempo entre largos periodos de oscuro vacío. De la comisaría, recuerdo una lámpara alta y los copos de nieve arremolinándose fuera, en la oscuridad, hasta acabar chocando como polillas contra el cristal; una gran chimenea de carbón en un pequeño despacho que olía a cera para muebles y café; un oficial, enorme, imperturbable, tomando nota de los detalles; y las gruesas capas impermeables de los policías cuando salían a grandes zancadas para empezar la búsqueda. Llevaba pensado exactamente lo que iba a decir.

—El señor Michaelmass le ha dicho a Carter que parase el coche y hemos salido. Ha dicho que era una llamada de la naturaleza. Carter y yo hemos ido a la izquierda, junto a un peñasco, y el señor Michaelmass ha seguido de frente. Estaba tan oscuro que ya no hemos vuelto a verlo. Lo hemos esperado, supongo que durante unos cinco minutos, pero no ha aparecido. Entonces he sacado mi linterna y hemos ido a buscarlo. Hemos visto huellas hacia el borde del precipicio, pero ya estaban casi borradas. Hemos seguido dando vueltas y llamándolo, pero no aparecía y entonces nos hemos imaginado lo que ha pasado.

—¿No han oído nada?

Estuve tentado de decir: «Bueno, creo que he oído un grito agudo, pero he supuesto que sería un pájaro», pero resistí la tentación. ¿Podía haber gaviotas volando en aquella oscuridad? Mejor contar una historia sencilla y ceñirse a ella. He encerrado a muchos hombres de por vida por haber ignorado esa simple regla.

El oficial dijo que organizaría una partida de búsqueda, pero que había pocas posibilidades de encontrar algún rastro del señor Michaelmass aquella noche. Tendrían que esperar a que amaneciese.

—Y, si cayó por donde me imagino —añadió—, puede que tardemos semanas en recuperar el cuerpo.

Anotó la dirección de mi abuela y del colegio y nos dejó marchar.

No tengo un recuerdo claro de nuestra llegada a la casa, quizá porque dicho recuerdo quedó eclipsado por lo que ocurrió a la mañana siguiente. Carter, por supuesto, desayunó con los criados mientras yo estaba en el comedor con mi abuela. Aún no habíamos terminado de comernos las tostadas con mermelada cuando la doncella anunció que el jefe de policía, el coronel Neville, estaba allí. Mi abuela pidió que lo acompañaran a la biblioteca y ella salió del comedor de inmediato. Menos de quince minutos después, requirieron mi presencia.

Ahí mi memoria se hace más nítida y clara; recuerdo cada palabra como si fuera ayer. Mi abuela estaba sentada en un sillón de cuero con el respaldo alto, delante de la chimenea. Acababan de encenderla y me pareció que la habitación estaba helada. La leña seguía crepitando y

el carbón aún no había prendido. Había un gran escritorio en medio de la habitación, donde mi abuelo solía trabajar, y el jefe de policía estaba sentado detrás. Delante, de pie, estaba Carter, tieso como un soldado en presencia del oficial al mando. Y sobre el escritorio, puesto justo delante del coronel, estaba el yoyó rojo.

Carter se giró brevemente cuando entré y me miró una sola vez. Nuestros ojos se encontraron durante apenas tres segundos antes de que volviera a darse la vuelta, pero vi en su mirada (¿cómo no verla?) esa frenética mezcla de miedo y súplica. La he visto muchas veces desde entonces en los prisioneros que esperan desde el banco de los acusados a que dicte sentencia, y nunca he sido capaz de mantenerla con ecuanimidad. Carter no tenía por qué preocuparse; me había relamido demasiado con el poder que me dio aquella primera decisión, con la embriagadora satisfacción de tener el control, para pensar en traicionarlo ni entonces ni nunca. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿No era ya su cómplice?

El coronel Neville tenía una expresión pétrea.

—Quiero que escuches mis preguntas con atención y que me digas toda la verdad.

—Los Charlcourt no mienten —dijo mi abuela.

—Claro claro. —El coronel no apartaba la vista de mí—. ¿Reconoces este yoyó?

—Me parece que sí, señor, si es el que yo creo.

Entonces intervino mi abuela.

—Lo han encontrado al borde del precipicio por el que cayó el señor Michaelmass. Carter dice que no es suyo. ¿Es tuyo?

No debería haber hablado, por supuesto. Y en ese momento me pregunté por qué el jefe de policía le permitió estar presente durante la entrevista. Luego me di cuenta de que no había tenido otra opción. Ni siquiera en aquellos tiempos, en que la gente estaba menos preocupada por la infancia, un menor podía ser interrogado sin la presencia de un adulto responsable. El ceño reprobatorio del coronel por aquella intromisión fue tan fugaz que casi lo paso por alto. Pero no fue así. Estaba alerta, admirablemente alerta ante cada matiz, cada gesto.

—Carter dice la verdad, señor —le dije—. No es suyo. Es mío. Me lo dio antes de empezar el viaje. Mientras esperábamos al señor Michaelmass.

—¿Te lo dio? ¿Y por qué iba a hacer algo así?

La voz de mi abuela era cortante. Me giré hacia ella.

—Dijo que era porque había sido amable con Timmy. Timmy es su hijo. Los otros chicos se meten mucho con él.

La voz del coronel había cambiado de tono.

—¿Llevabas este yoyó encima cuando el señor Michaelmass cayó al vacío?

Lo miré directamente a los ojos.

—No, señor. El señor Michaelmass me lo confiscó durante el viaje. Me vio jugando con él y me preguntó de dónde lo había sacado. Se lo dije y me lo quitó. Me dijo: «Hagan lo que hagan los demás chicos, un Charlcourt debería saber que los alumnos no aceptan regalos de un criado».

De manera inconsciente, había imitado el tono seco y sarcástico del señor Michaelmass, y aquellas palabras brotaron con absoluta y convincente verosimilitud. Pero es probable que me hubieran creído de todas formas. ¿Por qué no? Un Charlcourt no miente.

—¿Y qué hizo el señor Michaelmass con el yoyó cuando te lo confiscó? —me preguntó el coronel.

—Se lo guardó en el bolsillo del abrigo, señor.

El jefe de policía se reclinó en su asiento y miró a mi abuela.

—Bien, está bastante claro. Es obvio lo que ocurrió. Cuando fue a recomponerse la ropa...

Hizo una pausa, pensando tal vez que su comentario había sido una falta de tacto, pero mi abuela estaba hecha de un material más duro.

—Totalmente claro. Se alejó de Carter y del chico sin darse cuenta de que se acercaba demasiado al borde del acantilado. Se quitó los guantes para abrirse la bragueta y se los metió en los bolsillos. Cuando volvió a sacarlos, se le cayó el yoyó. No lo oíría caer sobre la nieve. Luego, desorientado por la oscuridad, dio un paso en la dirección equivocada, resbaló y cayó.

El coronel Neville se dirigió a Carter.

—Era un mal lugar para bajarse del coche, pero usted no podía saberlo.

—El señor Michaelmass me pidió que parase el coche, señor —dijo el otro con los labios casi tan blancos como el rostro.

—Claro, claro; me hago cargo. No era usted quién para discutirse. Ya ha prestado declaración. No hay motivo para que lo retengamos más tiempo aquí. Será mejor que vuelva a la escuela y a sus obligaciones. Se le citará para la investigación judicial, pero es probable que pase un tiempo. Aún no hemos encontrado el cuerpo. Y cálmese, hombre. No ha sido culpa suya. Supongo que si no ha dicho desde el principio que le había regalado el yoyó al chico habrá sido para intentar protegerlo. No era necesario. Debería haber contado toda la verdad, tal y como ocurrió. Ocultar los hechos siempre trae problemas. Recuérdelo en el futuro.

—Sí, señor. Gracias, señor —repuso Carter.

Dio la vuelta en silencio y se marchó.

Cuando la puerta se cerró tras él, el coronel Neville se levantó de su asiento y se acercó a la chimenea. Se quedó allí de pie, de espaldas al fuego, balanceándose suavemente sobre los talones y mirando a mi abuela. Parecían haber olvidado mi presencia. Fui hacia la puerta y me quedé allí, en silencio, pero no salí.

—No he querido mencionarlo delante de Carter —dijo el jefe de policía—, pero ¿cree que hay alguna posibilidad de que saltara?

Mi abuela respondió con calma.

—¿Un suicidio? Se me ha pasado por la cabeza. Es raro que le dijera al chico que fuera junto al peñasco y que él se adentrara solo en la oscuridad.

—Tal vez fuera solo un deseo natural de privacidad —repuso el coronel.

—Supongo. —Mi abuela hizo una pausa y luego continuó—: Perdió a su mujer y a su hijo, ¿sabe? Poco después de casarse. Murieron en un accidente de coche. Conducía él. Nunca lo superó. Creo que ya nada le importaba después de aquello, salvo quizá sus clases. Mi hijo dice que fue uno de los hombres más dotados de su promoción en Oxford. Todos le pronosticaban una brillante carrera académica. ¿Y dónde acabó? Estancado en una escuela preparatoria, desperdiciando su talento con niños pequeños. Tal vez él considerase aquello una especie de penitencia.

—¿No tenía familia? —preguntó el coronel.

—No que yo sepa.

—No plantearé la posibilidad del suicidio en la investigación, desde luego. Sería injusto para su memoria. Y no hay la más mínima prueba. Muerte accidental es lo más probable. Será una gran

pérdida para el colegio, desde luego. ¿Era apreciado entre los alumnos?

—No lo creo —dijo mi abuela—. De hecho, diría que es muy improbable. A esa edad son todos unos bárbaros.

Me escabullí por la puerta sin que se diesen cuenta.

Empecé a madurar aquella semana de Navidad. Por primera vez reconocí las insidiosas tentaciones del poder, la euforia de sentirse con control sobre la gente y los acontecimientos, y la fuerza del clientelismo. Y aprendí otra lección, que expresa mejor Henry James: «Jamás afirmes tener la última palabra sobre ningún corazón humano». ¿Quién habría creído que el señor Michaelmass había sido una vez un padre devoto y un marido cariñoso? Quiero creer que saberlo me hizo mejor abogado y un juez más compasivo, pero no estoy seguro. El yo esencial de las personas se fija mucho antes de cumplir los treinta años. Puede verse influido por la experiencia, pero rara vez cambia.

Carter y yo nunca volvimos a hablar del asesinato, ni siquiera cuando asistimos juntos a la investigación judicial siete semanas después. Cuando volví a la escuela apenas nos veíamos; después de todo, yo era un alumno, y él un criado. Yo compartía el esnobismo de mi casta. Y lo que Carter y yo compartíamos era un secreto, no una amistad, ni una vida. Pero de vez en cuando lo veía paseando por el lateral del campo de *rugby*, con las manos crispadas como si echase algo en falta.

¿Y hubo consecuencias? Un moralista, supongo, esperaría que nos hubieran atormentado los remordimientos y que el nuevo profesor hubiera sido peor que el señor Michaelmass. Pero no lo fue. La mujer del director no carecía de influencia y me la imagino diciéndole a este: «Era un profesor magnífico, desde luego, pero no muy popular entre los chicos. Quizá, querido, deberías buscar a alguien un poco más amable, un hombre al que no tengamos que alimentar en vacaciones».

Y así llegó el señor Wainwright, un inquieto profesor recién titulado. No nos martirizaba, pero nosotros a él sí. Una escuela preparatoria para chicos es, al fin y al cabo, un microcosmos que refleja el mundo exterior. El señor Wainwright le dedicaba mucho tiempo a Timmy, sin embargo, y le prestaba una atención especial, quizá porque Timmy era el único chico que no lo intimidaba. Y Timmy floreció bajo su bondadosa paciencia.

El asesinato tuvo otro tipo de consecuencias, o supongo que podría decirse que las tuvo. Tres años después, estalló la guerra y Carter se alistó de inmediato. Fue uno de los sargentos más condecorados, premiado con la Cruz Victoria por sacar a tres de sus camaradas de un tanque en llamas. Lo mataron en la batalla de El Alamein, y su nombre está grabado en el monumento a los caídos de la escuela, digno tributo a la gran democracia de la muerte.

¿Y el yoyó? Volví a meterlo en la caja entre las notas del colegio, los viejos trabajos y aquellas cartas de mis padres que creí que podrían interesar a mi hijo o a mis nietos. Cuando lo encuentren, ¿se preguntarán por un momento qué alegre recuerdo de la infancia hizo que un anciano fuera tan reacio a deshacerse de él?

# LA VÍCTIMA

Sin duda conocerán ustedes a la princesa Ilsa Mancelli. Quiero decir que la habrán visto en el cine, en la televisión, fotografiada en los periódicos cuando llega a algún aeropuerto con su último marido, relajándose en su yate, enjoyada en las noches de estreno, noches de gala, en cualquier noche y en cualquier lugar donde los ricos y famosos tienen la obligación de prodigarse. Incluso si, como yo, no sienten más que un hastiado desdén por lo que creo llaman la *jet set* internacional, es difícil que vivan en el mundo sin conocer a Ilsa Mancelli. Y no pueden haber dejado de oír ciertas historias sobre su pasado. Su breve y no especialmente gloriosa carrera en la gran pantalla, cuando ni siquiera su belleza de infarto podía compensar la falta de talento, o la sucesión de matrimonios, primero con el productor de su primera película, que rompió una relación de veinte años para estar con ella, luego con un millonario texano y, por último, con un príncipe. Hace unos dos meses vi una foto suya, sensiblera hasta la náusea, con su hijo de dos días en una clínica de Roma. Parece que esta unión, santificada por la riqueza, un título nobiliario y la maternidad, podría convertirse en su última aventura.

El marido anterior al productor de cine, lo sé, ya nunca se menciona. Quizá su agente teme que una muerte violenta en el seno familiar, sobre todo una muerte violenta sin esclarecer, pueda empañar su brillante imagen. Belleza y sangre. En los inicios de su carrera, no pudieron resistirse a un morbo tan barato. Pero ahora es diferente. Hoy en día, su pasado más remoto, antes de que se casara con el productor de cine, se ha vuelto un poco oscuro, aunque se sugiere una ascendencia humilde y un esfuerzo apropiadamente recompensado. Yo soy la parte más oscura de esa oscuridad. Sepan lo que sepan, o lo que crean saber, sobre Ilsa Mancelli, no habrán oído hablar de mí. La máquina publicitaria ha decretado que me convierta en un ser anónimo, sin rostro, olvidado, que deje de existir. Irónicamente, la máquina tiene razón: en realidad, no existo.

Me casé con ella cuando era Elsie Bowman y tenía diecisiete años. Yo era auxiliar en la biblioteca local y le sacaba quince; un virgen de treinta y dos años, académico frustrado, de rostro enjuto, un poco encorvado, con el escaso cabello ya clareando. Ella trabajaba en la sección de cosméticos de los almacenes de High Street. Ya era hermosa entonces, pero tenía un encanto frágil, vacilante, poco sofisticado, apenas una promesa de la refinada y madura belleza que posee hoy. Nuestra historia fue muy corriente. Fue a devolver un libro a la biblioteca una tarde que yo estaba en el mostrador. Charlamos. Me pidió consejo sobre novelas para su madre. Pasé tanto tiempo como me atreví buscándole algunos títulos en las estanterías. Traté de conseguir que se interesara en los libros que me gustaban a mí. Le pregunté por ella, por su vida, por sus ambiciones. Era la única mujer con la que había sido capaz de hablar. Me quedé prendado de ella, total y absolutamente enamorado.

Solía almorzar temprano y hacía furtivas visitas a los almacenes para verla desde la sombra de una columna cercana. Recuerdo una imagen que, incluso ahora, hace que se me pare el corazón. Se había echado unas gotas de perfume en la muñeca y extendía el brazo desnudo por encima del mostrador para que un posible cliente pudiera oler la fragancia. Estaba absorta por completo y su joven rostro tenía una expresión seria y ensimismada. La observé, en silencio, y sentí que las lágrimas me escocían en los ojos.

Fue un milagro que aceptara casarse conmigo. Su madre (no tenía padre) aceptó aquel matrimonio sin demasiado entusiasmo. No me consideraba, como dejó bien patente, un gran partido. Pero yo tenía un buen trabajo con ciertas perspectivas de futuro, era culto, formal y digno de confianza y hablaba con un acento académico que, aunque ella fingía ridiculizar, hizo elevar mi estatus a sus ojos. Además, una boda cualquiera para Elsie era mejor que ninguna. Yo era vagamente consciente, cuando me paraba a pensar en la relación de Elsie con cualquiera que no fuese yo, de que su madre y ella no se llevaban bien.

La señora Bowman hizo, como ella misma lo describió, un despilfarro. Tuvimos coro completo y repique de campanas. Reservamos el salón de la iglesia y ofrecimos un banquete, ostensiblemente inapropiado y de mala calidad, a ochenta invitados. Entre punzadas de nerviosismo e indigestión, reparé en los sonrientes camareros, con sus chaquetillas blancas, un par de risueñas damas de honor, de los almacenes, con brazos pecosos a punto de reventar las mangas de tafetán rosa, y efusivos parientes con el rostro encendido y prendidos de claveles y cimbreantes hojas de helecho en la solapa que hacían chistes indiscretos y me daban fuertes palmadas en la espalda. Hubo discursos y champán caliente. Y, en medio de todo aquello, Elsie, mi Elsie, como una rosa blanca.

Supongo que fue una estupidez por mi parte pensar que podría conservarla. La mera visión de nuestras caras por la mañana, sonriendo al reflejo del otro en el espejo del dormitorio, debería haberme advertido de que aquello no duraría. Sin embargo, pobre tonto iluso de mí, nunca imaginé que podría perderla si no era a causa de la muerte. La suya no me atrevía a imaginarla y, por primera vez, empezó a asustarme la mía. La felicidad me había hecho un cobarde. Nos mudamos a una casa nueva, elegida por Elsie, nos sentábamos en sillas nuevas elegidas por Elsie, dormíamos en una cama con volantes elegida por Elsie. Era tan feliz que fue como entrar en una nueva fase de la existencia, respirar un aire diferente, ver las cosas más ordinarias como recién creadas. Uno no tiene por qué ser humilde cuando está profundamente enamorado. ¿Tan poco razonable es reconocer el valor de un amor como el mío, creer que el ser amado se ve de igual modo sostenido y transformado por dicho amor?

Me dijo que no estaba preparada para tener hijos y, como no trabajaba, se aburría con facilidad. Hizo un cursillo de taquimecanografía en la escuela técnica local y consiguió un puesto en la empresa de Collingford y Major. Así, al menos, es como empezó. Primero como taquimecanógrafa, luego secretaria del señor Rodney Collingford, luego secretaria personal, luego secretaria personal y confidente; en mi aturdido estado de arrobamiento amoroso, solo fui consciente a medias de aquella evolución: desde tomar notas de forma ocasional, cuando la que entonces era su secretaria no estaba, hasta hacer alarde de las joyas que él le regalaba y compartir su cama.

Él era todo lo que yo no era. Rico (su padre había hecho fortuna en la industria del plástico poco después de la guerra y legó la fábrica a su único hijo), de una belleza tosca y complexión curtida, musculoso, seguro de sí mismo, atractivo para las mujeres. Se preciaba de conseguir lo

que quería. Elsie debió de ser uno de sus botines más fáciles de obtener.

Todavía me pregunto por qué querría casarse con ella. Entonces pensé que no pudo resistir la tentación de privar a un marido patético, desfavorecido y sin atractivo de un premio que dicho marido no merecía ni por aspecto ni por talento. Es algo que he notado respecto a los ricos y los triunfadores. No soportan ver prosperar a personas de escaso mérito. Creí que la mitad de su satisfacción residía en habérmela arrebatado a mí. Y en parte por eso supe que tenía que matarlo. Sin embargo, ahora no estoy tan seguro. Puede que cometiera una injusticia con él. Puede que todo fuese a la vez más sencillo y más complicado. Y es que ella era —y aún es— muy hermosa.

Ahora la entiendo mejor. Podía ser amable, estar de buen humor e incluso mostrarse generosa, siempre que tuviera lo que quería. Cuando nos casamos, y quizá durante los dieciocho meses siguientes, me quiso a mí. Ni su egoísmo ni su curiosidad habían podido resistirse a un amor tan halagüeño y abrumador. Para ella, sin embargo, el matrimonio no tenía por qué ser algo definitivo. Fue el primer paso necesario para el tipo de vida con el que ella soñaba y que estaba decidida a tener. Fue cariñosa conmigo, dentro y fuera de la cama, mientras fui lo que ella quería. Cuando quiso a otro, la necesidad que tenía de ella, mis celos y mi amargura empezó a verlos como una negación cruel y deliberada de su derecho fundamental: el derecho a tener lo que quisiera. Después de todo, yo la había tenido durante casi tres años. Dos años más de lo que tenía derecho a esperar. Eso pensaba ella. Eso pensaba su querido Rodney. Cuando mis conocidos de la biblioteca se enteraron del divorcio, vi en sus miradas que ellos también lo pensaban. Y ella no entendía por qué estaba tan resentido. A Rodney no le importaba en absoluto ser el culpable; no esperaban, señaló sarcástica, que me comportase como un caballero. No tendría que pagar el divorcio. Rodney se ocuparía de ello. Tampoco me pedía ella una pensión. Rodney tenía dinero más que suficiente. En un momento dado, llegué casi a sobornarme con el dinero de Rodney para que la dejara marchar sin alboroto. Y, aun así, ¿de verdad era tan sencillo? Me había amado, o al menos me había necesitado, durante un tiempo. ¿Habría visto en mí, quizá, al padre que perdió cuando tenía cinco años?

Durante el divorcio, en el que fui, por así decirlo, amablemente atendido por asesores jurídicos expertos muy bien pagados como si yo fuera una incómoda pero prescindible molestia de la que deshacerse con decorosa rapidez, lo único que me mantuvo cuerdo fue el convencimiento de que iba a matar a Collingford. Sabía que no podía seguir viviendo en un mundo donde respirásemos el mismo aire. Mi mente se alimentaba, voraz, de la idea de su muerte, la saboreaba, y empezó a planearla de forma sistemática y con un placer tremendo.

El éxito de un asesinato depende de que conozcas bien a tu víctima, su carácter, su rutina diaria, sus debilidades, esas costumbres inalterables y traicioneras que conforman la esencia de la personalidad. Yo sabía bastante sobre Rodney Collingford. Sabía cosas que Elsie había dejado caer en sus primeras semanas en la empresa, cotilleos de mecanógrafas. Conocía los detalles, más completos y bastante más íntimos, que me había desvelado en aquellos primeros días de fascinación por él, cuando ni por prudencia ni por cortesía había podido disimular ese obsesivo interés por su nuevo jefe. Debería haberme dado cuenta entonces. Yo, mejor que nadie, conocía la necesidad de hablar sobre el amado ausente.

¿Qué sabía de él? Sabía las cosas que eran de dominio público, por supuesto. Que era rico; que tenía treinta años; que era un notable golfista aficionado; que vivía en una ostentosa casa que imitaba el estilo georgiano, a orillas del Támesis, atendida por empleados con sueldos excesivos, pero no internos; que tenía un yate; que medía algo más de metro ochenta; que era un buen

empresario, pero al parecer tacaño; que era metódico en sus costumbres. Conocía una variada serie de hechos inconexos sobre él, algunos de los cuales podían resultarme útiles, otros importantes, y otros no me servían de nada. Sabía, y esto era bastante sorprendente, que se le daban bien los trabajos manuales y que le gustaba fabricar cosas con metal y madera. Había construido un enorme taller lujosamente equipado en el jardín de su casa y se pasaba todos los jueves por la tarde trabajando allí solo. Era un hombre adicto a la rutina. Aquella creatividad, aun prosaica y banal, me resultaba intrigante, pero no me permití pensar mucho en ello. Solo me interesaba de él lo que de su personalidad y costumbres fuera relevante para su muerte. Nunca pensé en él como un ser humano. Para mí no existía salvo como objeto de mi odio. Era Rodney Collingford, mi víctima.

Primero, decidí el arma. Supuse que una pistola habría sido lo más eficaz, pero no sabía cómo conseguirla y era muy consciente de que, aunque pudiera conseguir una, no sabría cargarla ni utilizarla. Además, por entonces leí bastantes libros sobre asesinatos y me di cuenta de que las pistolas, por muy astuto que fueras al hacerte con ellas, eran fáciles de rastrear. Y había otro motivo. Una pistola era demasiado impersonal, demasiado distante. Quería tener contacto físico con él en el momento de su muerte. Quería acercarme lo suficiente para ver esa última mirada de incredulidad y terror cuando reconociese, al mismo tiempo, su propio fin y a mí. Quería clavarle un cuchillo en la garganta.

Lo compré dos días después del divorcio. No tenía prisa por matar a Collingford. Sabía que debía tomarme mi tiempo, ser paciente, si quería hacerlo bien. Algún día, tal vez cuando fuésemos viejos, a lo mejor se lo contaba a Elsie. Pero no tenía intención de que me descubrieran. Tenía que ser el crimen perfecto. Y eso significaba darme tiempo. Le permitiría vivir un año más. No obstante, sabía que, cuanto antes comprase el arma, más difícil sería, doce meses después, rastrear la operación. No lo compré en mi barrio. Un sábado por la mañana cogí un tren y un autobús hasta un suburbio del nordeste y encontré una ferretería muy concurrida junto a la calle principal. Había una gran variedad de cuchillos expuestos. La hoja del que elegí medía unos quince centímetros de largo y estaba hecha de sólido acero, insertada en un sencillo mango de madera. Creo que era de los que se utilizan para cortar linóleo. En la tienda, tenía la hoja protegida por una gruesa funda de cartón. Me sentía cómodo con aquel cuchillo. Me puse al final de la pequeña cola del mostrador, y el cajero ni me miró cuando cogió los billetes y me dio el cambio.

No obstante, lo más satisfactorio del plan fue la segunda parte. Quería que Collingford sufriera. Quería que supiera que iba a morir. No me bastaba con que se diese cuenta un segundo antes de que yo le clavara el cuchillo o en el último segundo antes de que perdiera la consciencia para siempre. Dos segundos de agonía, por muy terribles que fuesen, no eran compensación suficiente por lo que me había hecho. Quería que supiera que era un hombre condenado a muerte, que lo supiera con creciente certidumbre, que se preguntara cada mañana si aquel iba a ser su último día. ¿Y si saberlo lo volvía cauteloso, lo ponía en guardia? En este país, él no podía ir armado. No podía dirigir su negocio con un guardaespaldas siempre detrás. No podía sobornar a la policía para que lo protegieran cada segundo del día. Además, no querría que lo tomaran por cobarde. Supuse que seguiría haciendo su vida, que actuaría con normalidad de cara al exterior, como si las amenazas fueran irreales o irrisorias, algo de lo que burlarse con sus amigotes de borrachera. Era de los que se reían del peligro. Pero nunca podría estar seguro. Y, al final, su valor y su confianza se quebrarían. Elsie no reconocería en él al hombre con el que se había casado.



Me habría gustado llamarlo por teléfono, pero sabía que eso era imposible. Las llamadas pueden rastrearse, podría negarse a hablar conmigo, no estaba seguro de poder disimular la voz. De modo que la sentencia de muerte tendría que llegarle por correo. Por supuesto, no podía escribir a mano las cartas ni la dirección en los sobres. Mis estudios sobre asesinatos me habían enseñado lo difícil que era falsear la propia caligrafía, y el método de cortar y pegar letras de un periódico me parecía complicado, muy lento y difícil de llevar a cabo con guantes. También sabía que sería peligroso utilizar mi máquina de escribir o una de las que había en la biblioteca. Los expertos forenses podían identificarlas.

Y entonces di con la idea. Empecé a dedicar los sábados y alguna media jornada de vez en cuando a recorrer Londres y visitar tiendas donde vendían máquinas de escribir de segunda mano. Supongo que conocen ese tipo de establecimiento donde hay una serie de máquinas de diferente antigüedad, algunas prácticamente obsoletas, otras apenas usadas, dispuestas sobre varias mesas donde el posible comprador puede probarlas. También tenían máquinas nuevas y el propietario solía dedicarse a hacer una demostración de las prestaciones de las mismas o a discutir las condiciones de venta. Los clientes se paseaban con desgana por la tienda, inspeccionando las máquinas, parándose de vez en cuando para escribir unas líneas de prueba. Apiladas junto a ellas, había pequeñas libretas de un papel tosco a disposición de los usuarios. Por supuesto, yo no utilizaba las hojas que había allí. Iba surtido con mi propio material de escritura, de una marca muy conocida que se vendía en todas las papelerías y en los quioscos de todas las estaciones de tren. Compraba una pequeña provisión de papel y sobres una vez cada dos meses y nunca en la misma tienda. Cuando lo manipulaba, siempre llevaba guantes y lo quitaba de la máquina tan pronto como acababa de teclear. Si había alguien cerca, escribía la típica tontería sobre el astuto zorro marrón o todos los hombres decentes que contribuyen al partido. Pero, si estaba solo, escribía cosas muy diferentes.

«Este es el primer aviso, Collingford. A partir de ahora los recibirás con regularidad. Solo son para hacerte saber que te voy a matar».

«No puedes escapar de mí, Collingford. No te molestes en acudir a la policía. No pueden ayudarte».

«Me estoy acercando, Collingford. ¿Qué se siente al estar condenado a muerte?».

Las amenazas no eran especialmente sofisticadas. Como bibliotecario, podría haber pensado en un buen número de citas apropiadas que habrían añadido un toque de personalidad o estilo, tal vez incluso de humor sarcástico, a la escueta sentencia de muerte. Pero no me atreví a arriesgarme siendo original. Tenían que ser cartas corrientes, el tipo de amenaza que cualquiera de sus enemigos —un empleado, un competidor o un marido cornudo— podría haberle enviado.

Algunos días tenía mucha suerte. La tienda era grande, estaba bien surtida y casi vacía. Podía ir de máquina en máquina y marcharme tal vez con una docena de cartas más o menos y sobres con la dirección listos para enviar. Siempre llevaba un periódico doblado en el que esconder mi bloc de hojas y los sobres y donde poder escamotear rápidamente mi provisión de mensajes mecanografiados.

Me costó cierto trabajo abastecerme de suficientes notas y descubrí zonas muy interesantes de Londres y algunas tiendas fascinantes. Disfruté en especial de esta parte del plan. Quería que Collingford recibiese dos cartas a la semana, una enviada el domingo y otra el jueves. Quería que llegara a temer las mañanas de los viernes y los lunes, cuando el familiar sobre mecanografiado cayera sobre su felpudo. Quería que creyese que la amenaza era real. ¿Y por qué no iba a creerlo?

¿Cómo podía la fuerza de mi odio y mi decisión dejar de transmitirse, a través del papel y la letra de molde, a la comprensión paulatina de su cerebro?

Quería ver a mi víctima. No tenía por qué ser difícil, al vivir ambos en la misma ciudad. Nuestras vidas, sin embargo, constituían mundos diferentes. Él era un asiduo bebedor social. Yo nunca entraba en un bar y me habría sentido particularmente incómodo en el tipo de locales que él frecuentaba. No obstante, de cuando en cuando, lo veía por la ciudad. A menudo, cuando bajaba de su Jaguar tras aparcar, lo veía echar una mirada rápida, casi furtiva, a derecha e izquierda antes de darse la vuelta para cerrar la puerta. ¿Eran imaginaciones mías o parecía más viejo, como si parte de su seguridad lo hubiera abandonado?

Una vez, mientras paseaba junto al río un domingo a principios de primavera, lo vi maniobrando su barco en la esclusa de Teddington. Ilsa —según supe, se había cambiado el nombre después de casarse y ahora se hacía llamar así— estaba con él. Llevaba un traje pantalón blanco y la melena ceñida por un pañuelo rojo. Era una fiesta. Vi a dos hombres más y a un par de chicas y oí agudas carcajadas de mujer. Me di la vuelta a toda prisa y me alejé cabizbajo, como si yo fuera el culpable. Pero no antes de haber visto la cara de Collingford. Esta vez no podía equivocarme. No era, sin duda, la tediosa tarea de evitar arañar el casco al cruzar la esclusa lo que le hacía parecer tan ceniciento y crispado.

La tercera fase del plan me obligaba a mudarme. No lo lamenté. Aquella casa, femenina, coqueta, que olía a pintura fresca y a los muebles, nuevos pero de mala calidad, que ella había elegido, era el hogar de Elsie, no el mío. Su aroma aún persistía en los armarios y en las almohadas. En ese ambiente ajeno, había conocido una felicidad mayor de la que jamás volvería a vivir. Sin embargo, ahora vagaba inquieto de una habitación vacía a otra, impaciente por marcharme.

Tardé cuatro meses en encontrar la casa que quería. Tenía que estar en la ribera, o muy cerca, a unos tres o cuatro kilómetros río arriba de la de Collingford. Tenía que ser pequeña y de un precio razonable. El dinero no fue un gran inconveniente. En aquella época, el precio de la vivienda estaba subiendo y vendí el moderno chalecito por trescientas libras más de lo que me había costado. Me concederían otra hipoteca sin problema si no pedía demasiado, pero creí probable, por lo que buscaba, que tendría que pagar al contado.

En la agencia inmobiliaria entendieron a la perfección que un hombre solo viese un chalé de tres habitaciones demasiado grande para él y, aunque pensaran que era muy ambiguo respecto a mis nuevas necesidades e irritantemente impreciso sobre las razones para rechazar sus ofertas, siguieron enviándome opciones. Y entonces, una tarde de abril, encontré justo lo que estaba buscando. La casa estaba a orillas del río, separada del agua solo por un estrecho camino de sirga. No tenía más que una habitación, y era de madera, como una cabaña con tejas puesta en medio de una pequeña y descuidada parcela de hierba encharcada y parterres de flores demasiado crecidas. En tiempos, había tenido un embarcadero de madera, pero entonces los dos únicos tablones que quedaban, festoneados por malas hierbas y restos de cuerdas podridas, estaban medio sumergidos en el fango del río. Hacía mucho que la pintura de la terraza se había descascarillado. El papel de las paredes del salón, con motivos de rosas entrelazadas, estaba manchado y descolorido. El anterior propietario había dejado dos viejas sillas de mimbre y una mesa desvencijada. La cocina era diminuta y estaba mal equipada. Todo desprendía una miasma húmeda de depresión y decadencia. En verano, cuando las cabañas y casas vecinas se llenaran de veraneantes y residentes de fines de semana, sin duda estaría más animado. Pero en octubre, cuando planeaba

matar a Collingford, aquello estaría tan desierto y aislado como una morgue abandonada. La compré y la pagué al contado. Conseguí incluso que me rebajasen doscientas libras del precio inicial.

Mi vida aquel verano fue casi feliz. Cumplía con mi trabajo en la biblioteca de forma aceptable. Vivía solo en la choza y cuidaba de mí mismo como lo hacía antes de casarme. Pasaba las tardes viendo la televisión. Las imágenes bailaban delante de mis ojos, casi inadvertidas, como un fondo monocromo para mis sangrientos y obsesivos pensamientos.

Practiqué con el cuchillo hasta que acabé cogiéndolo con tanta naturalidad como un cubierto en la comida. Collingford era quince centímetros más alto que yo. La puñalada, por tanto, tendría que ser ascendente. Eso suponía que debía sujetarlo de forma distinta y probé hasta encontrar el agarre más cómodo y eficaz. Colgué un cojín de un gancho en la puerta de la habitación y me pasaba horas arremetiéndolo contra el punto que había marcado en él. Por supuesto, no llegaba a clavar el cuchillo; nada debía enromar la hoja. Una vez a la semana, me daba el gusto de afilarla aún más.

Dos días después de mudarme, me compré un chándal amplio de color azul oscuro y unas zapatillas de deporte ligeras. Durante el verano, salía a correr de vez en cuando por el camino de sirga. Los propietarios de las casas vecinas, cuando estaban —cosa que no era frecuente—, se acostumbraron al ruido de mi televisión tras las cortinas cerradas y a verme pasar corriendo por delante de sus ventanas. No me relacionaba con ellos ni con nadie más y el verano dio paso al otoño. Se fueron echando todos los postigos menos los míos. El camino de sirga se acolchó con las hojas caídas. Anocheceía más temprano y las estampas y los sonidos estivales murieron en el río. Estábamos en octubre.

Tenía que morir el jueves 17 de octubre, en el aniversario de la sentencia definitiva de divorcio. Era necesario que fuese un jueves, la tarde que acostumbraba a pasar solo en el taller, pero resultó un presagio en especial feliz que el aniversario cayera en ese día. Sabía que estaría allí. Todos los jueves desde hacía casi un año había recorrido los cuatro kilómetros de sendero en la penumbra del atardecer y me había detenido un momento a observar los cuadrados iluminados de las ventanas y el oscuro bulto de la casa que quedaba detrás.

Era una noche cálida. Había estado llovisnando la mayor parte del día, pero al ponerse el sol el cielo se había despejado. Se veía una fina luna blanca que proyectaba un tembloroso hilo de luz sobre el río. Me fui de la biblioteca a la hora habitual y me despedí como de costumbre. Sabía que había sido el mismo de siempre, solitario, algo sarcástico a veces, concienzudo, sin mostrar un solo indicio de mi agitación interior.

Cuando llegué a casa no tenía hambre, pero me obligué a comer una tortilla y a beber dos tazas de café. Me puse el bañador y me colgué del cuello un neceser de plástico donde había metido el cuchillo. Por encima del bañador me puse el chándal y me guardé un par de guantes finos de goma en el bolsillo. Luego, sobre las siete y cuarto, salí de la cabaña y emprendí mi acostumbrada carrera a ritmo tranquilo por el camino de sirga.

Al llegar al sitio adecuado delante de la casa de Collingford, comprobé de inmediato que todo iba bien. La casa estaba a oscuras, pero había luz en las ventanas del taller, como era de esperar. Vi el barco amarrado en el embarcadero. Me quedé muy quieto y escuché. No se oía nada. Hasta la suave brisa había cesado y las hojas amarillentas de los olmos de la orilla pendían inmóviles. El camino estaba desierto. Me metí rápidamente en la penumbra del seto, donde los árboles eran más gruesos, y encontré el lugar que había elegido con antelación. Me puse los guantes de goma,

me quité el chándal y lo dejé doblado a un lado sobre las zapatillas de deporte. Luego, sin dejar de mirar con cautela a un lado y a otro, llegué hasta el río.

Sabía con exactitud por dónde tenía que entrar y salir del agua. Había escogido un sitio donde la orilla describía una suave curva, de poca profundidad y con el fondo firme y sin demasiado lodo. El agua estaba muy fría, pero ya me lo esperaba. Todas las noches desde que empezara aquel otoño, me había bañado en agua fría para acostumbrar el cuerpo a la impresión. Crucé el río nadando con metódicas y silenciosas brazadas, sin apenas perturbar la oscura superficie del agua. Intentaba evitar la luz de la luna, pero de cuando en cuando me metía en su plateada trayectoria y veía mis propias manos enfundadas en los guantes rojos separándose frente a mí, como si ya estuviesen manchadas de sangre.

Utilicé el embarcadero de Collingford para salir por el otro lado. Una vez más, me quedé inmóvil y escuché. No se oía nada salvo el constante lamento del río y el ulular solitario de un ave nocturna. Avancé sin hacer ruido sobre la hierba. Cuando llegué a la puerta del taller, me detuve de nuevo. Pude oír el zumbido de una especie de máquina. Me pregunté si la puerta estaría cerrada con llave, pero se abrió sin dificultad en cuanto bajé el picaporte. Entré a la claridad de la luz.

Sabía bien lo que tenía que hacer. Estaba muy tranquilo. Todo acabó en unos cuatro segundos. En realidad, creo que no tuvo ninguna oportunidad. Estaba absorto en lo que hacía, inclinado sobre un torno, y la visión de un hombre casi desnudo caminando decidido hacia él lo dejó literalmente incapacitado por la sorpresa. Sin embargo, después de ese primer segundo de parálisis, me reconoció. ¡Claro que me reconoció! Entonces, saqué la mano derecha de detrás de la espalda y atacué. El cuchillo penetró con tanta facilidad como si la carne fuera mantequilla. Collingford se tambaleó y cayó al suelo. Como yo ya esperaba que fuese así, me dejé caer con suavidad encima de él. Tenía los ojos vidriosos y la boca abierta, y la sangre, de un rojo oscuro, le salía a borbotones. Retorcí el cuchillo con saña dentro de la herida, regodeándome en el sonido de los tendones al romperse. Luego esperé. Conté con calma hasta cinco, me separé de aquella figura postrada y me puse de cuclillas detrás de él antes de sacarle el cuchillo. Cuando lo hice, un chorro de sangre de olor dulzón le salió de la garganta dibujando un arco, como una fuente. Hay algo que nunca olvidaré. La sangre tendría que haber sido roja, ¿de qué otro color iba a ser?, pero en aquel momento, y siempre que lo he recordado después, lo que vi fue un torrente dorado.

Antes de salir del taller, comprobé dónde me había manchado de sangre y me lavé los brazos bajo el chorro de agua fría del fregadero. Como iba descalzo, no dejé huellas en el suelo de madera. Cerré la puerta con cuidado y, una vez más, me paré a escuchar. Ni un solo ruido. La casa estaba a oscuras y vacía.

El trayecto de vuelta fue más agotador de lo que pensaba. Parecía como si el río hubiese ensanchado y creí que nunca llegaría a la otra orilla. Me alegré de haber elegido una zona poco profunda del cauce y de que el terreno fuese firme. Dudo que hubiera podido salir del agua por un barrizal de lodo y limo. Seguía tiritando con fuerza mientras me abrochaba la chaqueta del chándal y perdí unos segundos muy valiosos hasta que logré ponerme las zapatillas. Después de correr más o menos un kilómetro y medio por el camino de sirga, llené de piedras el neceser donde llevaba el cuchillo y lo arrojé en medio del Támesis. Suponía que dragarían parte del río para buscar el arma, pero era difícil que pudiesen inspeccionar todo el cauce. Incluso si lo hacían, ese neceser lo vendían en una tienda que pertenecía a una cadena, donde podría haberlo comprado cualquiera, y estaba seguro de que el cuchillo nunca los llevaría hasta mí. Media hora después, estaba otra vez en mi cabaña. Había dejado la televisión encendida y ya estaban terminando las noticias. Me

preparé una taza de chocolate caliente y me senté a ver la tele. Sentí que la mente se me quedaba en blanco y que me habían abandonado las fuerzas, como si acabara de hacer el amor. No era consciente de nada salvo de mi propio cansancio, de mi cuerpo helado que poco a poco volvía a la vida al calor de la estufa eléctrica y de una inmensa sensación de paz.

Collingford debía de tener muchos enemigos. Pasaron casi quince días antes de que la policía viniese a interrogarme. Eran dos agentes, un inspector y un oficial, ambos de paisano. Fue el segundo el que habló la mayor parte del tiempo; el otro se limitó a sentarse, observar el salón, echar algún que otro vistazo al río y mirarnos de vez en cuando con sus ojos grises y fríos, como si toda aquella investigación fuese para él un fastidio inevitable. El oficial hizo el típico comentario tranquilizador de que solo serían unas cuantas preguntas. Yo estaba nervioso, pero eso no me preocupaba. Ellos esperarían que yo estuviera nervioso. Me dije a mí mismo que, pasara lo que pasase, no debía intentar hacerme el listo. Mejor si no hablaba demasiado. Había decidido contarles que estuve toda aquella tarde viendo la televisión, seguro de que nadie podría desmentirlo. Sabía que ningún amigo había ido a visitarme. Dudaba incluso que mis compañeros de la biblioteca supieran dónde vivía. Y no tenía teléfono, de modo que no debía preocuparme de que alguna llamada hubiera quedado sin contestar durante esa hora y media crucial.

En general, fue más fácil de lo que esperaba. Solo hubo un momento en que me sentí en peligro, cuando de pronto intervino el inspector.

—Collingford se casó con su mujer, ¿no? —dijo en tono áspero—. Algunos dirían que se la robó. Buena mercancía, además, por la pinta que tiene. ¿No se sintió humillado? ¿O fue todo cordial y amistoso? «Quédatela, amigo. Sin rencores». Ya sabe.

Fue difícil soportar el desprecio de su voz, pero, si pretendía provocarme, no lo consiguió. Me esperaba la pregunta. Estaba preparado. Me miré las manos y esperé unos segundos antes de contestar. Sabía exactamente lo que iba a decir.

—Habría matado a Collingford con mis propias manos cuando ella me lo contó. Pero tuve que aceptarlo. Ella eligió el dinero. Cuando tienes una mujer como esa, tarde o temprano acaba dejándote. Mejor antes de haber formado una familia. Te dices a ti mismo: «¡Que se pudra!». No es que pensara así al principio, claro. Pero sí con el tiempo. Antes de lo que esperaba, en realidad.

Eso fue lo único que dije sobre Elsie, en ese momento o después. Volvieron otras tres veces. Me preguntaron si podían echar un vistazo a la cabaña. Lo hicieron. Se llevaron dos de mis trajes y el chándal, para examinarlos. Dos semanas después, me los devolvieron sin hacer comentarios. Nunca supe qué sospechaban o si sospechaban algo. Cada vez que venían les decía menos, no más. Nunca cambié mi historia. Nunca permití que me provocasen hablando sobre mi matrimonio o especulando sobre el crimen. Me limitaba a permanecer sentado, diciéndoles lo mismo una y otra vez. Nunca me sentí en verdadero peligro. Sabía que habían dragado algunos tramos del río y que no habían encontrado el arma. Al final, se rindieron. Siempre tuve la impresión de estar bastante abajo en su lista de sospechosos y de que, al final, sus visitas eran una simple formalidad.

Pasaron tres meses antes de que Elsie viniera a verme. Me alegré de que no lo hiciese antes. Podría haber resultado sospechoso que apareciera en la cabaña mientras la policía estaba por allí. No había vuelto a verla desde la muerte de Collingford. Publicaron fotos suyas en los periódicos locales y nacionales, frágil, con un oscuro abrigo de piel y sombrero negro, en la investigación judicial, valiente y contenida en el crematorio, sentada en su salón con vestido de tarde y perlas, el perro de su marido a los pies, la personificación de la soledad y el dolor. «No imagino quién

puede haber hecho algo así. Tiene que ser un loco. Rodney no tenía un solo enemigo en el mundo».

Aquella declaración suscitó algunos comentarios procaces en la biblioteca.

—Dicen que le ha dejado una fortuna —afirmó uno de los auxiliares—. Suerte que tenía coartada. Esa tarde estuvo en el teatro, viendo *Macbeth*. Si no, por lo que he oído de nuestro Rodney Collingford, la gente habría empezado a elucubrar sobre la seductora viudita.

Y entonces me miró con repentina vergüenza, al recordar quién era la viuda.

Vino un viernes por la tarde. Conducía ella misma y estaba sola. El Saab verde oscuro se detuvo frente a mi desvencijada cancela. Entró en el salón y miró a su alrededor con una especie de perplejo desdén. Momentos después, aún sin hablar, se sentó en una de las sillas que había junto a la estufa y cruzó las piernas, deslizando una sobre la otra como en una caricia. Nunca la había visto sentarse así. Alzó la vista y me miró. Yo estaba de pie, rígido, delante de su silla, con los labios secos. Cuando hablé, no reconocí mi propia voz.

—Así que ¿has vuelto? —le dije.

Se me quedó mirando, incrédula, y luego se echó a reír.

—¿Contigo? ¿Para quedarme? ¡No seas absurdo, querido! Solo vengo a hacerte una visita. Además, no me atrevería. Tendría miedo de que me clavases un cuchillo en la garganta.

Me dejó sin habla. La miré de hito en hito y sentí que mi rostro palidecía. Luego volví a oír su voz aguda, infantil. Sonaba casi amable.

—No te preocupes, no voy a contarlo. Tenías razón sobre él, querido; de verdad que sí. No era para nada una buena persona. ¡Y encima agarrado! Tu tacañería no me molestaba tanto. Después de todo, tú no ganas mucho, ¿verdad? ¡Pero él tenía medio millón! Piénsalo, querido. ¡Me ha dejado medio millón! Y era tan avaro que pretendía que siguiera siendo su secretaria incluso después de casarnos. ¡Tenía que escribir a máquina todas sus cartas! ¡De verdad! Al menos todas las que enviaba desde casa. Y también tenía que abrir su correo todas las mañanas, salvo que los sobres llevasen una marca secreta que les había confiado a sus amigos para indicar que eran asuntos privados.

—Entonces, mis cartas... —dije con labios exangües.

—Jamás las vio, querido. En fin, no quería preocuparlo, ¿entiendes? Y sabía que eran tuyas. Lo supe desde que llegó la primera. Nunca has escrito bien «a partir de». Me di cuenta cuando escribías a la inmobiliaria y al abogado antes de casarnos. Me hacía gracia, teniendo en cuenta que tú eres un culto bibliotecario y yo no era más que una dependienta.

—Así que lo sabías desde el principio. Sabías que iba a ocurrir.

—Bueno, creí que podía ocurrir. Pero es que era horrible, querido, de verdad. No puedes ni imaginártelo. ¡Y ahora tengo medio millón! ¿No es una suerte para mí tener coartada? Pensé que tal vez fueras a ir aquel jueves. Y a Rodney nunca le gustaron las obras serias.

Después de aquella breve visita, no volví a verla ni a hablar con ella. Me quedé en la cabaña, pero todo perdió sentido tras la muerte de Collingford. Planear su asesinato había sido una motivación, al fin y al cabo. Sin Elsie y sin mi víctima, no merecía la pena seguir viviendo. Y, un año después, empecé a tener pesadillas. Aún las tengo, siempre los lunes y los viernes. Lo revivo todo otra vez: la silenciosa carrera por el camino de sirga cubierto de hojas húmedas; el trecho a nado para cruzar el río; la puerta abriéndose sin hacer ruido; la puñalada ascendente; la saña al retorcer el cuchillo en la herida; el brutal sonido de los tejidos al romperse; el curvo manantial de

sangre dorada. Solo cambia la vuelta. En mi sueño, el río ya no es un cauce purificador, luminoso bajo la hoz de la luna creciente, sino una densa e impenetrable ciénaga de sangre viscosa que lucho por cruzar, impotente y presa del pánico, en dirección a una orilla que no deja de retroceder.

Sé lo que significa. Lo he leído todo sobre la psicología de la culpa. Desde que perdí a Elsie, vivo a través de los libros. Pero ello no me ayuda. Y ya no sé quién soy. Sé quién era antes, el auxiliar de la biblioteca local, amable, aplicado, tímido, el marido de Elsie. Pero entonces maté a Collingford. El hombre que yo era no pudo haber hecho eso. No era esa clase de persona. Entonces, ¿quién soy? No es ninguna sorpresa, supongo, que el comité de la biblioteca sugiriese con tanto tacto que debería buscar un trabajo menos exigente. ¿Un trabajo menos exigente que el de auxiliar de biblioteca? Pero no puedo culparlos. Nadie puede ser eficiente y centrarse en su trabajo cuando no sabe quién es.

A veces, cuando estoy en un bar —y ahora parece que me paso la mayor parte del tiempo en los bares, desde que no tengo trabajo—, miro por encima del hombro de alguien una fotografía de Elsie en el periódico y digo: «Esa es la hermosa Ilsa Mancelli. Yo fui su primer marido».

Me he acostumbrado a la forma en que la gente se aparta de mí, el omnipresente pelmazo del bar, desviando la mirada y alzando de pronto la voz. Pero a veces, tal vez porque han tenido suerte con los caballos y sienten un arrebató de compasión por un pobre diablo, dejando al camarero unas monedas sobre el mostrador, antes de dirigirse a la puerta, me invitan a una copa.

## EL ASESINATO DE PAPÁ NOEL

Si es usted adicto a la literatura policiaca, puede que haya oído hablar de mí, Charles Mickledore. Y digo bien, «adicto»; no es probable que un lector ocasional o ni siquiera uno muy entendido en el género busque mi última obra en la biblioteca. No soy un H. ;R. F. Keating ni un Dick Francis, ni siquiera una P. ;D. ;James. Sin embargo, hago un trabajo competente con las viejas convenciones, para aquellos a quienes les gustan los crímenes simples, y, aunque a mi detective aficionado, el honorable Martin Carstairs, lo han descrito como una pálida copia de Peter Wimsey, al menos no lo he cargado con un monóculo, ni, para el caso, con Harriet Vane como esposa. Hago lo suficiente para incrementar una modesta renta. Soltero, solitario, insociable, ¿por qué debería esperar tener más éxito con mis libros que con la vida?

A veces me piden que participe en una tertulia radiofónica, cuando alguno de los más distinguidos profesionales de la muerte no está disponible. Me he acostumbrado a la típica pregunta: «¿Ha tenido usted, señor Mickledore, alguna experiencia personal relacionada con el crimen?». Siempre miento. Por una parte, los entrevistadores nunca esperan la verdad; no hay tiempo. Y, por otra, no me creerían. El asesinato en el que me vi envuelto fue tan complicado y estrafalario como cualquier masacre ficticia que haya podido tramar incluso en mis momentos de mayor inspiración. Si escribiera sobre ello, lo titularía «El asesinato de Papá Noel». Y eso, básicamente, es lo que fue.

Sucedió, de forma bastante oportuna, en los mejores tiempos de la novela policiaca complaciente, en la Navidad de 1939, las primeras Navidades de la guerra. Yo tenía dieciséis años, una edad difícil en el mejor de los casos, y, al ser un susceptible y solitario hijo único, era más difícil que la mayoría. Mi padre trabajaba en el Ministerio de las Colonias, estaba de servicio en Singapur, y yo solía pasar las vacaciones de invierno con el director de mi internado y su familia. Sin embargo, aquel año mis padres escribieron diciendo que el hermanastro mayor de mi padre, Victor Mickledore, me había invitado a su mansión de los Cotswold, Marston Turville. Sus instrucciones eran precisas. Debía llegar en el tren de las cuatro y cuarto, el día de Nochebuena, y marcharme el miércoles 27 de diciembre por la mañana. En la estación de Marston me recibiría su ama de llaves y secretaria, la señorita Makepiece. Habría otros cuatro invitados: el comandante y la señora Turville, a los que había comprado la mansión cinco años antes; su hijastro, Henry Caldwell, el célebre aviador aficionado, y la actriz Gloria Belsize. Había oído hablar de Caldwell y de la señorita Belsize antes, desde luego, aunque supongo que ni siquiera yo, que era tan ingenuo, creía que aquel fuese el verdadero nombre de esta última.

Mi tío —¿o debería decir tíastró?— se disculpaba por no tener otros invitados de mi edad para que me hicieran compañía. Eso no me preocupaba. La idea de la visita sí. Solo había visto a



mi tío una vez, a los diez años. Tenía la impresión, formada, como suelen formársela los niños, a partir de frases sin terminar y comentarios oídos por casualidad, de que no se llevaba bien con mis padres. Creo que, hacía tiempo, había querido casarse con mi madre. Quizá aquello era un intento de reconciliación después de que la guerra, tras sus incertidumbres, hubiese estallado al final. Mi padre había dejado bien claro en su carta que esperaba que yo aceptase la invitación y que confiaba en que causaría una buena impresión. Me quité de la cabeza la perversa idea de que mi tío era muy rico y no tenía hijos.

La señorita Makepiece me esperaba en la estación de Marston. Me recibió sin demasiadas muestras de simpatía y, mientras la veía caminar delante de mí hacia el Daimler que nos estaba esperando, me recordó a la enfermera jefe de mi escuela en uno de los días en que más intransigente estaba. Cruzamos el pueblo en silencio. Estaba desierto y sombrío en la calma prenavideña. Recuerdo la iglesia medio escondida detrás de los grandes tejos y la silenciosa escuela con las cadenas navideñas que los niños habían hecho con papeles de colores, que lanzaban pálidos destellos sobre las ventanas.

Marston Turville es una pequeña casa señorial del siglo XVII, con tres alas construidas alrededor de un patio. Primero la vi como una masa de piedra gris, oscurecida, como el resto del pueblo, por jirones de nubes bajas. Mi tío me recibió delante de la chimenea del salón. Parpadeando, un atardecer de diciembre se transformó en un estallido de color: velas que centelleaban en el inmenso árbol de Navidad, con el macetón lleno de bolas de nieve falsas hechas con algodón escarchado; las piruetas que hacía el fuego; el resplandor de la lumbre sobre la plata. A los otros huéspedes, que estaban tomando el té, los recuerdo como un cuadro viviente, con las tazas a medio camino de sus labios, víctimas predestinadas a la espera de que comenzara la tragedia.

La memoria, retorcida y selectiva, incluso los ha vestido de forma apropiada. Cuando evoco aquella Nochebuena, veo a Henry Caldwell, ese héroe condenado, con su uniforme de la RAF y condecoraciones en el pecho. Pero es imposible que lo llevara puesto. En aquel momento, aún estaba esperando a que lo llamasen para empezar la instrucción. Y siempre me imagino a Gloria Belsize con el ceñido vestido dorado de noche que se puso más tarde para cenar, vestido en el que se le marcaban los pezones bajo el satén; me resultaba difícil apartar la vista de aquello. Veo a la poco agraciada, eficiente e intimidante señorita Makepiece con su vestido gris de lana, sobrio como un uniforme, a los Turville con sus raídos ropajes campestres de *tweed*, y a mi tío, siempre con su immaculado esmoquin.

Se inclinó hacia mí con expresión siniestra y burlona.

—Así que tú eres el hijo de Alison. Me preguntaba cómo habrías salido.

Creí saber lo que estaba pensando, que con el padre correcto habrían cambiado mucho las cosas. Era consciente de mi corta estatura comparada con su metro ochenta y ocho —solo Henry se le acercaba— y también del brote de espinillas de mi adolescencia. Me presentó a los demás invitados. Los Turville eran una pareja de rostro amable y pelo cano, mayores de lo que esperaba y los dos bastante sordos. Los rasgos austeros de Henry me parecieron imponentes; la timidez y la adoración del héroe me dejaron sin habla. La cara de la señorita Belsize me sonaba de los periódicos. Ahora veía lo que disimulaban con discretos retoques: las arrugas que se iban acentuando bajo los párpados, la incipiente papada, el enrojecimiento de las mejillas bajo unos ojos extraordinarios. En ese momento me pregunté por qué la emocionaría tanto la Navidad. Ahora me doy cuenta de que se pasaba la mayor parte del día medio borracha y de que mi tío lo

notaba, lo encontraba divertido y no hacía el menor intento por refrenarla. Formábamos un grupo abigarrado. Ninguno estaba a gusto, y yo el que menos. Tras aquel primer recibimiento, mi tío apenas me habló. No obstante, cada vez que estábamos cerca yo me daba cuenta de su profundo escrutinio, de que de algún modo me estaba poniendo a prueba.

El primer indicio del horror, el regalo sorpresa con amenaza incluida, llegó a las siete en punto. Era una antigua tradición en Marston Turville que los habitantes del pueblo fueran a cantar villancicos a su señor en Nochebuena. Llegaron puntuales y entraron sigilosos por las tupidas cortinas, uno tras otro, mientras las luces del salón se iban atenuando. Había diez en total, siete hombres y tres mujeres, embozados para protegerse del frío de aquella noche gélida y cada uno con una linterna que encendieron en cuanto se cerró la pesada puerta. Yo estaba de pie, incómodo con mi recién comprado esmoquin, entre Henry y la señora Turville, a la derecha de la chimenea, y escuchaba los viejos, inocentes y nostálgicos villancicos que cantaban con decisión aquellas enérgicas voces campesinas. Después, el mayordomo, Poole, y una de las doncellas nos llevaron pasteles de fruta y ponche caliente. Sin embargo, se respiraba cierto aire de reticencia. Deberían haber cantado para los Turville. La mansión estaba en manos extrañas. Comían y bebían a una velocidad casi indecorosa. Se apagaron las luces, se abrió la puerta, y mi tío, con la señorita Makepiece a su lado, les dio las gracias y se despidió. La señorita Belsize revoloteaba a su alrededor mientras se marchaban, como si fuera la señora del castillo. Los Turville se habían quedado a cierta distancia, al fondo de la habitación, y cuando empezaron los cánticos vi que la mano de ella se extendía con disimulo hacia la de él.

Vimos el paquetito casi enseguida. Lo habían dejado sobre una mesilla cerca de la puerta. Estaba hecho con papel crespón rojo y amarillo, que sobraba por los lados, un trabajo de aficionado, obviamente, pero resuelto con cierta destreza. La señorita Belsize lo cogió y leyó:

—¡«Victor Mickledore»! Tiene tu nombre, cielo. Alguien te ha dejado un regalo. ¡Qué divertido! ¡Vamos a abrirlo!

Él no contestó, pero le dio una calada a su cigarrillo y la miró fijamente y con desdén a través del humo. Ella se ruborizó y luego me tendió el paquetito para que tirásemos cada uno de un extremo. El papel se rasgó sin el típico estallido y un pequeño objeto cayó al suelo y rodó sobre la alfombra. Me agaché a recogerlo. Envuelto con cuidado en un rectángulo de papel, había un dije de metal con forma de calavera unido a un llavero; los había visto parecidos a ese en algunas tiendas de regalos. Desdoblé el papel que lo envolvía y vi unos versos escritos a mano en letras mayúsculas.

—¡Léelo en voz alta, querido! —gritó Gloria.

Miré de reojo el rostro impassible de mi tío y escuché mi voz nerviosa y chillona:

*¡Feliz Navidad, Mickledore!  
Vete a la cama y no duermas más.  
Coge este amuleto y agárralo fuerte;  
esta será tu última noche de sueño.  
Las campanas de Navidad repican alegres;  
las del infierno sonarán por ti.  
Feliz Navidad, Mickledore.  
Vete a la cama y no duermas más.*

Se hizo el silencio un momento. Luego Henry dijo con calma:

—A uno de tus vecinos no le caes bien, Victor. Aunque se equivoca con lo de las campanas. No hay campanas de Navidad en tiempos de guerra. Otra cosa son las campanas del infierno. Sin duda, esas no estarán sujetas al Reglamento de Defensa.

—¡Es una amenaza de muerte! —repuso Gloria con voz estridente—. Alguien quiere matarte. Esa mujer estaba con los que han venido a cantar, ¿no? La madre de la niña aquella a la que atropellaste la última Nochebuena. La maestra de escuela del pueblo. Saunders. Así se llama. ¡La señora Saunders estaba aquí!

Se hizo un terrible silencio. Luego mi tío habló en un tono en el que parecía estar dando latigazos.

—Un testigo vio un Daimler oscuro, pero no era el mío. Mi Daimler no salió del garaje en ningún momento la pasada Nochebuena. Poole lo confirmó.

—Lo sé, cielo. No quería decir nada...

—Rara vez lo haces. —Se giró hacia Poole—. El mejor lugar para esto es el fuego de la cocina.

Entonces intervino Henry.

—Yo no lo destruiría, al menos de momento. Es inofensivo, pero, si recibes más y la cosa se vuelve un incordio, podría ser conveniente enseñárselo a la policía.

—Lo guardaré en la mesa del despacho —dijo la señorita Makepiece con aplomo.

Se lo llevó y los demás la seguimos con la mirada.

—Pero cierra la puerta con llave, querido —insistió Gloria—. Creo que deberías cerrar con llave la puerta de tu habitación.

—En mi casa yo no me escondo de nadie —respondió Victor—. Si tengo algún enemigo, me enfrentaré a él cara a cara. Y ahora quizá podamos pasar a cenar.

Fue una cena muy molesta. La cháchara chillona y medio achispada de Gloria solo sirvió para resaltar el desánimo general. Y fue mientras cenábamos cuando me habló de otra de las tradiciones de Nochebuena de mi tío. Exactamente a la una en punto, «para darnos tiempo a dormirnos o, al menos, a estar en nuestras respectivas camas, cielo», se ponía un traje de Papá Noel y repartía regalos entre todos sus invitados. Ya habría un calcetín preparado a los pies de cada cama.

—Mira lo que recibí el año pasado —dijo exultante al tiempo que extendía el brazo por encima de la mesa.

La pulsera de diamantes destelló a la luz de las velas. Mi tío partió una nuez con la mano como si diera un pistoletazo.

—Puede que te vaya mejor este año si te portas bien.

Tanto las palabras como el tono sonaron ofensivos.

Recuerdo el resto de la noche como una sucesión de escenas intensamente iluminadas. Así, del baile tras la cena recuerdo a los Turville serios moviéndose en círculos, a Gloria aferrándose cariñosa a Henry, a la señorita Makepiece observando con mirada desdeñosa desde su silla junto al fuego. Después, vino el juego de cazar la liebre, que, según Henry, era otra de las tradiciones navideñas de Víctor, y para la que se requería la participación de todo el servicio. Me tocó ser la liebre. Me ataron un globo al brazo y me dieron cinco minutos para esconderme en cualquier lugar de la casa. El objetivo era llegar a la puerta principal antes de que me cazaran y pinchasen el

globo. Para mí, fue lo único divertido de la noche. Recuerdo las risitas de las criadas, a Gloria persiguiéndome alrededor de la mesa de la cocina y sus inútiles arremetidas con una revista enrollada, así como mi última y alocada carrera hacia la puerta en el momento en que Henry salía de pronto del despacho y explotaba el globo de un golpe con una rama de acebo. Más tarde, recuerdo la mortecina luz del fuego reverberando sobre las licoreras de cristal cuando Poole entró con la bandeja de las bebidas. Los Turville fueron los primeros en retirarse —ella quería escuchar «El epílogo» a las once menos cuarto en su habitación— y pronto los siguieron Gloria y la señorita Makepiece. Yo di las buenas noches a las doce menos cuarto y dejé a mi tío a solas con Henry, separados por la bandeja de las bebidas.

En la puerta de mi dormitorio, encontré a la señorita Makepiece esperándome. Me pidió que le cambiara la habitación a Henry. Él estaba en la roja, que tenía una cama con dosel y cortinas, y, después de su accidente en junio, cuando tuvo que hacer un aterrizaje forzoso durante un viaje a Sudamérica y logró escapar por solo unos segundos de la cabina en llamas, ella temía que pudiese parecerle algo claustrofóbica. Me ayudó a trasladar mis pocas pertenencias a mi nueva estancia en el pasillo posterior y se despidió hasta el día siguiente. No puedo decir que lamentase alejarme de mi tío.

La Nochebuena estaba a punto de acabar. Pensé en ello mientras me desvestía e iba al lavabo, al final del pasillo. No había estado tan mal, después de todo. Henry se había mantenido distante pero afable. La señorita Makepiece me intimidaba, pero me había dejado tranquilo. Víctor me seguía aterrando, pero la señora Turville había sido una presencia maternal y protectora. Aun sorda y venida a menos, conservaba una discreta autoridad. Había una pequeña talla de la Virgen en una hornacina a la derecha de la chimenea. Antes de jugar a cazar la liebre, alguien le había atado un globo al cuello. La señora Turville, con mucha tranquilidad, le había pedido a Poole que se lo quitara, y este había obedecido de inmediato. Después me explicó que la imagen era la Virgen de la Merced de Turville y que durante trescientos años había protegido a sus herederos de todo daño. Me contó que su único hijo estaba en un regimiento de Infantería y me preguntó por mi familia. Cuánto debía alegrarme de que estuvieran en Singapur, donde la guerra no podía alcanzarlos. ¡Que no podía alcanzarlos! Aún hoy me atormenta la ironía.

Las cortinas que rodeaban la cama y el dosel eran de una pesada tela de color carmesí, damasco, supongo. A causa de algún defecto en los rieles, las cortinas no se podían descorrer del todo, salvo las del pie, y apenas quedaba espacio para la mesita de noche. Tumbado sobre aquel colchón alto y sorprendentemente duro, tuve la impresión de estar envuelto en llamaradas de sangre y entendí el interés de la señorita Makepiece por que Henry durmiese en otro sitio. Creo que entonces no me di cuenta, como niño que era, de que estaba enamorada de él, como tampoco admití lo que sin duda debía haber sabido, que Gloria había sido la amante de mi tío.

Me dormí casi de inmediato, pero ese reloj interno que regula el sueño hizo que me despertase poco después. Encendí la lámpara de la mesilla de noche y miré el reloj. Faltaba un minuto para la una. Papá Noel ya estaría de camino. Apagué la luz y esperé, de nuevo con parte de esa emoción que había sentido de niño en la noche más mágica del año. Llegó puntual, deslizándose sin hacer ruido sobre la alfombra. Rodeado por cortinas como estaba, no podía oír nada, ni siquiera el sonido de su respiración. Me tapé a medias la cabeza con la sábana y fingí dormir, pero miraba con un ojo entreabierto. Llevaba una linterna y el haz de luz iluminó por un momento su traje ribeteado de piel. El pico del gorro caía hacia delante y le tapaba la cara. Una mano enfundada en un guante blanco dejó caer un paquete en el calcetín. Y luego se marchó con el mismo sigilo con el

que había entrado.

A los dieciséis años, no se tiene paciencia. Esperé hasta estar seguro de que se había ido y me arrastré hasta los pies de la cama. El regalo, envuelto en un papel de rayas rojas, era fino. Desaté el lazo. Dentro había una caja que contenía una pitillera de oro grabada con las iniciales H. R. C. ¡Cómo no había caído! El regalo era, por supuesto, para Henry. Tendría que esperar a la mañana siguiente para recibir el mío. En un impulso, abrí la pitillera. Dentro había un mensaje mecanografiado.

«¡Feliz Navidad! No es necesario que lo compruebes. Es oro auténtico. Y, por si acaso empiezas a albergar esperanzas, este es el único oro que recibirás de mí».

Deseé no haberlo abierto ni haber leído aquella insultante burla.

Tardé un poco en envolverlo de nuevo y ponerle el lazo lo mejor que pude, meter el paquete otra vez en el calcetín y acomodarme para dormir.

Me desperté una vez más aquella noche. Tenía que ir al retrete. El pasillo, como el resto de la casa, estaba a oscuras, salvo por una lamparita de aceite que se mantenía encendida sobre una mesa, y avancé medio a tientas y adormilado guiándome por su luz. Ya había vuelto a mi habitación cuando oí unos pasos. Retrocedí hasta el umbral de la puerta y me asomé. El comandante y la señora Turville, en bata, recorrieron en silencio el pasillo y se metieron en el baño como dos furtivos que hubiesen encontrado un refugio. Él llevaba lo que parecía una toalla enrollada. Esperé, intrigado. Instantes después, ella asomó la cabeza, echó un vistazo al pasillo y volvió a entrar. Tres segundos más tarde, salieron juntos, él cargando aún con la toalla enrollada como si fuese un bebé. Temí que me descubrieran espiándolos y cerré la puerta. Fue un suceso curioso, pero enseguida lo olvidé.

Como antes de dormirme había descorrido las cortinas, me despertó la primera luz de la mañana. A los pies de mi cama se alzaba una espigada figura. Era Henry. Se acercó a mí y me dio un paquete envuelto en papel de regalo.

—Siento haberte molestado. Estaba intentando intercambiar nuestros regalos antes de que te despertaras.

Cogió el suyo, pero no lo abrió y se quedó mirándome mientras yo rompía el papel del que me acababa de dar. Mi tío me había regalado un reloj de oro envuelto en un billete de diez libras. El valor de aquello me dejó sin palabras, pero era consciente de que me había sonrojado de alegría.

—Me pregunto qué querrá a cambio —dijo Henry al ver mi expresión—. No dejes que te compre. Para eso utiliza su dinero, para jugar con la gente. Tus padres están en el extranjero, ¿no?

Asentí.

—Lo más sensato sería escribirles diciendo que es mejor que no pases las vacaciones aquí. Es asunto tuyo, no pretendo entrometerme, pero tu tío no es buena compañía para los jóvenes. De hecho, no es buena compañía para nadie.

No sé qué habría podido decir, en todo caso. Recuerdo mi momentáneo resentimiento hacia él por haberme arruinado parte de la ilusión por el regalo. Pero fue entonces cuando escuchamos el primer grito.

Fue horrible, un feroz chillido de mujer. Henry salió corriendo, y yo bajé a trompicones de la cama y lo seguí por el pasillo y hasta la parte delantera de la casa. Los gritos venían de la puerta abierta del dormitorio de mi tío. Cuando llegábamos, Gloria apareció en el umbral, con una bata de seda malva algo desaliñada y el pelo suelto. Se aferró a Henry, dejó de gritar e intentó

recuperar el aliento.

—¡Está muerto! —dijo entre jadeos—. ¡Asesinado! ¡Han asesinado a Víctor!

Aflojamos el paso y nos acercamos despacio a la cama. Oí a la señorita Makepiece detrás de nosotros y a Poole que venía por el pasillo con la bandeja del té de la mañana. Mi tío yacía de espaldas, aún con el traje de Papá Noel y el gorro enmarcándole el rostro. Tenía la boca entreabierta como la caricatura de una sonrisa; la nariz afilada y picuda como la de un pájaro; las manos, como colocadas con todo cuidado a los lados, parecían anormalmente blancas y delgadas, demasiado frágiles para el pesado sello que llevaba en el dedo. Todo en él se veía empequeñecido, inocuo, casi patético. Sin embargo, cuando volví a mirarlo, al fin me fijé en el cuchillo. Lo tenía clavado en el pecho, con los amenazantes versos del regalo sorpresa.

Sentí unas náuseas espantosas que, para mi vergüenza, dieron paso a una embriagadora mezcla de miedo y emoción. El comandante Turville apareció a mi lado.

—Iré a contárselo a mi esposa —dijo—. No quiero que entre aquí. Henry, será mejor que llames a la policía.

—¿Está muerto? —preguntó la señorita Makepiece.

Lo hizo como quien quiere saber si el desayuno está listo.

—Muerto, no hay duda —contestó Henry.

—Pero hay muy poca sangre. Alrededor del cuchillo. ¿Por qué no ha sangrado?

—Eso quiere decir que ya estaba muerto cuando se lo clavaron.

Me preguntaba cómo podían estar tan tranquilos. Luego, Henry se dirigió a Poole.

—¿Esta habitación tiene llave?

—Sí, señor. Está en el armario de las llaves del despacho.

—Tráigala, por favor. Será mejor que cerremos la puerta y que no entre nadie hasta que llegue la policía.

Todos ignoraban a Gloria, que lloriqueaba encogida a los pies de la cama. Y parecían haberse olvidado de mí. Estaba allí plantado, temblando, con los ojos clavados en aquel grotesco cadáver vestido de rojo que antes era Victor Mickledore.

Poole tosió con ridícula deferencia.

—Me pregunto, señor, por qué no se defendería. El señor Mickledore siempre guardaba una pistola en el cajón de su mesilla de noche.

Henry se acercó y lo abrió.

Fue entonces cuando Gloria dejó de llorar, se rio histérica y empezó a cantar a gritos, con voz temblorosa:

*Feliz Navidad, Mickledore,  
Vete a la cama y no despiertes.  
Feliz Navidad, toque de difuntos,  
asesinado, ha muerto y se ha ido al infierno.*

Pero nuestros ojos se concentraban en el cajón. Estaba vacío. El arma había desaparecido.

Un policía jubilado de setenta y seis años, ni siquiera si es de una pequeña comisaría local, no anda escaso de recuerdos para entretenerse por las tardes junto al fuego y, cuando recibí la carta

de Charles Mickledore, hacía años que no había vuelto a pensar en el asesinato de Marston Turville. Mickledore me pidió que le diese mi versión del caso para incluirla en una crónica privada que estaba elaborando, y me sorprendió la vivacidad con la que regresaban las imágenes de lo ocurrido a mi cabeza. No sé cómo se las arregló para dar conmigo. Mencionaba que escribía historias de detectives y tal vez eso le sirvió de ayuda. No es que yo las lea. Por lo que sé, los policías casi nunca lo hacen. Una vez has tenido que enfrentarte a la realidad del asunto, pierdes el gusto por la fantasía.

Tenía curiosidad por saber lo que habría sido de aquel chico tímido, reservado y sin atractivo. Al menos, seguía vivo. Gran parte de aquel reducido grupo que había pasado con él la Nochebuena de 1939 en Marston Turville tuvo un final violento: uno, asesinado; otro, abatido y envuelto en llamas; otra más, fallecida en un accidente de coche; otros dos, atrapados en un bombardeo en Londres, y el último, en gran medida por mis diligencias, colgado ignominiosamente de una soga. No es que aquello me quitase el sueño. Uno tiene que hacer su trabajo y dejar que las consecuencias sigan su curso. Es la única forma que conozco de ser policía. Pero será mejor que continúe con mi historia.

Me llamo John Pottinger y en diciembre de 1939 acababan de ascenderme a inspector. El de Mickledore era mi primer caso de asesinato. Llegué a la mansión a las nueve y media, acompañado por un oficial, y el viejo doctor McKay, el médico forense, nos pisaba los talones. Henry Caldwell se había hecho cargo de la situación y había actuado de forma impecable. La habitación del crimen estaba cerrada con llave, no se había permitido a nadie abandonar la casa y permanecían todos juntos. Solo faltaba la señora Turville, que se había retirado a su dormitorio y, según su marido, estaba demasiado alterada para recibirme. Con todo, el comandante se mostró dispuesto a dejarme pasar tan pronto como el doctor McKay la hubiese reconocido. Era el médico de la familia, aunque también el del resto del pueblo. La mayoría de los implicados en aquel caso nos conocíamos. Ese era mi punto fuerte, y también mi punto débil.

Cuando abrimos el recio traje de Papá Noel, con el forro interior rígido y oscurecido por la sangre, aunque la pistola había desaparecido era evidente que le habían disparado. Una bala dirigida al corazón, a corta distancia. No podía imaginarme a Mickledore allí tumbado, esperando dócilmente a que ocurriese. Había un vaso vacío en la mesilla de noche. Al cogerlo, solo pude distinguir el vago olor del whisky. No obstante, no descartaba que pudiera haber contenido cualquier otra cosa.

El doctor McKay extrajo el cuchillo —uno corriente, de cocina, bien afilado— de un rápido tirón con la mano enguantada. Examinó el contorno de la herida de bala en busca de abrasiones y luego comprobó la temperatura corporal y la evolución del *rigor mortis*. Fijar la hora de la muerte siempre es arriesgado, pero al final el forense estimó que habían matado a Mickledore entre las once y media y las dos de la madrugada. Un dictamen que la autopsia confirmaría más tarde.

Como andábamos cortos de personal en aquel primer invierno de la «guerra ilusoria», tuve que apañármelas con un oficial y un par de agentes novatos. Interrogué a los sospechosos yo mismo. No habría sido convincente que aparentasen un gran dolor y, para ser justos, no lo intentaron. Recurrieron a los tópicos de siempre y yo hice lo mismo, pero no nos engañamos.

Caldwell dijo haber visto por última vez a Mickledore al dirigirse a su habitación con un vaso de whisky cuando se separaron en el pasillo poco antes de medianoche. Los Turville y la señorita Belsize, que se habían retirado antes, afirmaban que a esa hora ya estaban dormidos y que no se

habían despertado hasta la mañana siguiente. Charles Mickledore admitió haber ido al baño en algún momento después de la una —no había mirado el reloj—, pero insistió en que no había visto a nadie ni había oído nada. Tuve la clara impresión de que mentía, pero no quise presionarlo en aquel primer encuentro. Los jóvenes rara vez mienten de forma convincente. No han tenido tiempo para practicar como el resto.

Poole y la cocinera, la señora Banting, vivían en estancias separadas, en la zona de las cuadras; a Mickledore no le gustaba que el servicio durmiese en casa. Las otras tres criadas eran chicas del pueblo que iban solo durante el día y se habían marchado a sus casas después de la cena. La señora Banting había dejado el pavo y el pudin de Navidad en la despensa antes de irse a dormir a las once, y Poole se había retirado a la misma hora. Ella había vuelto a las seis para empezar con los preparativos de la comida, y Poole a las siete para encargarse de las bandejas con el té de la mañana. Ambos aseguraban que habían pasado toda la noche sin enterarse de nada y juraron que nunca habían perdido de vista sus llaves. Nadie oyó el disparo. Los Turville estaban sordos, la señorita Belsize probablemente medio borracha y narcotizada, los jóvenes tienen el sueño profundo, y la puerta de Mickledore era de roble macizo. En cualquier caso, resultaba extraño.

Bien puedo admitir que mi primer sospechoso fue Caldwell. Era un asesinato que requería valor y a él le sobraba. Suponía que el país le tenía reservado un uso mejor que colgarlo de una soga. A pesar de todo, si la ley lo declaraba culpable, acabaría en la horca, con guerra o sin guerra. Había un detalle, no obstante, que me desconcertaba. Su madre había muerto en 1934. ¿Por qué esperar cinco años para vengarse? ¿Por qué aquellas Navidades? No tenía sentido.

Caldwell y la señorita Makepiece eran los únicos, aparte del chico, que admitían haber salido de sus habitaciones aquella noche. La señorita Makepiece dijo que, poco después de la una, la despertó el timbre del teléfono de su mesilla de noche; Mickledore nunca atendía las llamadas nocturnas y el receptor estaba en la habitación de la señorita. El que llamaba era Bill Sowers, nuestro vigilante antiaéreo, para avisar de que se veía una franja de luz saliendo de una de las ventanas del primer piso. La señorita Makepiece despertó a Caldwell, cogieron sus linternas, abrieron una puerta lateral de la cocina que tenía echado el cerrojo y salieron juntos para averiguar de dónde salía esa luz y comprobar que el resto de la casa estaba debidamente a oscuras. Después, se sirvieron un trago de whisky de la licorera que aún estaba en el salón —aquella noche hacía mucho frío para andar por ahí en bata— y decidieron jugar una partida de ajedrez. Me sonó un poco raro, pero decían que para entonces ya se habían desvelado y que les costaría volver a coger el sueño. Los dos eran jugadores con experiencia y agradecieron la perspectiva de una partida tranquila. No eran capaces de recordar cuál de los dos lo había sugerido, pero ambos coincidían en que acabaron justo antes de las tres, hora a la que habían vuelto a sus dormitorios para el resto de la noche.

Y ahí creí que los tenía. Yo mismo juego bastante bien al ajedrez, de manera que les pedí que se sentaran en lados opuestos de la habitación y apuntaran tantos movimientos como pudiesen recordar. Es curioso, pero aún hoy me acuerdo en parte de aquella partida. La señorita Makepiece jugaba con blancas y había abierto con peón a rey cuatro. Caldwell respondió con una defensa siciliana. Unos noventa minutos después, las blancas habían conseguido coronar un peón, y las negras se rindieron. Como fueron capaces de anotar un gran número de movimientos, me vi obligado a aceptar que la partida había sido real. Caldwell tenía temple. Pero ¿lo bastante como para jugar una complicada partida de ajedrez mientras su víctima, todavía caliente, yacía



asesinada en el piso de arriba?

Y aquella llamada de Bill Sowers también era auténtica. Yo estaba con él cuando la hizo desde la cabina del pueblo. Habíamos salido juntos de la iglesia después del servicio de medianoche y vimos de inmediato, al igual que la mayor parte de la congregación, la luz infractora. Y Bill, siempre puntilloso, había mirado el reloj. La llamada se hizo seis minutos después de la una.

Eran las cuatro y media cuando por fin dejé la mansión para ir a informar al jefe de policía. En aquellos tiempos, los superiores eran de la vieja escuela, nada de universitarios novatos ni intelectuales de la Academia. Yo apreciaba mucho al viejo coronel Wallford. Mi padre había caído en Ypres y supongo que era una especie de sustituto. No empezó a hablar del asesinato hasta que su mujer me hubo acomodado frente al vigoroso fuego con una taza de té y una generosa porción de su pastel de Navidad casero. Escuchó mi relato en silencio antes de intervenir.

—He hablado con el comandante Turville por teléfono —dijo entonces—. Muy correcto. Lo que uno espera de un caballero. Cree que no debería volver al tribunal hasta que este asunto se haya aclarado. He de decir que estoy de acuerdo.

—Sí, señor.

—Lo que no entiendo, aunque no se lo he dicho, es qué hacen la señora Turville y él en la mansión. No es precisamente el tipo de invitación navideña que uno esperaría que aceptasen. Mickledore no paró hasta quitarles la casa con todo lo que había dentro, los engañó con el precio, si los rumores son ciertos, y aun así deciden pasar la Navidad bajo su techo. Muy extraño. Y luego, la curiosa reacción de la señora Turville. ¿Has tenido ocasión ya de interrogarla o de registrar su habitación?

—Me ha dejado entrar después de que la atendiera el doctor McKay. Estaba contrariada, como es lógico, pero muy serena. Lo único que ha podido decirme es que se había ido a dormir poco después de escuchar el cuarteto de cuerda de Dvorák a las once menos cinco y que no se ha movido hasta que su esposo —tienen camas separadas— la ha despertado con la noticia del asesinato.

—Y entonces, de pronto, se queda conmocionada. No es muy creíble, no, tratándose de Mary Turville. ¿La has visto alguna vez de cacería?

—No, señor.

—Entonces era más joven, desde luego. Eran otros tiempos. Pero la señora Turville no es de las que se impresionan por un cadáver que no han visto.

No dije nada. Sin embargo, creo que me leyó el pensamiento. Podía haberlo visto, podía haber sido la primera persona en verlo, podía haberlo visto en el momento en que dejaba de ser Mickledore para convertirse en un cadáver. El jefe prosiguió.

—Y esa ama de llaves y secretaria ¿por qué sigue con él? Se rumorea que la trata como a una esclava.

—Lo dudo, señor. Le resulta demasiado útil. No tiene que ser fácil encontrar una secretaria eficiente que se encargue al mismo tiempo de llevar la casa.

—Aun así, no parece un trabajo agradable.

—Ha sido muy sincera al respecto. Su madre está inválida. Mickledore paga las facturas de la clínica.

—Además de darle un buen sueldo, sin duda.

Era extraño, pensaba, cómo seguíamos hablando de él en presente.

—¿Qué hay de Gloria Belsize? —continuó el coronel—. ¿Qué la une a la mansión?

La respuesta a esa pregunta sí la sabía, estaba dentro de un calcetín de Navidad. El año anterior, una pulsera de diamantes. Ese, un broche de esmeraldas. Según su historia, había ido corriendo sin pensar al dormitorio de Mickledore para darle las gracias por el regalo y se lo había encontrado muerto. El jefe me cortó otro trozo de pastel.

—Y esa luz que vimos al salir de la iglesia, ¿nadie asume ese pequeño descuido?

—Venía del cuarto de baño trasero del primer piso. Solo Charles Mickledore admite haber ido allí por la noche. Dice que podría haber descorrido la cortina para mirar fuera, al campo, pero que no está seguro.

—Curioso asunto para ser impreciso. Pero bueno, era Nochebuena. La emoción. Una casa extraña. Esa tontería de Mickledore del Papá Noel. ¿Dices que el muchacho fue el único que lo vio?

—El único que lo admite.

—Entonces es un testigo esencial. ¿Reconoció a su tío?

—No con absoluta certeza, señor. Pero dice que en ningún momento se le ocurrió que no fuese Mickledore. Además, está el hecho de que le dejara el regalo destinado a Caldwell. La señorita Makepiece sostiene que solo el chico, Caldwell y ella misma sabían lo del intercambio de habitaciones.

—Lo que sugiere que Papá Noel no lo sabía, quienquiera que fuese. ¿O es justo eso lo que pretenden hacernos creer?

—Lo que no entiendo —dije yo— es por qué no dejaron la pistola junto al cuerpo o la volvieron a meter en el cajón. ¿Por qué llevársela y esconderla?

—Probablemente para sembrar la duda sobre si de verdad es el arma que utilizaron. No podemos demostrarlo hasta que la encontremos. Aún hay muchos viejos revólveres de la última guerra circulando por ahí. A propósito, Saunders aún tiene el de su tío. Me lo mencionó el mes pasado cuando hablábamos sobre la defensa civil. Lo había olvidado. ¡Saunders tiene un revólver!

—Ya no, señor. Se lo he preguntado cuando he ido a interrogarlos, a él y a su mujer, sobre el regalo sorpresa. Dice que se deshizo del arma cuando mataron a su hija.

—¿Y ha dicho por qué?

—Porque tenía miedo de que la tentación de disparar a Mickledore fuese demasiado fuerte.

—Qué sinceridad. ¿Qué hizo con él?

—Lo tiró a la laguna de Potter, señor.

—Donde ahora estará bien hundido en el barro del fondo. Muy oportuno. Nadie ha sacado nunca nada de la laguna de Potter. Aun así, será mejor intentarlo. Necesitamos esa arma, saliera de donde saliese.

No había sido agradable interrogar a los Saunders. Todo el pueblo respetaba a Will y a Edna, una pareja decente y trabajadora que había adorado a su única hija. Habíamos sido buenos amigos, pero sabía que estaban dolidos por el hecho de que no hubiésemos atrapado al conductor del Daimler que se había dado a la fuga después de atropellar y matar a Dorothy. No fue por no haberlo intentado. Sabíamos, y ellos también, que Mickledore era sospechoso. Él era el único que tenía un Daimler por aquellos alrededores y el accidente había ocurrido en el estrecho camino que salía de la mansión. No obstante, su coche no tenía daños visibles y Poole juró que no había

salido del garaje en ningún momento. No podíamos detenerlo solo por una sospecha, sin pruebas que la respaldaran.

De modo que tuve que llevar la entrevista con tacto. Acababan de volver de la iglesia cuando llegué. Nos acomodamos en su pulcra sala de estar y la señora Saunders encendió el fuego. Sin embargo, no me ofrecieron nada de beber, como sí habrían hecho antes, y sabía que estaban deseando que me fuera. También sabía algo más. El asesinato de Mickledore no era una noticia nueva para ellos. Como tenían teléfono —Saunders conducía el único taxi del pueblo—, supuse que alguien los habría llamado desde la mansión para darles el aviso. Y creí saber quién. La señorita Makepiece y Edna Saunders eran viejas compañeras de estudios.

Negaron saber nada del regalo sorpresa ni del mensaje. Cuando la señora Saunders volvió de cantar villancicos, pasaron la noche escuchando la radio junto a la chimenea. Las noticias a las nueve, *Robinson Crusoe* a las nueve y cuarto y «Ola de crímenes en el castillo de Blandings» a las diez. La señora Saunders tenía ganas de escuchar sobre todo la obra de Wodehouse, pues los actores Gladys Young y Carleton Hobbs eran sus preferidos.

Fueron capaces de decirme de qué habían hablado en el noticiario de las nueve (de condecoraciones a los oficiales y a la tripulación del submarino en la operación Úrsula, el ataque del IRA en Dublín y el mensaje de Navidad del papa). Les pregunté con delicadeza por la hora crucial. Dijeron que habían estado escuchando la Solemne Misa de Medianoche de Downside, que había terminado a la una menos cuarto, y que después se fueron a dormir. Pudieron, incluso, describir la música. Pero eso no significaba que ambos la hubieran oído. Solo hizo falta una mano para meter aquella bala en el cuerpo de Mickledore.

Volví al presente de golpe.

—Parece que el regalo tuvo que llevarlo a la casa alguno de los que fueron a cantar villancicos —me estaba diciendo el jefe—, pero supongo que no es imposible que lo colocara alguno de los huéspedes.

—Solo los que estuvieran cerca de la puerta.

—Si uno de los Saunders o ambos dispararon a Mickledore, debían de tener un cómplice. No podían saber dónde estaba guardado el paquete sorpresa. Y tampoco habrían podido entrar a menos que alguien les hubiese abierto la puerta.

—La puerta trasera no tenía echado el cerrojo, señor, mientras Caldwell y la señorita Makepiece comprobaban las luces. Eso fue sobre la una y diez.

—Pero el asesino no podía haber contado con eso de antemano. No era difícil entrar en el dormitorio de Mickledore, está claro. Respeto su negativa a cerrar la puerta con llave. Y el momento evidente para hacerlo era mientras el anfitrión repartía los regalos. Todos sabían que su habitación estaría vacía entonces. El asesino se cuela, coge la pistola y se oculta... ¿dónde?

—Hay un espacioso armario ropero, señor.

—Muy oportuno. Y también ese juego de cazar la liebre. Le dio al asesino ocasión de apoderarse del regalo, cerciorarse de dónde estaba la pistola y elegir un cuchillo. No corría ningún peligro aunque lo vieran en cualquier sitio, incluso en la habitación de otra persona. Un juego absurdo, aun así, para personas adultas. ¿Quién lo sugirió?

—Mickledore. Es parte de sus rituales navideños.

—Por tanto, el asesino podía confiar en que jugarían. Lo único que tenía que hacer era disimular el cuchillo y el regalo entre la ropa hasta poder esconderlos en su habitación.

—Difícil para la señorita Belsize, señor. Llevaba un vestido de noche muy ceñido. No sé por qué, no me la imagino correteando por la cocina.

—No la descartes, John. Si el testamento que has encontrado en el despacho aún es válido, hereda veinte mil libras. Igual que la señorita Makepiece. Y has dicho que Poole se lleva diez mil. Ha habido hombres y mujeres que han matado por mucho menos. Bueno, será mejor que vuelvas a ello, supongo. Debemos encontrar esa arma.

Ya lo creo que íbamos a encontrarla. Aunque de un modo más sorprendente y teatral de lo que cualquiera de los dos habría podido imaginar.

Hay formas más agradables de pasar el día de Navidad que ser interrogado por la policía, sobre todo por el inspector Pottinger, con su terca e impasible perseverancia y sus ojos acusadores. Con la impulsiva caballerosidad de los jóvenes, había decidido proteger a la señora Turville. Mentí cuando dije que no los había visto, ni a ella ni a su marido, aquella noche. Fui deliberadamente impreciso al describir la visita de Papá Noel. No estaba seguro de hasta qué punto conseguí engañar a Pottinger, pero mentir requiere práctica. Se me daría mejor al final del caso.

Las preguntas eran constantes. A Henry, incluso, le hicieron ir al despacho en mitad de la comida de Navidad. Fue una comida incómoda. La señora Banting ya había metido el inmenso pavo en el horno cuando se descubrió el asesinato, y la opinión general fue que, ya que estaba preparado, bien podíamos comérmolo. Sin embargo, Henry se mostró firme en que la combinación de pudín navideño y muerte violenta sería de una indigestión insoportable; aquel tendría que esperar al año siguiente. En su lugar, comimos pasteles de fruta. Yo tenía el saludable apetito de la juventud y era consciente, con cierta vergüenza, de que estaba comiendo con manifiesto placer mientras los adultos mareaban su pavo ya tibio y sus desmigajadas coles de Bruselas.

Después, Poole sirvió el café en el salón y a las tres escuchamos en silencio el mensaje del rey. El de 1939 fue el que acabó con la cita sobre un hombre que está a las puertas del Año Nuevo pidiendo una luz que lo guíe en lo desconocido. La he oído muchas veces desde entonces, pero nunca me ha sonado tan conmovedora como en la voz pausada y comedida del rey en aquella Navidad de 1939.

Fue un alivio para todos cuando, a las cuatro y media, el inspector Pottinger dejó allí a un oficial para que continuara con la búsqueda de la pistola y abandonó la mansión. Al traernos el té, Poole nos contó que había ido a informar a su superior. Poole tenía sus propios y misteriosos métodos para saber en qué andaba la policía.

Sin embargo, no nos dejaron en paz por mucho tiempo. El inspector regresó poco antes de las siete. Su imperiosa forma de golpear la puerta principal —los golpes se oyeron desde el salón— parecía la llamada de la muerte. Poole lo hizo pasar con su acostumbrada y arrogante ceremonia y los ojos de mis compañeros se volvieron hacia él con una mezcla de aprensión e intriga. Ya habían llevado la bandeja de las bebidas y Gloria estaba preparando con mucho alboroto un par de cócteles para Henry y para ella. No obstante, debía de llevar un rato bebiendo; incluso mis inexpertos ojos podían ver que estaba medio borracha. Antes de que el inspector pudiese decir nada más que un impasible «buenas noches», Gloria empezó a caminar hacia él tambaleándose con un vaso en la mano.

—Aquí llega nuestro Poirot de pueblo con sus pequeñas células grises a punto. ¡Pero no trae

esposas! ¿No ha venido a detener a la pobrecita Gloria?

Henry se acercó discretamente a ella. Le oí susurrarle algo con insistencia, pero Gloria se echó a reír y fue hacia el árbol de Navidad. De pronto, empezó a arrancar los adornos y a tirárselos como en un arrebató de locura. Una cinta de espumillón se quedó colgada de la Virgen de la Merced de Turville, pero a la antigua dueña de la casa no pareció importarle. Gloria empezó a canturrear.

—Hora de los regalitos, queridos. Siempre abrimos los regalitos del árbol a las siete. No debemos romper la tradición. A Víctor no le gustaría. Uno para ti, Poole, y otro para la señora Banting. ¡Cógelos!

Tiró de dichos paquetes, que colgaban del árbol, y se los lanzó a Poole. Este respondió con un inexpresivo «Gracias, señorita» y los dejó sobre una mesilla. Henry se acercó y la sujetó por un brazo, pero ella consiguió zafarse y cogió otro regalo del árbol.

—Este es para ti, cariño. Pone «Henry» con letra de puño y letra de Víctor.

—Déjalo. —La voz de Henry sonaba gélida. Nunca le había oído hablar en ese tono—. No es momento para regalos. Me lo llevaré a casa.

—¡No seas aguafiestas, querido! Seguro que estás deseando ver tu regalito. Deja que Gloria te lo abra.

Se produjo entonces uno de esos momentos de absoluto silencio que, rememorados tiempo después, parecen tan portentosos. Tal vez ahora, cuarenta y cuatro años después, sea solo cosa de mi imaginación la forma en que la estancia entera se quedó paralizada, observando, con la respiración contenida, cómo rasgaba el vistoso papel navideño. Dentro había otro envoltorio, de papel crespón rojo y amarillo. ¿No era el del regalo sorpresa? Contenía un par de pañuelos grandes de lino. Y algo más. Gloria los desdobló, dio un respingo y dejó escapar un agudo chillido. Apartó las manos, que le temblaban. Y el revólver, hallado por fin, cayó con un golpe sordo a los pies de Pottinger.

Tras el descubrimiento del arma, el ambiente cambió de forma sutil. Hasta entonces, nos habíamos consolado con la teoría, que todos adoptamos con rotundidad, de que un extraño había logrado acceder a la mansión por la puerta de servicio, que estuvo abierta mientras Henry y la señorita Makepiece comprobaban las ventanas. Luego, había encontrado el regalo sorpresa al registrar el despacho y había clavado el mensaje al cadáver como un estafalario gesto de desprecio.

Ahora ya no era tan fácil creer que el asesino hubiera venido de fuera. Dejamos de hablar sobre el crimen, temerosos de lo que pudiésemos decir o sugerir, y nos mirábamos con recelo. La señora Turville, que de repente parecía una mujer muy anciana, intentó tranquilizarme y consolarme. Yo, sin embargo, estaba disfrutando de mi indecorosa emoción ante el asesinato, que nunca me ha abandonado, y me alegré de que no supiese lo poco que necesitaba o merecía su amabilidad. El interrogatorio policial continuó, más riguroso, más insistente. Cuando el inspector Pottinger por fin se fue, estábamos todos exhaustos y contentos de tener una excusa para acostarnos pronto.

Eran las diez cuando oí que alguien llamaba a mi puerta. El corazón me dio un vuelco. Salí de la cama y susurré: «¿Quién es?». Hubo un segundo golpeteo, más apremiante. Abrí con cautela. Gloria se coló por la rendija y entró en mi habitación temblando de frío y de miedo.

—Charles, cariño, ¿te importaría dormir en mi cuarto? Hay un sillón grande y puedes traer tu edredón. Estoy demasiado asustada para quedarme sola.

—¿No puedes echar el cerrojo?

—No hay cerrojo. Y no me atrevo a tomarme la pastilla para dormir, por si viene cuando esté inconsciente.

—¿Por si viene quién?

—El asesino, claro.

¿Qué chico de dieciséis años podría resistirse a semejante llamada a la caballerosidad? Halagado por la petición y sin lamentar para nada tener compañía, fui correteando tras ella por el pasillo. Empujamos el pesado sillón contra la puerta y me instalé con aceptable comodidad. La habitación resultaba curiosamente acogedora, con la luz de la lamparita de noche iluminando la melena rubia de Gloria. Hablábamos susurrando, como conspiradores.

—Creen que el asesino narcotizó a Victor con mis pastillas y luego le disparó mientras dormía. Pottinger insiste en preguntarme si me falta alguna. ¿Cómo voy a saberlo? Mi médico de Mayfair me da cuantas pido. Tengo un frasco lleno en el cajón de la mesilla. Cualquiera puede haberlas cogido. No las cuento.

—Pero ¿no habría notado el sabor?

—Con el whisky no. Yo no lo noto. —Se apoyó sobre un codo y se inclinó hacia mí—. ¿Has pensado en Poole? Podría haber sido él. Sabe que Victor mató a la hija de los Saunders. Mintió cuando dijo que el Daimler nunca había salido del garaje. Tuvo que hacerlo. Victor conocía sus trapos sucios.

—¿Qué trapos sucios?

—Estuvo en prisión por abusar de unas niñas. No duraría mucho en el pueblo si se supiese. Y le ha venido muy bien que Victor muriera en el momento en que lo ha hecho. Victor estaba pensando en cambiar su testamento. Por eso estás tú aquí. Si le caías bien, estaba dispuesto a convertirte en su heredero y dejarnos a nosotros fuera.

También le había venido bien a ella, pensé entonces, que mi tío muriese cuando murió.

—¿Cómo sabes lo del testamento? —susurré.

—Me lo dijo Victor. Le gustaba atormentarme. Cuando quería, era muy cruel. Dicen que empujó a su mujer al suicidio. —Gloria ya se había tomado los sedantes y su voz empezaba a enturbiarse. Tuve que hacer un gran esfuerzo para entenderla—. Y luego están los Turville.

—¿Qué pasa con los Turville?

Me di cuenta de que el tono me había delatado. Ella se rio, soñolienta.

—Te cae bien, ¿verdad? A todo el mundo le cae bien. La perfecta dama. No como la pequeña Gloria. Hay que proteger a los encantadores Turville. Pero traman algo. Se dejaron la puerta entreabierta. Los sordos no se dan cuenta de lo alto que susurran. Él le decía: «Tenemos que hacerlo, querida. Ya nos hemos gastado el dinero y lo hemos planeado con tanto cuidado... con tanto cuidado...».

La voz de Gloria se desvaneció en el silencio.

¿Qué dinero se habían gastado y para qué?, me preguntaba mientras estaba allí tumbado, escuchando la profunda respiración gutural de Gloria. Desvelado, fui reviviendo todos los acontecimientos de aquella insólita Navidad. Mi llegada a la estación de Marston, el silencioso trayecto por el pueblo mientras oscurecía, la escuela con las cadenetas de papel de colores centelleando en las ventanas. La primera visión del semblante crítico y sombrío de mi tío. Los vecinos que fueron a cantar villancicos saliendo de las tupidas cortinas. El juego de cazar la

liebre. La sigilosa figura de Papá Noel a los pies de mi cama. Yo mismo, de pie frente a la de Victor, registrando cada detalle de aquel cuerpo irreal grotescamente vestido. El doctor McKay saliendo de la habitación de la señora Turville con su anticuado maletín Gladstone. El espumillón que Gloria había lanzado sobre la Virgen de la Merced de Turville. La pistola que cayó a los pies de Pottinger.

Las distintas escenas se proyectaban en mi mente como capturas de una cámara fotográfica. Y, de pronto, la confusa mezcla de imágenes y sonidos se fundió en una idea coherente. Antes de quedarme dormido, supe lo que tenía que hacer. Al día siguiente, hablaría primero con el inspector Pottinger. Y luego me enfrentaría al asesino.

En primer lugar, fui a ver al inspector Pottinger y le conté lo que debía contarle. Luego fui a buscar a Henry. Estaba en el salón, con los Turville, y le pregunté si podía hablar con él a solas. Discretos como siempre, los otros se levantaron y se fueron en silencio.

—Sé que fuiste tú —le dije.

Aquel muchacho de dieciséis años me resulta ahora un extraño, y la memoria es engañosa. Probablemente no me sintiera tan confiado, tan seguro de mí mismo como creo recordar. No tengo ninguna duda, en cambio, de lo que había ido a decirle. Y me acuerdo a la perfección —¿cómo podría olvidarlo?— de la cara que puso y de lo que me dijo él.

Me miró sereno, sin miedo, con cierta tristeza, y dijo:

—Supongo que vas a contarme cómo.

—Cuando Papá Noel dejó tu regalo en mi calcetín, llevaba puesto un guante blanco. El asesino tenía que llevar guantes para no dejar huellas, pero las manos del cadáver estaban desnudas y no vi ningún guante cerca de la cama.

—¿Y le has ocultado una prueba tan esencial a la policía?

—Quería proteger a los Turville. Esa noche los vi merodeando por el pasillo de forma sospechosa. Él llevaba una toalla enrollada. Creía que para esconder la pistola.

—¿Y cómo suponías que se habían deshecho de ella? Pottinger registró nuestras habitaciones.

—La señora Turville fingió encontrarse mal. Creí que se la habría dado al doctor McKay cuando fue a reconocerla. Él se la podía llevar escondida en el maletín.

—Pero, cuando apareció, te diste cuenta de que tu teoría fallaba. Los Turville eran inocentes.

—Y anoche deduje la verdad. El doctor McKay sí se llevó algo en el maletín, la Virgen de la Merced de Turville. Eso es lo que estaban haciendo, sustituir por una imagen falsa la que creían que protegería a su hijo. Estaban desesperados por recuperarla desde que se ha ido al frente.

—Y ahora me has elegido a mí como principal sospechoso. ¿También se supone que hice el regalo sorpresa y lo dejé en la mesita sin que nadie me viera?

—No. Estuvimos juntos mientras duraron los villancicos. En ningún momento te acercaste a la puerta. Creo que lo utilizaste para complicar el crimen, que por eso sugeriste guardarlo, pero fue la señora Saunders quien lo hizo. Pudo coger parte del papel crespón que les habían dado a sus alumnos en la escuela para los adornos de Navidad. Además, me di cuenta de que el poema lo había escrito alguien que sabía puntuar bien las frases como por instinto. Y no era una amenaza de muerte. Solo querían incordiar a Victor, fastidiarle la Navidad. Era una pequeña y patética venganza por la muerte de su hija.

—Bien, continúa. Hasta ahora, es bastante convincente.

—Cogiste el regalo sorpresa y un cuchillo de cocina y robaste algunas de las pastillas para dormir de Gloria mientras jugábamos a cazar la liebre. Es una tradición de la casa. Podías contar con que jugaríamos. Y fuiste tú el que pidió cambiar de habitación. Querías estar cerca de mi tío y tenerme a mí bien lejos para que no oyese el disparo. Los Turville están sordos y Gloria toma sedantes. Mis jóvenes oídos eran el verdadero peligro. Pero ni siquiera yo podría oírlo en esa cama rodeada de tupidas cortinas. No puedes ser claustrofóbico, ¿verdad? La RAF no te habría aceptado si lo fueras.

Me miró con cierto aire de superioridad, el pálido y atractivo rostro aún en calma, aún sin signos de temor. Y volví a darme cuenta de que aquel Papá Noel tenía que ser él. Era el único de aquella casa tan alto como mi tío.

Cuando habló, su voz era irónica, casi jovial.

—No pares ahora. ¿No estás llegando a lo más emocionante?

—Echaste las pastillas para dormir en el whisky de Víctor mientras bebíais juntos, o quizá después, cuando estaba en el cuarto de baño. Luego cogiste su pistola y le disparaste mientras estaba inconsciente y desvestido en la cama, probablemente entre las doce y cuarto y las doce y media. A la una en punto te hiciste pasar por Papá Noel, con la precaución de dejar tu regalo en mi calcetín. Después le pusiste el traje al cadáver y le clavaste la amenaza del regalo sorpresa con el cuchillo. Fuiste tú también el que describió la cortina del baño, a sabiendas de que eso provocaría una llamada inmediata. Si la señorita Makepiece no hubiera ido a avisarte, aunque era lo más previsible, habrías fingido oírla merodear por ahí fuera. No fue difícil convencerla para que jugara contigo al ajedrez y conseguir así una coartada fundamental para las horas que siguieron a la una de la madrugada.

—Enhorabuena —dijo con calma—. Deberías escribir novelas de detectives. ¿Hay algo que no sepas?

—Sí. Lo que hiciste con los guantes blancos y el amuleto de la calavera.

Me miró con una media sonrisa y luego se agachó y rebuscó entre las bolas de nieve de algodón que rodeaban el pie del árbol de Navidad. Sacó una de ellas, una pelota blanca que tenía pegadas tiras de espumillón. Sin prisa, la tiró a la chimenea. Las llamas la acariciaron y luego ascendieron con un fagonazo.

—Estaba esperando una oportunidad para hacerlo. El fuego se apagó hacia la medianoche y desde que volvieron a encenderlo, el salón siempre ha estado ocupado.

—¿Y el amuleto?

—Alguien se romperá un diente con él la próxima Navidad. Le quité el paño y el papel de cera al pudín y metí el amuleto entre las monedas de seis peniques. Aunque lo encuentren el año que viene, será demasiado tarde para que le sirva de algo a Pottinger.

—Y, nada más disparar, envolviste el arma con el papel crespón y la escondiste en el regalo del árbol de Navidad que tenía escrito tu nombre. Te la habrías llevado al dejar la mansión si Gloria no la hubiese encontrado de forma tan teatral. No me extraña que intentaras detenerla.

—No hay ningún testigo de esta conversación —me dijo—. Estoy confiando en ti, pero puede que no tanto como te imaginas.

Lo miré directamente a los ojos.

—Yo también estoy confiando en ti. Hace cinco minutos he ido a hablar con el inspector Pottinger y le he dicho que había recordado algo importante. Le he contado que, cuando Papá Noel



dejó tu regalo en mi calcetín, vi con claridad el oro de su sello. Tú tienes los dedos mucho más gruesos que Victor. No podrías haberte puesto ese anillo. Si mantengo la mentira, y lo haré, no se atreverán a detenerte.

No me dio las gracias. Yo no dije nada.

—Pero ¿por qué? —exclamé al fin—. ¿Por qué ahora, esta Navidad?

—Porque él mató a mi madre. No de una forma que pueda demostrar, pero ella se suicidó dos años después de haberse casado con él. Siempre he tenido la intención de destruirlo, pero el tiempo pasa y la voluntad se atrofia. Y ahora ha llegado la guerra. Esta «guerra ilusoria» no durará mucho más y no habrá nada de ficticio en matar cuando empiece de verdad. Derribaré a jóvenes pilotos, y civiles alemanes decentes contra los que no tengo nada. Tiene que ser así. Ellos lo harán conmigo si pueden. Pero será más tolerable ahora que he matado a un hombre que se lo merecía. He cumplido la palabra que le di a mi madre. Si tengo que morir, me resultará más fácil.

Me imagino ese Spitfire en llamas cayendo en espiral sobre el canal de la Mancha y me pregunto si fue así.

He enviado a Charles Mickledore mis consideraciones sobre el asesinato de Marston Turville, pero solo Dios sabe para qué lo querría. Desde luego no fue mi mejor caso; nunca detuve a nadie y hoy aquel misterio sigue sin resolver. Cuando el chico recordó haber visto aquel anillo en el dedo de su tío, la acusación contra Caldwell se desmoronó. Las pruebas forenses revelaron que Mickledore murió antes de las tres de la madrugada, cuando Caldwell y la señorita Makepiece acabaron su partida de ajedrez. Caldwell no pudo dispararle y hacer todo lo demás en los pocos minutos que pasaron entre el reparto de los regalos y la llamada del vigilante antiaéreo.

Su coartada se sostenía.

A los Turville los mató un misil V2 durante una de sus visitas a Londres. Bueno, así es como habrían querido marcharse, rápido y estando juntos. Pero su apellido sigue presente en la mansión. Su hijo sobrevivió a la guerra y volvió a comprar la casa de sus antepasados. Me pregunto si sus nietos se asustarán en Nochebuena con las historias sobre el asesinato de Papá Noel.

Ni Poole ni la señorita Belsize se beneficiaron mucho tiempo de sus herencias. Ella se compró un Bentley y se mató cuando conducía borracha. Él adquirió una casa en el pueblo y se dedicaba a hacerse el caballero. Un año más tarde, sin embargo, había vuelto a las andadas con las niñas. De hecho, yo mismo iba de camino a detenerlo cuando se ahorcó en su propio garaje con la cuerda de un tendedero. El verdugo habría hecho un trabajo más limpio.

A veces me pregunto si el joven Charles Mickledore mentiría sobre aquel anillo. Ahora que estamos en contacto, tengo la tentación de preguntárselo. No obstante, todo aquello ocurrió hace más de cuarenta años; un viejo crimen, una vieja historia. Y, si Henry Caldwell tenía una deuda con la sociedad, acabó pagándola por completo.

# LA NIÑA QUE ADORABA LOS CEMENTERIOS

No recordaba nada de aquel día del caluroso agosto de 1956, cuando la llevaron a vivir con su tía Gladys y su tío Gordon a la casita del East London, el número 49 de Alma Terrace. Sabía que fue tres días después de su décimo cumpleaños y que iba a quedar al cuidado de sus únicos parientes vivos ahora que su padre y su abuela habían muerto, ambos víctimas de la gripe, con una semana de diferencia. Pero eso solo eran hechos que alguien, en algún momento, le había contado sin extenderse mucho. No recordaba nada de su vida anterior. Aquellos primeros diez años eran un vacío, insustancial, como un sueño que se había desvanecido, pero había dejado en su mente una cicatriz de ansiedad y miedo infantil no expresados. Para ella, tanto sus recuerdos como su infancia empezaban en aquel momento en el que, andando por la pequeña y desconocida habitación mientras el gatito, Blackie, seguía acurrucado y dormido sobre una toalla junto a su cama, se había acercado descalza a la ventana y había descorrido la cortina. Y allí, a sus pies, se extendía el cementerio, luminoso y enigmático al amanecer, cercado por verjas de hierro y separado de la parte trasera de Alma Terrace solo por un estrecho camino. Iba a ser otro día cálido y sobre las apretadas filas de lápidas yacía una fina bruma atravesada por algún que otro obelisco y por las puntas de las alas de ángeles de mármol cuyas cabezas sin cuerpo parecían flotar sobre brillantes partículas de luz. Mientras contemplaba aquello, inmóvil y abstraída en un hechizo, la neblina empezó a levantarse y el cementerio entero se reveló ante ella, un milagro de piedra y mármol, lustrosa hierba y árboles llenos de hojas, tumbas adornadas con flores y veredas que se cruzaban hasta donde alcanzaba la vista. A lo lejos, pudo distinguir la aguja de una capilla victoriana, reluciente como la torre de un castillo mágico en un cuento de hadas largo tiempo olvidado. En esos momentos de creciente asombro, se sintió estremecida de placer, una emoción tan extraña que traspasó su cuerpecillo como una punzada. Y fue entonces, en la primera mañana de su nueva vida, con un pasado vacío y un futuro incierto y aterrador, cuando se apropió del cementerio. Durante toda su infancia y su juventud seguiría siendo un lugar de regocijo y misterio, su refugio y su consuelo.

Fue la suya una infancia sin amor, casi sin afecto. Su tío Gordon era el hermanastro mayor de su padre; eso también se lo habían dicho. Su tía y él no eran de verdad sus parientes. La exigua capacidad que tenían para amar la empleaban el uno en el otro, e incluso aquello no era tanto un sentimiento auténtico como un pacto de mutuo apoyo y aliento frente al mundo amenazador que se extendía fuera de las cuidadas cortinas de su pequeña y claustrofóbica sala de estar.

Sin embargo, cuidaban de la niña con tanta diligencia como ella cuidaba del gato Blackie. En la casa se tenía la falsa idea de que adoraba a Blackie, su gato, que llevaba con ella cuando llegó, su único vínculo con el pasado, casi su única pertenencia. Solo ella sabía que le desagradaba y le

tenía miedo. No obstante, lo cepillaba y lo alimentaba con concienzuda atención, como lo hacía todo, y a cambio él le otorgaba una lealtad servil, apenas se separaba de su lado, se escabullía y la seguía por el cementerio pegado a sus talones y solo regresaba cuando llegaban a la puerta principal. Pero no era su amigo. No la quería y sabía que ella no lo quería a él. Era un cómplice; la miraba fijamente con sus rasgados ojos celestes, regodeándose en algún secreto que era también su secreto. Aunque comía de una forma voraz, no engordaba. En lugar de eso, su lustroso cuerpo negro se fue alargando hasta que, estirado al sol en el alféizar de su ventana, con el hocico puntiagudo siempre en dirección al cementerio, parecía tan siniestro y antinatural como un reptil con pelo.

Fue una suerte para ella que el cementerio tuviese una puerta trasera que daba a Alma Terrace y pudiera tomar un atajo para ir y volver del colegio atravesando el camposanto y evitando los peligros de la carretera. El primer día, su tío no se había mostrado muy convencido.

—Supongo que está bien. Aunque parece inapropiado, en cierto modo, que una niña ande todos los días entre hileras de muertos.

—Los muertos no van a levantarse de las tumbas —repuso su tía—. Descansan en paz. No le harán nada.

Lo dijo en un tono extrañamente brusco y chillón. Aquellas palabras sonaron como un aserto, casi un desafío. Pero la niña sabía que su tía tenía razón. Se sentía a salvo entre los muertos, a salvo y en casa. Los años en Alma Terrace fueron pasando, tan anodinos e insípidos como el manjar blanco de su tía, como una sensación más que un sabor. ¿Era feliz? Nunca se le ocurrió preguntárselo. No caía mal en el colegio, aunque no era ni lo bastante guapa ni lo bastante inteligente como para despertar mucho interés ni en los demás niños ni en los profesores; era una niña corriente, excepcional solo por ser huérfana, pero incapaz de sacarle partido siquiera a esa ventaja emocional. Tal vez podría haber hecho amigos, niños callados y retraídos como ella que respondieran a su inofensiva mediocridad, pero tenía algo que repelía sus tímidos intentos de acercamiento: su autosuficiencia, esa mirada inexpresiva e indiferente, el rechazo a dar nada de sí misma ni siquiera en una amistad superficial. No necesitaba amigos. Tenía el cementerio y a sus ocupantes.

Tenía sus favoritos. Los conocía a todos, así como cuándo habían muerto, y a qué edad, a veces hasta cómo. Se sabía sus nombres y se aprendió los epitafios de memoria. Para ella eran más reales que los vivos, aquellas ristras de queridas esposas y madres, respetados hombres de negocios, añorados padres, lloradísimos hijos.

Las tumbas nuevas apenas le interesaban, aunque solía observar los funerales a cierta distancia y luego se acercaba sigilosa a leer las tarjetas de condolencia. Lo que más le gustaba eran los viejos y descuidados túmulos rectangulares de tierra o de grava, las cruces torcidas, los grabados casi desvanecidos por el paso del tiempo. Con los nombres de los muertos más antiguos, tejía sus fantasías infantiles.

Incluso las estaciones del año las vivía en y a través del cementerio. Los brotes malvas y dorados de las primeras flores de azafrán abriéndose paso con fuerza en la dura tierra. Abril, con sus cabeceantes narcisos. El cementerio entero vestido de fiesta en tonos blancos y amarillos cuando los dolientes adornaban las tumbas en la Pascua. El olor de la hierba recién cortada y de la tierra en pleno verano, como si los muertos respirasen el aire perfumado por las flores y rezumaran su propio y misterioso aroma. La deslumbrante luz del sol sobre la piedra y el mármol mientras las ancianas, con sus vestidos de algodón teñido, arrastraban los pies cargadas con sus

jarrones para llenarlos en el grifo que había detrás de la capilla. Ver el cementerio transformado por las primeras nieves del invierno, los grotescos ángeles de mármol con sus altos gorros de un blanco reluciente. Mirar por la ventana aguardando el deshielo, con la esperanza de captar ese momento en el que la imponente cubierta se derritiera y las amortajadas figuras volvieran a ser las de siempre.

Solo una vez había preguntado por su padre y supo, como saben los niños, que aquel era un tema del que, por alguna misteriosa razón de los adultos, era mejor no hablar. Estaba sentada en la mesa de la cocina, haciendo las tareas del colegio, mientras su tía preparaba, ajetreada, la cena. Levantó la vista del libro de historia y preguntó: «¿Dónde está enterrado papá?».

La sartén dio un estrepitoso golpe contra el fogón. A su tía se le cayó de la mano el tenedor con el que estaba cocinando. Tardó un buen rato en recogerlo, lavarlo y limpiar la grasa del suelo.

—¿Dónde está enterrado papá? —preguntó otra vez la niña.

—En el norte. En Creedon, a las afueras de Nottingham, con tu madre y tu abuela. ¿Dónde iba a estar?

—¿Puedo ir? ¿Puedo visitarlo?

—Cuando seas mayor, tal vez. ¿Qué sentido tiene andar rondando por las tumbas? Las almas de los muertos no están ahí.

—¿Quién las cuida?

—¿Las tumbas? La gente del cementerio. Sigue con tus ejercicios.

No había preguntado por su madre, la madre que murió al nacer ella. Ese abandono siempre le había parecido intencionado, una fuente de culpa escondida. «Tú mataste a tu madre». Alguien le había dicho esas palabras alguna vez, la había cargado con ese peso. No se permitía pensar en su madre. Sin embargo, sabía que su padre había estado a su lado, la había querido, no había deseado morirse y abandonarla. Algún día, en secreto, encontraría su tumba. La visitaría no una vez, sino todas las semanas. La cuidaría y plantaría flores y cortaría la hierba como hacían las señoras mayores en el cementerio. Y, si no tenía lápida, le compraría una, con su nombre y un epitafio que ella misma elegiría. Tendría que esperar hasta ser mayor, hasta que acabara el colegio y pudiera trabajar y ahorrar lo suficiente. Pero algún día encontraría a su padre. Y tendría una tumba que visitar y atender. Tenía una deuda de amor que pagar.

Cuatro años después de que ella llegara a Alma Terrace, el único hermano de su tía fue a visitarlos desde Australia. Físicamente, su hermana y él se parecían: la misma figura impasible de piernas cortas, los mismos ojillos en una cara cuadrada y rechoncha. El tío Ned, sin embargo, tenía un aplomo presuntuoso, una jovial simpatía tan ajena a la desconfiada reserva de su hermana que resultaba difícil creer que fueran familia. Durante dos semanas, dominó la casa con su voz estridente y extraña y su asertiva masculinidad. Hubo caprichos desacostumbrados, cenas en el West End, una feria en Earls Court. Era amable con la niña, le daba generosas propinas e incluso una mañana cruzó con ella el cementerio de camino a comprar el periódico de las carreras. Y fue aquella tarde, al bajar en silencio las escaleras para cenar, cuando alcanzó a oír retazos inconexos de una conversación, cosas de adultos, incomprensibles en aquel momento, pero que quedaron almacenados en su memoria.

Primero, el áspero estallido de la voz del tío Ned: «Estábamos viendo una tumba. “Amado esposo y padre. Nos lo arrebataron de repente el 14 de marzo de 1892”. Algo así. Grava de mármol, urna rajada, el maldito ángel gigante mirando al cielo. Ya sabéis cómo son. Y entonces la

cría se gira hacia mí. “Mi padre también murió de repente”. Eso me ha dicho. Me lo ha soltado así, tan tranquila. ¿A santo de qué? Me ha dejado de piedra, os lo juro. No sabía dónde meterme. Y vaya sitio ha ido a elegir, el maldito cementerio. Una cosa sí os puedo decir sobre Santa Kilda, allí vais a tener mejores vistas. Eso os lo prometo».

Acercándose un poco más, la niña aguzó el oído en vano para tratar de entender el ininteligible murmullo de la respuesta de su tía. Luego, oyó la voz de su tío: «Esa vieja bruja nunca le perdonó que dejara embarazada a Helen. Nadie era lo bastante bueno para su preciosa hija única. Y luego, cuando ella murió en el parto, también lo culpó por eso. Pobre diablo. Sidney se llevó el paquete completo de desgracias cuando puso los ojos en esa chica».

De nuevo el murmullo de voces indistinguibles, el ruido de los pasos de su tía yendo de la mesa a la cocina, el chirrido de una silla. Luego otra vez la voz del tío Ned: «Una niña rara, ¿no? Anticuada. Morbosa, diría yo. Parece que viven en ese almacén de huesos, ella y el condenado gato. Y es la viva imagen de su padre. Me ha asustado, de verdad. Mirándome con esos ojos y luego con lo de “Mi padre también murió de repente”. ¡Diremos que sí! Ayuda que tuviera un nombre tan corriente, supongo. La gente no cae en la cuenta. ¿Cuánto hace? ¿Cuatro años? Parece que ha pasado más tiempo».

Solo una parte de aquella incomprensible conversación oída a medias la había preocupado. El tío Ned intentaba convencerlos de que se fueran con él a Australia. Tal vez se la llevaran de Alma Terrace, tal vez nunca volvería a ver el cementerio, tal vez tendría que esperar años para poder ahorrar lo suficiente y volver a Inglaterra para encontrar la tumba de su padre. ¿Y cómo iba a visitarla con frecuencia, cómo iba a atenderla y a cuidarla desde la otra punta del mundo? Tras la visita del tío Ned, pasaron meses antes de que la niña viera una de sus extrañas cartas, con el sello australiano, caer por el buzón sin sentir la gélida garra del miedo en el corazón.

No tenía por qué haberse preocupado. No dejaron Inglaterra hasta octubre de 1966 y se fueron solos. Cuando le dieron la noticia, un domingo por la mañana durante el desayuno, estaba claro que nunca se habían planteado llevarla con ellos. Cumplidores como siempre, esperaron hasta que ella hubo terminado el colegio y empezó a ganarse la vida como taquimecanógrafa en una inmobiliaria local para tomar la decisión. Tenía un porvenir asegurado. Ellos habían hecho todo lo que la conciencia les había dictado. Vacilantes y algo azorados, se justificaban como si creyeran que a ella le fuese a importar. La artritis de su tía se estaba complicando; anhelaban el sol; el tío Ned era su único pariente cercano y ellos ya no eran tan jóvenes. Su plan, al que llevaban meses dando vueltas entre susurros y a puerta cerrada, era ir de visita a Santa Kilda durante seis meses y luego, si les gustaba Australia, solicitar la emigración. Tendrían que vender la casa de Alma Terrace para pagar los billetes de avión. De hecho, ya la habían puesto a la venta. Pero habían tenido en cuenta la situación de la chica. Cuando le dijeron lo que habían dispuesto, ella tuvo que agachar la cabeza para que el arrebató de felicidad no fuera demasiado evidente. La señora Morgan, que vivía tres puertas más abajo, estaría encantada de tenerla como inquilina si a ella no le importaba instalarse en la habitación pequeña de la parte de atrás, que daba al cementerio. Con la repentina oleada de alivio, apenas pudo oír lo que seguía diciendo su tía. Todo el mundo sabía lo que opinaba la señora Morgan de los gatos. A Blackie tendrían que dormirlo.

Tenía que mudarse al número 43 de Alma Terrace la tarde en que sus tíos partían desde Heathrow. Sus dos maletas, que contenían todo lo que poseía en el mundo, ya estaban preparadas. En el bolso guardaba con celo las escasas pruebas oficiales de su existencia: su certificado de nacimiento, su tarjeta sanitaria, su libreta de la oficina postal con las 103 libras que con tanto

esfuerzo había ahorrado para el epitafio de su padre. Al día siguiente, empezaría la búsqueda. Pero primero llevó a Blackie al veterinario para acabar con él. Le había hecho una caja, lo había metido dentro, y lo tenía a sus pies, mientras esperaba sentada pacientemente en la antesala de la consulta. El gato no hacía ruido alguno y esa estoica resignación la emocionó y por primera vez despertó en ella un sentimiento de compasión y afecto. Pero no podía hacer nada para salvarlo. Los dos lo sabían. Parecía que el gato siempre había sabido lo que ella pensaba, lo que había ocurrido y lo que estaba por llegar. Había algo que compartían, un conocimiento, una experiencia común que ella no podía recordar y él no podía expresar. Ahora, con su muerte, incluso ese débil vínculo con sus primeros diez años desaparecería para siempre.

Cuando llegó su turno de entrar en la consulta, dijo: «Quiero que lo duerman».

El veterinario pasó sus manos fuertes y experimentadas por el lustroso pelo del animal.

—¿Estás segura? Parece que aún está sano. Es viejo, desde luego, pero está en muy buenas condiciones.

—Estoy segura. Quiero que lo duerman.

Y lo dejó allí sin mirar atrás ni decir una palabra más. Había creído que la alegraría verse libre de la farsa de quererlo, libre de esos ojos rasgados y acusadores. Sin embargo, mientras caminaba de regreso a Alma Terrace, se sorprendió llorando: las lágrimas, espontáneas e imparables, le corrían como la lluvia por la cara.

No fue difícil conseguir una semana libre en el trabajo; había estado dosificando las vacaciones que le correspondían. Sus tareas, como siempre, estaban al día. Había calculado cuánto dinero necesitaría para los billetes de tren y autobús y para una semana de estancia en hoteles modestos. Lo tenía todo planeado. Desde hacía años. Empezaría por la dirección que figuraba en su certificado de nacimiento: Cranstoun House, Creedon, Nottingham; la casa donde nació. Quizá los dueños actuales los recordasen, a su padre y a ella. Si no, habría vecinos o habitantes más viejos del pueblo que podrían recordar la muerte de su padre, dónde lo habían enterrado. Si eso fallaba, lo intentaría con las funerarias locales. Después de todo, solo habían pasado diez años. Alguien tenía que acordarse. En alguna parte, en Nottingham, habría un registro de enterramientos. Le dijo a la señora Morgan que iba a tomarse una semana de vacaciones para visitar la antigua casa de su padre, preparó una bolsa de viaje con lo más básico y a la mañana siguiente cogió el primer tren para Nottingham.

Fue durante el trayecto en autobús de Nottingham a Creedon cuando sintió las primeras punzadas de nerviosismo y desesperanza. Hasta ese momento había viajado tranquila y confiada, aunque curiosamente sin entusiasmo, como si ese viaje, largo tiempo planeado, fuera tan natural e inevitable como su camino diario al trabajo, un peregrinaje ineludible dispuesto desde el momento en que una niña descalza y en camión descorrió las cortinas de su cuarto y contempló un reino extendido a sus pies. Pero ahora su estado de ánimo había cambiado. Mientras el autobús cruzaba, dando tumbos, los barrios de las afueras, ella se removía en su asiento como si la inquietud psicológica le provocase malestar físico. Había esperado encontrar campos verdes, pequeñas iglesias custodiando pulcros cementerios familiares salpicados de tejos. Así eran los cementerios que había visitado durante sus vacaciones y que le habían gustado casi tanto como adoraba aquel que había hecho suyo. Sin duda, su padre descansaba en medio de una paz así, santificada por el canto de los pájaros. Pero Nottingham había crecido en los últimos diez años y Creedon no era ya más que un barrio metropolitano separado de la ciudad por una urbanización de vulgares casas nuevas construidas a lo largo de la carretera, gasolineras y desfiles de tiendas. Nada le resultaba

familiar, y aun así sabía que había recorrido antes ese camino y que lo había hecho angustiada y afligida. Cuando, treinta minutos después, el autobús se detuvo en la terminal de Creedon, supo de inmediato dónde estaba. El Dog and Whistle seguía en pie en una esquina del polvoriento parque cubierto de basura, con la misma marquesina de autobús en el exterior. Y, al ver aquellas paredes garabateadas de grafitis, los recuerdos volvieron como si nunca hubiese olvidado nada. Allí su padre solía dejarla cuando la llevaba a la acostumbrada visita de los domingos con su abuela. Allí, la vieja cocinera de su abuela la esperaba. Allí ella miraba hacia atrás para una última despedida y veía a su padre esperando paciente el autobús para emprender el viaje de regreso. Allí volvían a llevarla a las seis y media, cuando él iba de nuevo a recogerla. Cranstoun House era la casa de su abuela. Sin embargo, aunque ella había nacido allí, aquel nunca había sido su hogar.

No necesitó preguntar cómo se llegaba. Y cuando, cinco minutos más tarde, estaba de pie frente a la casa, mirándola fijamente con consternada fascinación, no necesitó leer el nombre pintado en la desvencijada verja cerrada con candado. Era un edificio cuadrado, de ladrillo oscuro, situado, con incongruente y espuria grandiosidad, al final de un camino rural. Era más pequeña de lo que recordaba, pero seguía siendo una casa espantosa. ¿Cómo podía haber olvidado aquellos salientes ornamentados, el tejado puntiagudo, las herméticas ventanas del mirador, la torre solitaria e imponente en el extremo oriental? Había un cartel de una inmobiliaria atado a la puerta; la casa estaba deshabitada. La pintura de la puerta principal se estaba descascarillando, el jardín estaba asilvestrado, las ramas de los rododendros estaban rotas, y el camino de grava, invadido de malas hierbas. Allí no había nadie que pudiera ayudarla a encontrar la tumba de su padre. Sin embargo, ella sabía que tenía que ver su tumba, tenía que traspasar de nuevo esa amenazante puerta principal. La casa sabía algo y tenía que decírselo, algo que Blackie también sabía. No podía evitar el siguiente paso. Tenía que encontrar la oficina de la inmobiliaria y pedir que le enseñaran la casa por dentro.

Había perdido el autobús de vuelta y, para cuando el siguiente llegó a Nottingham, ya eran más de las tres. Aunque no había probado bocado desde el desayuno, por la mañana temprano, estaba demasiado afanada para preocuparse del hambre. No obstante, sabía que iba a ser un día largo y que tenía que comer. Entró en una cafetería, pidió un sándwich caliente de queso y una taza de café y, muy a su pesar, no le quedó más remedio que perder unos cuantos minutos en engullirlos. El café quemaba y estaba insípido, pero cuando el líquido le bajó ardiendo por la garganta se dio cuenta de cuánto lo necesitaba.

La chica de la caja le indicó cómo ir a la oficina de la inmobiliaria, a diez minutos andando desde allí. La recibió un joven de facciones pronunciadas vestido con traje de raya diplomática que, después de una experta mirada a su viejo abrigo azul de *tweed*, la bolsa de viaje barata y el bolso de piel sintética, la situó con precisión en su particular categoría de cliente del que poco se puede esperar y al que menos es necesario ofrecer. Sin embargo, buscó la información que ella le pedía y su curiosidad se acentuó cuando ella le echó apenas un vistazo al papel y lo guardó doblado en su bolso. Su petición de visitar la casa esa tarde fue recibida, como esperaba, con educación pero sin entusiasmo. Conocía el negocio y sabía por qué. La casa estaba deshabitada. Alguien tendría que acompañarla. No había nada en su respetable mediocridad que sugiriese que ella era una posible compradora. Y, cuando el joven se excusó un momento para consultar con un compañero y regresó diciéndole que él mismo la llevaría a Creedon de inmediato, también supo la razón más probable para aquello: en la oficina no había mucho trabajo y ya era hora de que

alguien de la empresa fuese a echar un vistazo a la propiedad.

Durante el trayecto ninguno de los dos habló. Cuando llegaron a Creedon y el coche giró por el camino que llevaba a la casa, la aprensión que había sentido en su primera visita volvió, esta vez más profunda e intensa. Ahora era más que el recuerdo de una antigua desdicha. Era el sufrimiento y el miedo de la infancia revividos e intensificados por un terrible presentimiento adulto. El empleado de la inmobiliaria aparcó su Morris en la hierba al borde del camino y, en el momento en que ella alzó la vista hacia las ventanas cegadas, la sacudió un espasmo de terror tan agudo que por un momento fue incapaz de hablar o moverse. Era consciente de que el joven le sujetaba la puerta abierta, del olor a cerveza en su aliento, de su rostro, tan próximo que la hacía sentirse incómoda, dirigiéndole una mirada de exasperada paciencia. Quería decirle que había cambiado de idea, que esa casa no era en absoluto apropiada para ella, que no tenía sentido verla, que lo esperaría en el coche. Sin embargo, se obligó a sí misma a levantarse del cálido asiento y salió con dificultad bajo la desdeñosa mirada del joven. Esperó en silencio mientras él quitaba el candado y abría la verja.

Avanzaron juntos, entre los descuidados arriates de césped y los crecidos rododendros, hacia la puerta principal. Y de pronto, los pies que se arrastraban a su lado sobre la grava eran otros pies y supo que estaba caminando con su padre, como lo había hecho de niña. Solo tenía que alargar la mano para sentir el firme agarre de sus dedos. Su acompañante decía algo sobre la casa, pero ella no lo escuchaba. Aquella cháchara sin sentido se apagó y ella oyó una voz diferente, la voz de su padre, por primera vez en más de diez años: «No será para siempre, cariño. Solo hasta que encuentre trabajo. Y vendré a comer contigo todos los domingos. Y después de comer podremos dar un paseo los dos juntos, sin nadie más. La abuela lo ha prometido. Y voy a comprarte un gatito. Estoy seguro de que a la abuela no le importará cuando lo vea. Un gatito negro. Siempre has querido un gatito negro. ¿Cómo vamos a llamarlo? ¿Blackie? Así te acordarás de mí. Y luego, cuando haya encontrado trabajo, podré alquilar una casa y volveremos a estar juntos. Voy a cuidar de ti, cariño. Nos cuidaremos el uno al otro».

No se atrevió a alzar la vista por miedo a ver de nuevo esos ojos desesperados y suplicantes rogándole que lo entendiera, que no se lo pusiera más difícil, que no lo odiase. Ahora sabía que debería haberlo ayudado, haberle dicho que lo entendía, que no le importaba vivir con la abuela durante un mes más o menos, que todo saldría bien. Pero no había sido capaz de formular una respuesta tan adulta. Recordó las lágrimas, aferrarse desesperada al abrigo de su padre, y la vieja cocinera de su abuela, con los labios apretados, tirando de ella para separarlos y subiéndola a la cama. Y, por último, recordó verlo desde su habitación, que estaba por encima del porche, su lánguida y derrotada figura alejándose por el camino hacia la parada del autobús.

Cuando llegaron a la puerta principal, miró hacia arriba. La ventana seguía allí. Por supuesto. Conocía cada habitación de aquella siniestra casa.

El jardín estaba bañado por la suave y dorada luz del sol de octubre, pero el vestíbulo los recibió gélido y sombrío. Partiendo de esa penumbra, la escalera de caoba maciza llevaba a una oscuridad que pendía sobre ellos como una amenaza. El agente inmobiliario tanteó la pared en busca del interruptor de la luz. Ella no esperó. Volvió a asir el enorme pomo de latón que sus dedos infantiles apenas habían podido abarcar y entró certera en el salón. El olor de la estancia era diferente. En aquel entonces había un aroma de violetas velado por cera para muebles. Ahora el aire olía a frío y a humedad. Se quedó allí de pie, a oscuras, tiritando pero en perfecta calma. Le parecía haber traspasado la barrera del miedo como quizá una víctima de tortura podría



traspasar la barrera del dolor y lograr una especie de paz. Notó el roce de un hombro cuando el joven se dirigía hacia la ventana para descorrer las pesadas cortinas.

—Los últimos propietarios dejaron algunos muebles. Así tiene mejor aspecto. Es más fácil recibir ofertas si parece habitada.

—¿Han tenido ofertas?

—Aún no. No es un sitio del agrado de todo el mundo. Un poco grande para las familias actuales. Y luego, está lo del asesinato. Ya hace diez años, pero la gente aún habla de ello. La casa ha tenido cuatro dueños desde entonces y ninguno se ha quedado mucho tiempo. Eso por fuerza afecta al precio. No se puede echar tierra sobre un asesinato.

Su voz sonaba deliberadamente despreocupada, pero no apartaba los ojos del rostro de la chica. Se acercó a la chimenea vacía, alargó un brazo hacia la repisa y la siguió con la mirada mientras esta se movía como en trance por la habitación.

—¿Qué asesinato? —se oyó preguntar ella.

—Una mujer de sesenta y cuatro años. La mató a golpes su yerno. La cocinera llegó desde la parte de atrás y lo encontró con el atizador en la mano. Ahora que lo pienso, podría haber sido uno como ese. —Señaló con la cabeza el juego de utensilios para la chimenea hechos de latón que estaban apoyados sobre el guardafuego. Luego añadió—: Ocurrió justo donde está usted ahora. Estaba sentada en esa misma silla.

—No era esta silla —repuso ella con una voz tan tensa y áspera que apenas la reconoció—. Era más grande. Su silla tenía el asiento y el respaldo bordados y los reposabrazos ribeteados con ganchillo, y las patas eran como garras de león.

El joven de la inmobiliaria aguzó la mirada. Luego se rio con recelo. Aquellos vigilantes ojos se abrieron perplejos y después le cambió la expresión. ¿Podía ser desprecio?

—Así que ya lo sabía. Es una de esas.

—¿Una de esas?

—En realidad, no está buscando casa. No podría permitirse una de este tamaño, en cualquier caso. Solo quiere emociones fuertes, ver dónde ocurrió. Uno se encuentra a todo tipo de personas en este negocio y suelo verlas venir. Puedo darle todos los detalles sangrientos que le interesen. Aunque sangre no hubo mucha. Le partieron el cráneo, pero la mayor parte de la hemorragia fue interna. Dicen que solo le corría un hilo desde la frente y que le goteaba sobre las manos.

Le salió con tanta naturalidad que la chica supo que ya lo había contado antes; disfrutaba contándolo, un pequeño relato de terror para despertar el interés de los clientes y paliar el aburrimiento de su rutina. Ojalá no tuviera tanto frío. Si pudiera entrar en calor otra vez, su voz no sonaría tan extraña.

—Y el gato. Cuénteme lo del gato —dijo con los labios secos.

—¿Eso sí que fue increíble! Un detalle espeluznante. Tenía el gato encima, lamiéndole la sangre. Pero usted ya lo sabía, ¿no? Ya ha oído toda la historia.

—Sí —mintió ella—. He oído la historia.

Sin embargo, no solo había oído la historia, sino que la conocía. Había visto lo que pasó. Había estado allí.

Y entonces el contorno de la silla que tenía delante se transformó. Una amorfa silueta negra daba vueltas ante sus ojos; luego adquirió forma y sustancia. Su abuela estaba allí sentada, rechoncha como un sapo, con su vestido negro de los domingos para el servicio religioso de la

mañana, los guantes y el sombrero puestos, el devocionario sobre el regazo. Vio de nuevo la burbuja de flemas en la comisura de su boca, las venas dilatadas a los lados de la afilada nariz. La abuela esperaba para pasar revista a su nieta antes de ir a la iglesia, mirándola otra vez con aquella expresión de quejumbroso descontento. La bruja estaba allí sentada. La bruja que los odiaba, a su papá y a ella, que le había dicho que su padre era un inútil y un pusilánime y que él no era más que el asesino de la madre de la niña. La bruja que amenazaba con sacrificar a Blackie porque le había roto la silla, porque papá se lo había regalado a ella. La bruja que planeaba separarla de su padre para siempre. Y luego vio algo más. El atizador también estaba allí, justo como lo recordaba, la larga vara de latón bruñido con su pesada empuñadura.

Lo cogió como lo había cogido entonces y, con un grito de odio y terror, lo descargó sobre la cabeza de su abuela. Golpeó una y otra vez, oyendo el ruido sordo del latón contra el cuero, una terrible sacudida tras otra. Y seguía gritando. La habitación resonaba con el espanto de su grito. Pero, solo cuando pasó el delirio y aquel atroz ruido cesó, supo por el dolor de garganta que la que había gritado era ella.

Se quedó allí de pie, temblando, luchando por respirar. Gotas de sudor le perlaban la frente y le escocían al metérsele en los ojos. Cuando alzó la vista, reparó en la mirada del agente inmobiliario, desorbitada de miedo, clavada en ella, una maldición musitada, pasos corriendo hacia la puerta. Y entonces el atizador se le escurrió de las manos húmedas y oyó cómo caía con un golpe sordo y blando sobre la alfombra.

El joven vendedor tenía razón, no hubo sangre. Solo el grotesco sombrero caído por encima del rostro sin vida. Mientras la observaba, sin embargo, un lento hilillo de color rojo intenso se deslizó por debajo del ala, zigzagueó por la frente, se escurrió por las arrugas de las mejillas y empezó a gotear constante sobre las manos enguantadas. Y luego oyó un suave maullido. Una bola de pelo negro subió por detrás de la silla y el fantasma de Blackie, de frenéticos ojos celestes, saltó, como había saltado diez años antes, delicadamente sobre el regazo inmóvil. Se miró las manos. ¿Dónde estaban los guantes, los guantes blancos de algodón que la bruja siempre insistía en que se pusiera para ir a la iglesia? Esas manos, que ya no eran las de una niña de nueve años, estaban desnudas. Y la silla estaba vacía. No había nada salvo el cuero rajado, la erupción del relleno de crin de caballo, un leve olor a violetas desvaneciéndose en el aire silencioso.

Salió por la puerta principal y la dejó sin cerrar, como la había dejado entonces. Caminó, como había caminado entonces con guantes e inmaculada, por el sendero de grava entre los rododendros, cruzó la verja de hierro y siguió andando por la carretera que llevaba a la iglesia. Acababan de empezar a tocar la campana: llegaría a tiempo. A lo lejos, había vislumbrado a su padre saltando la cerca desde la ribera al camino. Debía de haber salido muy temprano después de desayunar para ir andando hasta Creedon. ¿Por qué tan pronto? ¿Necesitaba ese largo paseo para decidir algo? ¿Era un patético intento por aplacar a la bruja yendo con ellas a la iglesia? ¿O, maravilloso pensamiento, había venido para llevársela, a encargarse de que sus escasas pertenencias estuvieran en la maleta y listas para cuando el servicio hubiera terminado? Sí, eso es lo que había pensado entonces. Ahora lo recordaba, ese manantial de esperanza renaciendo y danzando con gloriosa certeza. Cuando volviera a casa, todo estaría preparado. Se plantarían allí y desafiarían a la bruja, le dirían que se iban juntos, ellos dos y Blackie, que ella nunca volvería a verlos. Al llegar al final de la carretera, miró hacia atrás y vio por última vez al amado fantasma cruzando el camino en dirección a la casa, hacia aquella funesta puerta abierta.

¿Y después qué? La imagen se desvanecía. No recordaba nada del servicio en la iglesia salvo

un resplandor rojo y azul, cambiante como un caleidoscopio, que al final se fundía en una vidriera de colores, el Buen Pastor acogiendo a un cordero en su seno. ¿Y luego? Seguramente habría extraños esperando en el porche, caras serias y preocupadas, susurros y miradas de reojo, una mujer con una especie de uniforme, un coche oficial. Y, después de aquello, nada. Tenía la mente en blanco. Sin embargo, por fin sabía dónde estaba enterrado su padre. Y sabía por qué nunca podría ir a visitarlo ni hacer ese piadoso peregrinaje al lugar donde yacía por su culpa, el vergonzoso lugar donde lo había enviado. No podía haber flores, ni obelisco, ni mensajes cariñosos grabados en mármol para los enterrados en cal viva tras los muros de una prisión. Y entonces, de forma espontánea, llegó el último recuerdo. Vio de nuevo la puerta abierta de la iglesia, a la congregación entrando en fila, caras girándose curiosas hacia ella cuando llegaba sola al vestíbulo. Y oyó de nuevo aquella voz aguda e infantil pronunciando las palabras que, más que cualquier otra, habían lanzado la soga de cáñamo sobre la cabeza encapuchada de su padre.

—¿Mi abuela? No se encuentra muy bien. Me ha dicho que viniera sola. No, no hay por qué preocuparse. No pasa nada. Papá está con ella.

## UNA RESIDENCIA MUY DESEABLE

Durante y después del juicio contra Harold Vinson, en el que yo fui un testigo de cargo relativamente poco importante, se dieron las habituales especulaciones infundadas, repetitivas y sin sentido sobre si aquellos que lo conocíamos habríamos imaginado alguna vez que era un hombre capaz de tramar el asesinato de su esposa. Se daba por hecho que yo lo conocía mejor que la mayoría de los empleados del instituto, y a mis colegas les parecía una mojigatería irritante por mi parte mostrarme tan reacio a entrar en las murmuraciones generalizadas sobre lo que, después de todo, era el mayor escándalo de la institución en veinte años. «Tú los conocías a los dos. Solías ir de visita a su casa. Los veías juntos. ¿No te imaginaste nada?», insistían, pensando sin duda que yo había sido de algún modo negligente, que debería haber visto lo que pasaba y haberlo evitado. No, nunca lo imaginé; o, si lo hice, imaginé algo que no era. Sin embargo, tenían mucha razón. Pude haberlo evitado.

Conocí a Harold Vinson cuando acepté un puesto de profesor auxiliar de arte en el instituto donde él impartía matemáticas en los cursos superiores. No era un sitio demasiado desalentador, para lo que son estas fábricas educativas. Se basaba en las antiguas escuelas secundarias del siglo XVIII, con algunas añadiduras modernas no demasiado espantosas, y estaba en una ciudad-dormitorio bastante agradable ubicada junto al río a unos treinta kilómetros al sudeste de Londres. Era una comunidad de clase media, sobre todo, algo engreída y culturalmente tímida, pero apenas estimulante desde el punto de vista intelectual. Aun así, me pareció bastante bien para un primer empleo. No tengo nada contra la clase media o sus hábitats; yo mismo pertenezco a ella. Y sabía que tenía suerte de haber conseguido el trabajo. La mía es la típica historia del artista con bastante talento, pero sin el suficiente respeto por las idioteces de moda en la esfera artística contemporánea para vivir con dignidad. Los más entregados prefieren alquilar habitaciones baratas y seguir pintando. Yo soy quisquilloso en cuanto a dónde y cómo vivir, así que, en mi caso, opté por un título para impartir clases de arte y el instituto de West Fairing.

Solo me hizo falta pasar una tarde en casa de Vinson para darme cuenta de que era un sádico. No me refiero a que atormentase a sus alumnos. No se le habría consentido, de haberlo intentado. Hoy en día, la lucha de fuerzas en las clases ha dado un vuelco, y los que atormentan son los niños. No, como profesor era sorprendentemente paciente y concienzudo, un hombre con auténtico entusiasmo por su materia («disciplina» era la palabra que él prefería usar; él tenía algo de esnob intelectual y era propenso a la jerga académica) y un asombroso talento para comunicar ese entusiasmo a los chicos. Era muy estricto en cuanto a la observación de las normas, pero jamás he visto que a los alumnos les disguste la mano dura siempre que el profesor no se deje llevar por ese sarcasmo mordaz que, al aprovecharse de la incapacidad de los más jóvenes para competir, se

vive como algo en especial injusto. También los ayudaba a aprobar los exámenes. Digan lo que digan, eso es algo que los chavales de clase media y sus padres agradecen. Siento haber caído en utilizar la palabra «chavales», esa moderna consigna mezcla de condescendencia y adulación. Vinson nunca lo hacía. Su costumbre era hablar de los *alumni* de sexto. Al principio me pareció una tentativa de broma algo pretenciosa, pero ahora lo dudo. Lo cierto es que no era un hombre bromista. Los rígidos músculos de su rostro casi nunca esbozaban una sonrisa y, cuando lo hacían, era tan desconcertante como una penosa mueca. Con su figura enjuta, ligeramente encorvada, los ojos serios tras las gafas de concha y las profundas arrugas talladas desde la nariz a las comisuras de la inflexible boca, tenía la engañosa apariencia de lo que todos creíamos que era: un pedante de mediana edad, antipático y no muy feliz.

No, no era a sus preciados *alumni* a quienes intimidaba y tiranizaba. Era a su mujer. La primera vez que vi a Emily Vinson fue cuando me senté a su lado en los actos por el Día del Fundador, una conmemoración arcaica heredada de la vieja escuela y mantenida con tanta reverencia que incluso las esposas de los profesores que casi nunca asomaban la cabeza por el instituto se sentían obligadas a asistir. Era, supuse, casi veinte años más joven que su marido, una mujer delgada y de aspecto nervioso con el cabello de un tono castaño rojizo apagado de forma prematura y la típica piel pálida y transparente que a menudo acompaña a ese color de pelo. Llevaba ropa cara y elegante, demasiado para una mujer tan corriente, de modo que el vestido mal elegido y demasiado moderno solo resaltaba su débil aspecto corriente. Sus ojos, sin embargo, eran extraordinarios, de un verde grisáceo poco habitual, inmensos y un poco saltones bajo unas finas cejas arqueadas. Pocas veces se giró hacia mí, pero, cuando, de tarde en tarde, me lanzaba una rápida mirada de reojo, era tan asombroso como dar la vuelta al óleo victoriano de un aficionado y descubrir un Corot.

Cuando terminó el Día del Fundador, recibí la primera invitación para visitar a la pareja en su residencia. Me pareció que vivían con cierto lujo. Ella había heredado de su padre una pequeña pero bien proporcionada casa georgiana que se alzaba solitaria en un terreno de casi una hectárea con verdes praderas de césped que bajaban en pendiente hasta el río. Al parecer, su padre era constructor y había comprado la propiedad muy barata a un empobrecido dueño con la idea de derribarla y construir un bloque de pisos. La Oficina de Urbanismo se presentó justo a tiempo con una orden de protección, y él murió unas semanas después, sin duda por el disgusto, y dejó la casa y todo su contenido a su hija. Ni Harold Vinson ni su esposa parecían apreciar lo que tenían. Él se quejaba de los gastos; ella, de las tareas domésticas. La perfecta armonía de la fachada, tan bella que cortaba la respiración, parecía dejarlos tan indiferentes como si vivieran en una caja de ladrillo. Incluso los muebles, que venían incluidos en la compra de la casa, les merecían tan poco respeto como si fueran reproducciones baratas. Cuando, al final de mi primera visita, felicité a Vinson por la amplitud y las proporciones del comedor, me respondió: «Una casa no es más que el espacio entre cuatro paredes. ¿Qué más da si están muy separadas o muy juntas, ni de qué están hechas? Sigue siendo una jaula». En ese momento, su mujer estaba llevando los platos a la cocina y no lo oyó. Él habló tan bajo que apenas yo lo oí. Ni siquiera estoy seguro, ahora, de que pretendiera que lo oyese.

El matrimonio es al mismo tiempo la más pública y la más secreta de las instituciones, sus miserias, tan irritantes e insistentes como una tos seca, su malestar íntimo, difícil de diagnosticar. Y nada es tan destructivo para la vida social como la infelicidad. A nadie le gusta estar sentado en silencio y abochornado mientras sus anfitriones demuestran su incompatibilidad y desagrado

mutuos. Según parecía, ella apenas podía abrir la boca sin molestarlo. Ninguna de sus opiniones merecía ser escuchada. Los asuntos domésticos —que eran, después de todo, lo único que tenía— siempre lo irritaban por su banalidad, de modo que solía soltar el cuchillo y el tenedor, con una expresión de paciente y resignado aburrimiento, en cuanto, tras dirigirle una nerviosa mirada previa, ella reunía ánimos para hablar. Si hubiera sido un animal, encogiéndose con esa histriónica y en el fondo falsa mirada de lastimera súplica, creo que la tentación de patearla habría sido irresistible. Y, verbalmente, Vinson la pateaba.

No fue ninguna sorpresa que tuviesen pocos amigos. Echando la vista atrás, supongo que sería más acertado decir que no tenían verdaderos amigos. De los colegas del instituto, la única que los visitaba, aparte de mí, era Vera Pelling, la profesora auxiliar de ciencias, y la pobre muchacha era tan tediosa y poco atractiva que no tenía muchas alternativas. Vera Pelling es la refutación viviente de esa teoría tan apreciada, según tengo entendido, por los reporteros de moda y belleza de las revistas femeninas de que cualquier mujer, si se toma la molestia, puede sacarle provecho a su físico. Nada podía hacerse con los ojos de cerdo de Vera y su inexistente mentón y, con gran sensatez, ella no lo intentaba. Lo siento si parezco duro. No era una mala persona. Y, si pensaba que formar un cuarteto conmigo en alguna que otra cena con los Vinson era mejor que comer sola en su piso amueblado, supongo que tendría sus razones, al igual que yo tenía las mías. No recuerdo haber visitado nunca a los Vinson sin Vera, aunque Emily vino a mi apartamento en tres ocasiones, con el consentimiento de Harold, para que le hiciese un retrato. No fue ningún éxito. El resultado parecía el pastiche de un temprano Stanley Spencer. Fuera lo que fuese lo que yo intentaba captar, esa sensación de una vida oculta expresada por el extraño destello verde grisáceo de aquellos extraordinarios ojos, no lo conseguí. Cuando Vinson vio el retrato, dijo: «Fuiste prudente, muchacho, al optar por la enseñanza para ganarte la vida. Aunque, a juzgar por este trabajo, diría que la elección no fue del todo voluntaria». Por una vez, estuve tentado de darle la razón.

Vera Pelling y yo llegamos a tener una extraña obsesión con los Vinson. Al volver caminando a casa, después de alguna de sus cenas, solíamos reflexionar sobre los traumas de la noche como si fuéramos un viejo matrimonio que hablaba sin cesar de los defectos de unos parientes que nos desagradaban vivamente, pero a quienes no podíamos dejar de ver. Vera era una imitadora aceptable y solía parodiar la voz seca de Vinson: «Querida, creo que ya nos contaste ese poco interesante drama doméstico la última vez que cenamos juntos», «¿Y qué has estado haciendo hoy, querida? ¿Qué fascinante conversación has tenido con la estimada señora Wilcox mientras limpiabais juntas la sala de estar?».

En realidad, me confió Vera colgándose de mi brazo, la situación se había vuelto tan violenta que casi se le quitaban las ganas de volver a visitarlos. Sin embargo, al parecer, no se le quitaron del todo. Por eso ella también estaba en casa de los Vinson la noche que ocurrió.

La noche del crimen —la expresión tiene algo de estereotipo, pero también de dramático que no resulta inapropiado para lo que, se mire como se mire, no fue una vileza corriente—, Vera y yo teníamos que estar en el instituto a las siete para ayudar con el ensayo general de la obra escolar. Yo era el responsable del telón de fondo pintado y de algunos accesorios de atrezzo, y Vera del maquillaje. Era una hora rara, demasiado pronto para haber cenado en condiciones antes y demasiado tarde para quedarnos en la escuela hasta entonces sin comer nada, y, cuando Emily Vinson nos hizo llegar, a través de su marido, una invitación para ir a tomar café y unos sándwiches a las seis, nos pareció lógico aceptar. He de reconocer que Vinson dejó muy claro que

la idea había sido de su mujer. Él parecía un poco sorprendido de que su esposa quisiera recibírnos para algo tan breve, «de que insistiera en recibírnos» fue la expresión que utilizó. Él no participaba en la obra. Nunca accedía de mala gana a emplear parte de su tiempo libre en dar clases adicionales de su materia, pero seguía la estricta política de no involucrarse jamás en lo que consideraba divertimentos extracurriculares que solo interesaban a los adolescentes atrasados. Era, en cambio, un entusiasta del ajedrez, y los miércoles por la noche iba tres horas, desde las nueve hasta las doce, al club local, del que era secretario. Era un hombre de costumbres metódicas, y cualquier actividad escolar un miércoles por la noche tendría, en todo caso, que haberse desarrollado sin su presencia.

Cada detalle y cada palabra pronunciada en aquella breve comida nada extraordinaria —sándwiches de jamón curado cortado en lonchas demasiado gruesas y café sintético— los repetimos Vera y yo ante el Tribunal de la Corona, de modo que siempre me ha intrigado cómo es que no puedo visualizar la escena. Sé exactamente lo que ocurrió, desde luego. Recuerdo cada palabra. Es solo que ya no puedo cerrar los ojos y ver la mesa de la cena, y a nosotros cuatro allí sentados, como un grabado a todo color en mi memoria. En el juicio, Vera y yo dijimos que los Vinson parecían más incómodos de lo habitual; que, en concreto, nos dio la impresión de que Harold no quería que estuviésemos allí. Pero aquello pudo ser una conjetura *a posteriori*.

El incidente decisivo, si puede llamarse así, tuvo lugar hacia el final de la comida. Fue algo tan corriente en ese momento, y tan crucial visto en retrospectiva. Emily Vinson, como si reparase, inquieta, en sus deberes de anfitriona y en el injustificable silencio que se había adueñado de la mesa, hizo un patente esfuerzo. Dirigió una mirada nerviosa a su marido y dijo:

—Esta mañana han venido dos operarios muy simpáticos y educados...

Vinson se tocó los labios con la servilleta de papel y luego la arrugó de forma convulsiva. La interrumpió con un tono más cortante que de costumbre.

—Emily, querida, ¿no podrías ahorrarnos los detalles de tu rutina doméstica por una vez? He tenido un día en verdad agotador. Y estoy intentando concentrarme en la partida de esta noche.

Eso fue todo.

El ensayo general terminó sobre las nueve, como estaba previsto, y le dije a Vera que me había dejado un libro de la biblioteca donde los Vinson y que necesitaba recogerlo de camino a casa. Ella no tuvo inconveniente. Daba la impresión de que la pobre nunca estaba ansiosa por volver a la suya. Solo había un cuarto de hora a paso rápido hasta la casa de los Vinson y, cuando llegamos, enseguida vimos que algo iba mal. Había dos coches, uno con una luz azul en el techo, y una ambulancia aparcada con discreción, pero sin lugar a dudas junto a la casa. Vera y yo nos miramos un momento y echamos a correr hacia la puerta principal. Estaba cerrada. En lugar de llamar, rodeamos a toda prisa la vivienda. La puerta trasera, por la que se entraba a la cocina, estaba abierta. Tuve la inmediata sensación de que la casa estaba llena de hombres corpulentos, dos de ellos de uniforme. Recuerdo que había una policía inclinada sobre el cuerpo tendido de Emily Vinson. Y la mujer de la limpieza, la señora Wilcox, también estaba allí. Oí que Vera le explicaba a un policía vestido de paisano, obviamente el de mayor rango de los presentes, que éramos amigos de los Vinson y que habíamos cenado allí esa misma noche. «¿Qué ha ocurrido?», preguntaba una y otra vez. «¿Qué ha ocurrido?». Antes de que el policía pudiera contestar, la señora Wilcox ya estaba contándolo todo, con los ojos brillantes de exaltación y prepotente indignación. Me di cuenta de que la policía quería deshacerse de ella, pero no era tan fácil sacarla de allí. Y, al fin y al cabo, había sido la primera en llegar. Lo sabía todo. Yo lo oí en una serie de

frases inconexas: «Un golpe en la cabeza... terrible herida... marcas en todo el suelo de parque, por donde la ha arrastrado... acababa de llegar... un demonio... la cabeza sobre un cojín en la cocina de gas... la pobrecilla... he llegado justo a tiempo, a las nueve y veinte... siempre vengo a ver la televisión a color con ella los miércoles por la noche... la puerta trasera abierta como siempre... he encontrado la nota en la mesa de la cocina». La figura que se retorció en el suelo, gimiendo y llorando con ásperos quejidos como un animal que estuviera de parto, de pronto, se levantó y habló con coherencia.

—¡Yo no la he escrito! ¡Yo no la he escrito!

—¿Quiere decir que el señor Vinson ha intentado matarla? —Vera giró la cabeza, incrédula, primero hacia la señora Wilcox y luego hacia los rostros vigilantes e inescrutables de los policías.

—Señora Wilcox —intervino entonces el oficial—, creo que es hora de que vuelva a casa. La ambulancia ya está aquí. Un agente irá más tarde para tomarle declaración. Nosotros cuidaremos de la señora Vinson. Usted no puede hacer nada más. —Luego se dirigió a Vera y a mí—: Si los dos han estado aquí antes, me gustaría hablar con ustedes. Ya han ido a buscar al señor Vinson a su club de ajedrez. Esperen en la sala de estar, por favor.

—Pero, si la ha dejado inconsciente de un golpe y le ha metido la cabeza en el horno —repuso Vera—, ¿cómo no está muerta?

Fue la señora Wilcox quien contestó, volviéndose triunfante cuando ya la acompañaban fuera.

—¡Por el cambio, por eso! Desde esta mañana tenemos gas natural. Ese del mar del Norte. No es venenoso. Los dos hombres de la compañía del gas han venido poco después de las nueve.

En ese momento, estaban subiendo a Emily Vinson a una camilla. Su voz llegó hasta nosotros como un lamento desesperado.

—He intentado decírselo. ¿Os acordáis? ¿Lo habéis oído? He intentado decírselo.

La nota de suicidio fue una de las pruebas en el juicio contra Vinson. Un experto del laboratorio forense declaró que era falsa, una falsificación muy hábil, pero no era la letra de la señora Vinson. No podía dar una opinión sobre si era obra del marido, aunque sin duda estaba escrita en una hoja arrancada de un bloc encontrado en el escritorio de la sala de estar. No guardaba semejanza con la escritura normal del acusado. Según su criterio, sin embargo, no la había escrito la señora Vinson. Dio diversas razones técnicas para apoyar su conclusión, y el jurado escuchó con respeto. No obstante, no se sorprendieron. Sabían que no la había escrito la señora Vinson. Ella misma había subido al estrado y se lo había dicho. Y ellos tenían muy claro, en su interior, quién lo había hecho.

Se presentó otra prueba forense. Las «marcas en todo el suelo de parque» de la señora Wilcox se redujeron a un único arañazo, largo pero poco profundo, desde la puerta de la sala de estar, aunque era un arañazo importante. Lo habían hecho los tacones de los zapatos de Emily Vinson. Se encontraron restos de la cera que ella usaba para el suelo no en las suelas, sino en los laterales de los tacones raspados, y había minúsculas trazas del betún de sus zapatos en el arañazo.

El funcionario encargado de las huellas también presentó pruebas. Hasta entonces no me había dado cuenta de que los expertos en huellas dactilares son sobre todo civiles. Tiene que ser un trabajo aburrido, ese constante y meticuloso examen de superficies en busca de espirales y patrones reveladores. Dañino para los ojos, diría yo. En este caso, lo relevante era que no había encontrado ninguna huella. Los mandos del gas se habían limpiado. Vi que el jurado se animaba con esta noticia. Fue un error, claro. No hacía falta que la acusación señalase que tendrían que



haber aparecido las huellas de la señora Vinson. Al fin y al cabo, ella había hecho la última comida. Un asesino más inteligente se habría limitado a llevar guantes; habría emborronado las huellas que ya hubiera, pero se aseguraría de no dejar ninguna. Limpiar los mandos del gas había sido una precaución exagerada.

Emily Vinson —tranquila, afligida, pero valiente, obviamente reacia a testificar en contra de su marido— se mostró muy capaz en el estrado. Apenas la reconocí. No, no le había dicho a su esposo que la señora Wilcox y ella habían quedado en ver juntas la televisión poco después de las nueve. La señora Wilcox, que vivía cerca, solía ir a pasar un par de horas con ella los miércoles por la noche, cuando el señor Vinson estaba en su club de ajedrez. No, prefería no decírselo al señor Vinson. Al señor Vinson no le gustaba mucho tener invitados. El mensaje llegó al jurado tan claro como si se lo hubiese deletreado. Les llegó la imagen de una esposa oprimida, nada intelectual, que anhelaba una compañía que su marido le negaba, y que se sentía culpable por ver un popular programa de televisión con la mujer de la limpieza cuando estaba segura de que él no iba a descubrirlas. Miré por un momento la orgullosa e inflexible máscara que era el rostro de Harold, sus manos aferradas al borde del banquillo de los acusados, e imaginé lo que estaría pensando, lo que habría dicho: «Bastantes nimiedades domésticas tienes ya en la cabeza, y bastante conversación con la señora Wilcox, apenas interesante, diría yo, sin invitarla a tu sala de estar. Esa mujer debería saber dónde está su lugar».

El juicio no duró mucho. Vinson no preparó ninguna defensa, salvo la de reiterar con terquedad, los ojos clavados al frente, que él no lo había hecho. Su abogado hizo lo que pudo, pero con la porfiada perseverancia de un hombre resignado al fracaso, y los miembros del jurado parecían alegrarse de estar, por una vez, ante un caso claro que de verdad podían entender. El veredicto fue inevitable. Y la posterior vista para el divorcio, aún más corta. No es difícil convencer a un juez de que tu matrimonio se ha roto en mil pedazos cuando tu marido cumple condena en prisión por intento de asesinato.

Dos meses después de la sentencia definitiva, nos casamos y tomé posesión de la casa georgiana, de las vistas al río, de los muebles de estilo regencia. En cuanto a los bienes materiales, sabía exactamente lo que ganaba. En cuanto a mi esposa, no estaba tan seguro. Había algo inquietante, incluso un poco aterrador, en la competencia con la que había cumplido mis instrucciones. Desde luego, no había sido nada muy difícil. Lo habíamos planeado juntos mientras yo pintaba su retrato. Yo escribí y le di la falsa nota de suicidio en el papel que ella me había facilitado unos días antes de que nuestro plan terminase de madurar. Sabíamos cuándo iban a cambiar el gas. Ella, según le había indicado, puso la nota en la mesa de la cocina antes de arañar el suelo encerado con los tacones de sus zapatos. Incluso había salvado muy bien la única parte complicada; esto es, golpearse la parte de atrás de la cabeza contra la pared de la cocina lo bastante fuerte como para provocar una magulladura notable, pero no tanto como para arriesgarse a hacer una chapuza con los últimos preparativos (poner el cojín en el fondo del horno, para la cabeza, abrir el mando del gas y luego limpiarlo con su pañuelo).

¿Y quién podría haber imaginado que era una actriz tan consumada? A veces, cuando recuerdo aquel angustiado grito animal de «¡He intentado decírselo! ¡He intentado decírselo!», me pregunto de nuevo qué hay detrás de esos extraordinarios ojos. Sigue actuando, por supuesto. Me resulta bastante irritante esa costumbre que tiene, sobre todo cuando estamos acompañados, de mirarme con expresión sumisa, suplicante, como de perro apaleado, cada vez que le hablo. Incita a la crueldad. Quizá esa sea su intención. Me temo que estoy empezando a ganarme fama de sádico.

Parece que la gente ya no quiere venir a casa.

Hay una solución, por supuesto, y no puedo fingir que no la he sopesado. No parece creíble que un hombre que ha matado a otro solo para hacerse con su casa sea muy escrupuloso respecto a volver a matar. Y fue un asesinato, he de admitirlo.

Vinson solo cumplió nueve meses de condena antes de morir en el hospital de la prisión de lo que debió haber sido una gripe sin complicaciones. Tal vez su trabajo era, en realidad, su vida y, sin sus preciados *alumni*, se le quebró la voluntad de vivir. O quizá prefería no seguir viviendo con el recuerdo de la inmensa traición de su esposa. Bajo su mezquina tiranía, su impaciencia y su acritud, tal vez había habido algún tipo de amor.

La opción más evidente, sin embargo, me está vedada. Hace un mes, Emily me explicó, mansa, como una niña que expone un problema, y con una breve mirada de soslayo, que había escrito una confesión y se la había confiado a su abogado.

—Solo por si me ocurre algo, cariño.

Me dijo que lo que le hicimos al pobre Harold la atormentaba, pero que se sentía mejor ahora que había dejado explicados por escrito todos los detalles y podía estar segura de que, cuando muriese, al fin se sabría la verdad, y la memoria de Harold quedaría limpia. No pudo dejarme más claro que me conviene asegurarme de que muero antes que ella.

Maté a Harold Vinson para conseguir la casa; Emily, para conseguirme a mí. En general, ha salido ganando ella. En unas semanas, yo perderé la casa. Emily la ha vendido. Después de todo, no puedo hacer nada por impedirselo; este lugar le pertenece a ella; no a mí.

Después de casarnos, dejé mi trabajo como profesor, ya que me resultaba violento presentarme ante mis colegas como el marido de Emily. No es que nadie sospechase. ¿Por qué iban a hacerlo? Yo tenía una coartada perfecta para la hora del crimen. Pero tenía la esperanza de que, al vivir en aquella perfección, podría llegar a convertirme en pintor, después de todo. Esa fue la mayor de todas mis ilusiones.

Ya están quitando del final del camino de entrada el tablón que dice: «Deseable residencia en venta». Emily ha conseguido un buen precio por la casa y los muebles. Más que suficiente para comprar la pequeña pero pretenciosa caja de ladrillo de una urbanización para ejecutivos del norte de Londres que será mi jaula a partir de ahora. Lo ha vendido todo. Solo nos llevamos la cocina de gas. Aunque, como señaló Emily cuando protesté, ¿por qué no? Funciona perfectamente.

## EL CUMPLEAÑOS DEL SEÑOR MILLCROFT

Mildred Millcroft, acomodada en el asiento del copiloto del Jaguar, aporreaba su ejemplar del *Times* para darle una forma más manejable que le permitiese leer las páginas de sociedad.

—Según el periódico —dijo—, el cumpleaños de padre coincide con el de varios personajes distinguidos. —Leyó sus nombres en voz alta y añadió—: Puede que le guste. Es toda una coincidencia.

Rodney Millcroft gruñó. Puesto que ni su padre ni ninguno de ellos conocían en persona a ninguno de los distinguidos personajes mencionados, no entendía por qué Mildred consideraba el dichoso cumpleaños compartido una coincidencia. Le habría gustado, además, que no se dedicara a leer el periódico mientras él iba conduciendo. El constante soniquete lo distraía y, lo que era aún más peligroso, tendía a pasar las páginas con un revuelo de hojas desparramadas que por un instante le tapaba la vista. Fue un alivio cuando terminó el escrutinio de las secciones de Tribunales y de Nacimientos, Bodas y Necrológicas, devolvió la forma al periódico a base de golpes —aunque una forma apenas semejante a la que el editor había pretendido darle— y lo tiró sobre la cesta del pícnic del asiento de atrás. Ahora podía prestar atención al motivo de su viaje.

—He metido una botella de Pouilly-Fuissé, además de un termo de café. Si la señora Doggett la mete en la nevera en cuanto llegemos, debería estar potable antes de irnos.

Rodney Millcroft tenía la mirada fija en la carretera.

—A padre nunca le ha gustado el vino blanco, excepto el champán.

—Supongo que no, pero eso ya me parecía pasarse un poco. No creo que a la señora Doggett le haga gracia que empiecen a salir corchos disparados por todo Meadowsweet Croft. Es molesto para los demás residentes.

Su hermano podría haber señalado que, para una tranquila celebración de tres personas, solo hacía falta descorchar una botella, y que no era muy probable que eso provocase una bacanal entre los ancianos que vivían en Meadowsweet Croft. No estaba, sin embargo, dispuesto a discutir. En el asunto de su padre, eran uno solo; su alianza, ofensiva y defensiva, contra aquel viejo difícil había dado como resultado, durante más de veinte años, una apariencia de concordia fraternal que, sin esa molestia común y reconciliadora, les habría resultado difícil de mantener.

—Hoy era un día malísimo para escaparme —comentó—. He tenido que mover varias citas y causarles molestias considerables a pacientes importantes.

Rodney Millcroft era dermatólogo y tenía una consulta numerosa y muy lucrativa que le daba pocos problemas. Sus pacientes rara vez lo llamaban de noche, nunca se le morían en la camilla y, como era tan difícil curarlos como matarlos, los conservaba de por vida. Mildred podría haber señalado que a ella tampoco le había venido muy bien. Iba a tener que faltar a la reunión del

Comité de Finanzas y Asuntos Generales del Consejo Municipal, del que difícilmente podía esperarse que tomara alguna decisión sensata sin ella. Además, era ella la que se había molestado en preparar la comida. La señora Doggett, la encargada de Meadowsweet Croft, la había llamado para decirle que habían organizado una merienda para los residentes a las cuatro, con tarta de cumpleaños y todo, y para evitar esa espantosa celebración Mildred le había dicho, muy decidida, que solo podrían ir a almorzar y que llevaría algo para picar bien en la habitación de su padre o en el jardín. Como ella también iba a comer, se había tomado algunas molestias a la hora de preparar las viandas. En la cesta llevaba algo de ensalada, salmón ahumado, lengua, fiambre de pollo y macedonia de frutas con nata para el postre.

—Solo espero que lo aprecie —dijo al enumerar aquellas delicias.

—Si no ha mostrado signos de apreciarnos a ninguno de los dos durante los últimos cuarenta años, dudo que vaya a empezar ahora, ni siquiera con el aliciente de una botella de Pouilly-Fuissé y la emoción de su octogésimo cumpleaños.

—Supongo que él alegraría que ya nos ha dado los tres millones del tío Mortimer y que eso ha sido aprecio suficiente. Hasta diría, imagino, que ha sido generoso.

—Eso no fue generosidad —repuso Rodney—, sino solo un mecanismo legal muy sensato para evitar el impuesto sobre la plusvalía de cesión cuando muera. De todas formas, era dinero de la familia. Por cierto, hoy hace siete años que nos hizo el regalo. Si se muere mañana, todo estará libre de impuestos.

Ambos pensaron que, desde luego, aquel era un cumpleaños que merecía la pena celebrar. Pero Mildred volvió a su eterna queja.

—No tiene ninguna intención de morirse y no lo culpo por ello. Por mí, como si vive otros veinte años. Solo quiero que se quite esa obsesión por mudarse a Maitland Lodge. En Meadowsweet Croft lo atienden de maravilla. La residencia está muy bien gestionada y la señora Doggett es una mujer de lo más competente y con experiencia. Los servicios geriátricos del Ayuntamiento tienen muy buena reputación. Tiene suerte de estar ahí.

Su hermano cambió de marcha y giró con cuidado hacia la carretera secundaria que llevaba a la residencia.

—Pues, si cree que vamos a poner más de sesenta mil al año entre los dos para pagar una plaza en Maitland Lodge, ya es hora de que se enfrente a la realidad. Es una idea absurda.

Habían tenido esa conversación muchas veces.

—Y todo porque ese viejo horripilante general de brigada está allí y sigue visitando a padre y le dice lo maravilloso que es ese sitio. Creo que una vez hasta se lo llevó a pasar el día con él. Y ni siquiera son viejos amigos. Padre solo lo conoce del cursillo de golf. Ese general es una mala influencia para padre en todos los sentidos. No sé por qué lo dejan salir de Maitland Lodge. Parece que puede alquilar un coche y viajar por todo el país a voluntad. Si está tan viejo y débil que necesita vivir en una residencia, deberían procurar que se quedase allí.

Tanto Rodney como Mildred tenían la intención de que su padre, Augustus, permaneciese en Meadowsweet Croft. Aunque tenía ochenta años, su salud no era demasiado delicada, pero una absoluta incapacidad para cocinar o, de hecho, para hacer nada que considerase tarea de mujeres, unida a una lengua mordaz que había ahuyentado a toda una serie sucesiva de asistentas, salvo a aquellas que habían resultado ser alcohólicas, cleptómanas o estar chifladas, había hecho inevitable la residencia. A sus hijos les costó tiempo y esfuerzo convencerlo para que fuera a Meadowsweet Croft. Para ellos, si no para él, la liberación había sido considerable. En sus poco

frecuentes visitas, sus hijos le decían que era un hombre muy afortunado. Incluso tenía una habitación para él solo donde podía desplegar el resultado de su afición de toda la vida: una colección de barcos metidos en botellas.

A pesar de su nombre, Meadowsweet Croft ni estaba cerca de una pradera ni era una granja, y solo podría haberla descrito como «dulce» un visitante con debilidad por el olor de la cera para muebles con aroma a limón. La residencia estaba, sin embargo, muy bien administrada, limpia casi con saña, y la alimentación era tan equilibrada conforme a las modernas teorías sobre la dieta de los mayores que habría sido perverso esperar que la comida también fuera sabrosa. La señora Doggett era enfermera diplomada, pero prefería no usar el título, ni llevar uniforme, pues, al fin y al cabo, Meadowsweet Croft no estaba concebida como una clínica y ella no quería que sus viejecitos se considerasen a sí mismos inválidos. Ella fomentaba el ejercicio, el pensamiento positivo y las actividades edificantes y, en ocasiones, se desanimaba un poco al darse cuenta de que la única actividad que sus residentes deseaban era ver la televisión en el salón con el respaldo de sus sillones bien pegado a la pared como para evitar la posibilidad de que alguien los sorprendiese por detrás en el momento más emocionante de *Los asesinatos de Midsomer* o *Wallander*. Ya habían tenido toda una vida de ejercicio, pensamiento positivo y actividades edificantes. Hay que decir que la señora Doggett y los residentes se llevaban muy bien, en líneas generales, salvo por un malentendido fundamental: ella opinaba que las personas mayores no habían ido a Meadowsweet Croft para entregarse a una vida de indulgente ociosidad, y las personas mayores creían que sí. No obstante, reconocían que había sitios peores que aquel — como la tumba, por ejemplo— y cuando la señora Doggett proclamaba, como solía hacerlo, que amaba a sus viejecitos, que los amaba de corazón, no decía más que la verdad. Y, para amarlos con más efectividad, se aseguraba de no perderlos nunca de vista.

La arquitectura de la residencia ayudaba a esa constante vigilancia. Era un edificio de una sola planta en forma de U construido alrededor de un patio con una praderita de césped en el medio, un solo árbol que se negaba obstinadamente a crecer y cuatro parterres de flores dispuestos con precisión en los que se plantaban flores bulbosas en primavera, geranios en verano y dalias en otoño. El patio estaba amueblado con recios bancos de madera para que los residentes pudiesen tomar el sol en verano. Cada uno llevaba una placa con el nombre de la persona a la que estaba dedicado, un *memento mori* que podría haber angustiado a usuarios menos curtidos que los viejecitos de la señora Doggett. Estos bancos, que no estaban diseñados pensando en la comodidad, eran de construcción sólida y prácticamente indestructibles, y sus ocupantes no tenían intención alguna de añadirles nada más.

No es fácil montar un pícnic en condiciones cuando hay que sentarse en fila en un banco duro y sin mesa. La previsoras de Mildred había llevado servilletas de papel grandes y se las pusieron sobre el regazo cuando se acomodaron, uno detrás de otro, mientras ella iba pasando platos de salmón y jamón y repartía hojas de lechuga y tomates. Los demás bancos estaban vacíos —a los residentes no les apasionaba el aire fresco—, pero un par de ojos curiosos observaba a los campistas desde el otro lado del patio de cuando en cuando, cuando la señora Doggett agitaba una mano con gesto alentador desde la ventana de su despacho. Augustus Millcroft comía con ganas, pero en silencio. La conversación fue superficial hasta que terminaron la macedonia de frutas, momento este en que, como sus hijos esperaban, él empezó con su vieja retahíla.

Lo escucharon en silencio.

—Lo siento, padre —repuso luego Rodney Millcroft—, pero es imposible. Maitland Lodge

cuesta sesenta mil al año y el precio seguirá subiendo casi seguro. Supondría un sangrado insostenible para nuestro capital.

—Un capital que no tendríais si no fuera por mí.

—Nos has dado a Mildred y a mí la mayor parte de la herencia del tío Mortimer y por supuesto estamos agradecidos. Te podemos asegurar que no hemos malgastado el dinero. No nos lo habrías dado si no hubieras confiado en nuestra integridad y perspicacia para las finanzas.

—No veía por qué motivo iba a tener que quedárselo el maldito Gobierno.

—Exacto.

—Y ahora no entiendo por qué no puedo disfrutar de cierta comodidad en mis años de vejez.

—Padre, aquí estás muy cómodo. Este jardín es una auténtica preciosidad.

—Este jardín es el infierno.

—Cuando te dejó el dinero —señaló Rodney—, estoy seguro de que el tío Mortimer pensaba en ello como patrimonio de la familia y quería que se invirtiera de manera conveniente para que pudieras dejárselo a tu vez a tus hijos y a tus nietos.

—Mortimer nunca pretendió nada parecido. Aquella última Navidad, cuando estábamos todos juntos en los montes Pentland, la Navidad en la que murió, me dijo que tenía intención de llamar a su abogado tan pronto como abriese el despacho después de las fiestas y modificar el testamento.

—Un capricho pasajero —replicó Rodney—. A la gente mayor le pasa. Por suerte, no tuvo oportunidad de hacerlo.

—No —repuso su padre—. Yo me encargué de ello. Por eso lo maté.

Mildred creyó que solo había una respuesta posible a aquella afirmación.

—¿Qué demonios has dicho, padre?

Era, sin embargo, una pregunta con poca lógica. La voz de su padre había sido bochornosamente alta y clara. Mientras ella buscaba una respuesta sensata, su hermano intervino con tranquilidad.

—Eso es absurdo, padre. ¿Matarlo? ¿Cómo lo mataste?

—Con arsénico.

Mildred al fin encontró las palabras.

—El tío Mortimer murió del corazón a causa de una neumonía vírica que se le complicó por una gastroenteritis.

—Se le complicó por el arsénico.

—¿Y de dónde sacaste el arsénico, padre? —La voz de Rodney era deliberadamente tranquila.

Al contrario que su hermana, que se había envarado al borde del banco, él se echó hacia atrás y adoptó una postura todo lo relajada que la dureza del asiento le permitía, como alguien que se prepara para perder un poco de tiempo consintiendo las fantasías seniles de su padre.

—De Smallbone, el jardinero de vuestro tío. Solía decir que no había nada mejor que el arsénico para deshacerse de los dientes de león. Cuando Mortimer se enteró, dijo que aquello era demasiado peligroso para que estuviera rondando por la casa e hizo que Smallbone se deshiciera de ello. Pero el jardinero se quedó con un poco para él y lo conservó en uno de esos antiguos frascos azules de veneno. Me dijo que tenerlo le daba sensación de poder. Lo entiendo. Y, sabiendo la opinión que tenía de su jefe, me sorprende que no lo utilizara con Mortimer antes que yo. Yo sabía dónde lo tenía escondido en el cobertizo del jardín, así que, cuando Smallbone murió, lo escondí en un sitio más seguro. También a mí me dio sensación de poder. Smallbone

siempre decía que el arsénico no se deterioraba con el tiempo y sin duda en eso tenía razón.

—Y supongo —dijo Rodney con sarcasmo— que se lo diste al tío con la medicina y, a pesar de su conocido horrible sabor, se lo bebió de un trago.

Su padre no contestó de inmediato. Miró de soslayo a sus hijos con una mezcla de reticencia maliciosa y cierta autocomplacencia.

—Supongo que será mejor que os cuente toda la historia, ya que he empezado —dijo al fin.

—Desde luego que sí —repuso Rodney en tono reprobatorio—. Es una absoluta patraña, por supuesto, pero bien podemos oír el cuento entero ahora que te has embarcado en ello.

—¿Recordáis aquella caja de medio kilo de bombones belgas rellenos que le comprasteis a vuestro tío para Navidad? Lo consideró un regalo deplorablemente inapropiado, por cierto. Puede que esa fuera una de las razones que lo llevaron a tomar la decisión de cambiar el testamento.

—El tío Mortimer era adicto a los bombones rellenos —se defendió Mildred— y aquellos fueron los más caros que pudimos comprar.

—Lo sé. Los dos hablasteis tanto y sin ningún tapujo de lo que os habían costado que estoy seguro de que su enfermera, la señora Jennings, que por cierto aún vive, seguirá recordando aquel regalo. El arsénico que tenía era un polvo blanco. Quité la base de los bombones de menta con un cuchillito bien afilado y reemplacé la crema por el veneno. No puedo decir que fuera un método original, pero sin duda fue efectivo.

—Algo muy común, seguro —dijo su hijo—. No tuvo que ser fácil; temerías que se diera cuenta.

—Fue una tarea relativamente fácil para alguien que había conseguido construir el Cutty Sark en una botella de ginebra. Pero vuestro tío no iba a ponerse a examinar los bombones muy de cerca, al fin y al cabo. Lo incorporé un poco en la cama y le metí uno en la boca. Le dio un mordisco y se lo tragó.

—¿Sin quejarse del sabor?

—Sí se quejó del sabor, pero enseguida le di otro de frambuesa y se lo bajé con una buena dosis de ginebra. Entonces ya no estaba del todo en pleno uso de sus facultades. Fue fácil convencerlo de que se había confundido sobre el amargor del primer bocado.

—¿Y qué hiciste con el frasco de arsénico?

Hubo una segunda pausa, una segunda mirada de malicia reticente.

—Lo escondí en el roble maldito —reveló al fin su padre.

No hizo falta explicación. Sus dos hijos sabían exactamente a qué se refería. El gran roble que estaba en el terreno familiar de los Pentland había sido su árbol de la infancia, como lo había sido de su padre. Un rayo lo había alcanzado durante una fuerte tormenta a principios de siglo, pero aún seguía en pie, las ramas formaban una fantástica estructura para trepar y el tronco partido era un escondite lo bastante grande para un niño.

—Aunque todo esto sea solo una fantasía, desde luego —dijo Rodney Millcroft—, no te aconsejo que se lo cuentes a nadie más. Puede que a ti te divierta, y sin duda disfrutas con la ocurrencia, pero otros podrían verlo de forma diferente.

Mildred había estado pensando.

—No creo —dijo de pronto— que el tío Mortimer pensara en serio ni por un segundo en cambiar el testamento. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Le desagradaba la idea de que su dinero acabase en manos de alguno de vosotros. Tú,

Rodney, lo habías disgustado especialmente. Insultaste a la mujer por la que sentía una profunda, incluso apasionada, devoción.

—¿Qué mujer? Yo ni siquiera conocí a la tía Maud.

—A la tía Maud no, sino a la señora Thatcher. Dijiste que preferirías bucear en un tanque lleno de pirañas antes que ser miembro de su gabinete.

—Eso fue una broma.

—Una broma de muy mal gusto. Tu perverso sentido del humor pudo haber privado a nuestra parte de la familia de una considerable fortuna si yo no me hubiera acordado del arsénico.

—¿Y yo qué? —preguntó Mildred—. ¿Qué se supone que hice yo?

—Contigo era más una cuestión de ser que de hacer. «Avariciosa», «egoísta», «indiscreta» y «terca» eran algunas de las palabras que él utilizaba. Decía que Dios te había dado ese bigote como señal de que se arrepentía de haberte hecho mujer. Otros comentarios, que voy a ahorrarte, eran en verdad muy poco halagadores.

Mildred se mostró sorprendentemente impertérrita ante aquella diatriba.

—Ahí está la prueba —afirmó—. Es evidente que estaba trastornado. Pero, si el tío Mortimer quería cambiar su testamento, ¿te dijo a quién pretendía dejar el dinero? Tenía un fuerte sentido de la familia, a pesar de todos sus defectos. No puedo imaginármelo dándole el dinero a alguien de fuera.

—¡Ah, quería que se quedase en la familia, claro! Iba a ser todo para los primos de Australia.

—¡Pero si llevaba cuarenta años sin verlos! —Mildred estaba indignada—. Y ellos no lo necesitaban. Tienen millones de ovejas.

—Quizá pensó que les vendrían bien unos millones más.

Rodney intervino entonces con voz calma y siniestra.

—¿Por qué nos cuentas todo esto, padre?

—Porque me remuerde la conciencia. Soy un viejo que está llegando al término de su viaje terrenal. Siento que necesito confesar, quedar en paz con el mundo y con mi Creador. Vosotros lleváis siete años en posesión de un dinero al que ninguno de los dos tiene derecho. Yo no tenía derecho a heredar los tres millones, en primer lugar, y desde luego no tenía derecho a cedéroslos. Esas cosas pesan en la cabeza de un anciano. El aire y el ambiente en general de Meadowsweet Croft es propicio, creo, para el sentimiento de culpa y el remordimiento. Pensad en las visitas dominicales del reverendo Hinkley, cuando viene con el grupo de mujeres de la iglesia y nos cantan himnos alrededor del piano en el salón. Luego en la señora Doggett, que insiste en poner la BBC Radio Cuatro muy alto todas las mañanas para escuchar «El pensamiento del día». Y, por supuesto, en los niños de la escuela local, que vienen a cantarnos villancicos en Navidad, y en la revista de la iglesia que nos trae todos los meses la esposa del vicario, siempre con una alentadora homilía. Todas esas cosas causan su efecto. Y además la comida, el indecible aburrimiento de los otros residentes, la voz de la señora Doggett y su incipiente halitosis y la dureza de las camas; todas esas cosas son constantes aunque pequeños recordatorios de ese infierno que se supone le espera al pecador impenitente. No es que crea del todo en el castigo eterno, desde luego, pero estar obligado a vivir en Meadowsweet Croft lo predispone a una cierta morbosidad del ánimo.

Se hizo un largo silencio.

—Esto es chantaje, sin duda —dijo luego Rodney—, un chantaje de una particular ineptitud.



Nadie va a creerte. No verán en esa historia más que los delirios de un viejo senil.

—Pero pueden comprobar que no soy un viejo senil, ¿no?

—¿Y quién esperas que te crea? —insistió Rodney.

—Tal vez los primos de Australia. Me siento culpable sobre todo por vuestros primos de Australia. Pero no importará si me creen o no. Lo cierto es que, en la mente de todos, quedará la duda. Como os decía, es una lástima que os dierais tanto bombo por haberle comprado aquellos bombones a vuestro tío. Y luego está el hecho de que yo os cediera el dinero. Bien podría verse como un chantaje. Debo decir que no creo que al Consejo Municipal le guste esta historia, Mildred. Y, en cuanto a ti, Rodney, me da la impresión de que tus pacientes más rentables se llevarán su acné a otra parte.

El silencio esta vez fue largo y profundo.

—Lo pensaremos —dijo Rodney al fin—. Pasado mañana sabrás lo que hemos decidido. Mientras tanto, no hagas ni digas nada. ¿Me has entendido, padre? Nada.

La conversación había sido tan turbadora para Rodney y Mildred que se fueron de Meadowsweet Croft sin recuperar el Pouilly-Fuissé de la nevera. La señora Doggett sintió que estaba justificado confiscarlo como premio para una rifa en la feria benéfica de verano de la Sociedad de Amigos. Así que el señor Millcroft no llegó a tomarse una copa en su fiesta, pero, más que su aversión al vino blanco, lo consoló de tal desilusión el saber que la visita de cumpleaños de sus hijos había ido mejor de lo que podía haber esperado.

En cuanto dejaron atrás las zonas residenciales de las afueras del pueblo y estuvieron en una tranquila carretera rural, Rodney llevó el coche hasta el margen y apagó el motor. Tenían que tomar decisiones sobre las que ninguno de los dos podía pensar de forma apropiada en un vehículo en marcha.

—Todo esto es ridículo, desde luego —dijo Mildred al cabo de unos minutos—. Los dos hermanos nunca se llevaron bien, pero no creo que padre llegara al asesinato. Además, al tío lo incineraron. El médico, al parecer, nunca tuvo la menor sospecha.

—Los médicos que acostumbran a sospechar de sus conocidos de clase media por asesinar a sus familiares suelen acabar sin pacientes. El tío Mortimer se estaba muriendo, en todo caso. Si padre lo mató... —A Rodney le costó pronunciar aquellas palabras—..., una confesión no le va a devolver la vida.

Hermano y hermana encontraron cierto consuelo en el hecho innegable de que nada podía traer de vuelta su tío. Luego, Mildred dijo lo que a ambos se les estaba pasando por la cabeza.

—Solo nos desviaríamos dos o tres kilómetros para ir a los Pentland. Si padre escondió el frasco en el roble, es probable que siga allí. Sin pruebas, nadie se tomará su historia en serio. No tiene sentido aplazarlo. Ahora es tan buen momento como cualquier otro.

—¿Quién compró la casa de los Pentland? —preguntó Rodney—. ¿Tú te acuerdas? Yo solo sé que los albaceas la vendieron por un precio que estaba por debajo de su valor.

—Creo que los compradores se llamaban Swingleton, una pareja mayor, sin niños. Dudo que se dediquen a trepar por los árboles.

—Me temo que ahora no nos va a resultar fácil trepar. Yo soy demasiado grande para meterme

en el tronco. Si el frasco está ahí, tendremos que pescarlo.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Llevo mi bastón en el maletero del coche.

—Desde luego, puede que tengamos problemas para encontrarlo —apuntó Mildred—. Incluso en un día luminoso de mayo como hoy, el interior del tronco estará muy oscuro.

Rodney respondió con cierta satisfacción.

—Nunca viajo sin una linterna. Podemos utilizarla. El problema va a ser entrar en la finca. Si la verja está cerrada con llave, tendremos que saltar el muro. Aunque, en nuestros tiempos, lo hacíamos a menudo.

Por desgracia, la verja estaba cerrada con llave. El muro de piedra no medía más de un metro y medio de alto, pero aun así tuvieron bastantes dificultades para saltarlo y al final solo lo consiguieron con la ayuda de una silla plegable de pícnic que llevaban en el coche. Además, estaba el problema de los motoristas que pasaban por allí. Dos veces, al oír que se acercaba algún coche, tuvieron que desistir, recoger la silla y ponerse a mirar la hierba de la cuneta de la carretera como si estuvieran buscando plantas exóticas. A Rodney, en concreto, le costó alzar a su hermana mientras trataba de mantener los ojos y los oídos abiertos, y la ajustada falda de Mildred era un estorbo bochornoso. Hay algo especialmente indecente en ver a una robusta señora de cuarenta y cinco años atascada en lo alto de un muro, con las piernas colgando y la falda remangada hasta dejar al descubierto una indecorosa envergadura de bragas blancas. Rodney se estremeció al imaginar lo que *sir* Fortescue Lackland, su paciente más distinguido, pensaría si pudiera verlo en ese momento, y solo reunió fuerzas para continuar con la expedición al imaginar lo que *sir* Fortescue pensaría si alguna vez padre cumplía su amenaza y confesaba.

Al cabo de un rato, no obstante, estaban dentro, recogieron la silla y el bastón y avanzaron despacio por la cara interior del muro en dirección al roble maldito. Con ayuda de la silla, Rodney no tuvo problema en alcanzar la altura necesaria y escudriñar las oscuras profundidades del tronco. Mildred le dio la linterna y él la encendió apuntando al fondo e iluminó la cama de hojas marchitas, bellotas secas, ramitas y trozos desprendidos de corteza y una bolsa blanca de plástico retorcida. Y, junto a la bolsa, vio algo mucho más interesante: un frasquito de color azul oscuro con asas a los lados.

—¿Está ahí? —preguntó Mildred en voz baja—. ¿Está?

—Sí, está aquí.

Localizar el frasco fue mucho más fácil que recuperarlo. A Rodney le resultaba imposible manejar el bastón y sujetar la pesada linterna al mismo tiempo, de modo que tuvieron que subirse los dos a la silla, que crujió bajo su peso y, de hecho, parecía correr el riesgo de hundirse. La catástrofe se evitó cuando Mildred se enganchó con el brazo izquierdo a una de las ramas más bajas del roble y alivió así algo de la carga. Iluminó con firmeza el interior del tronco mientras su hermano alargaba el bastón hacia el fondo. Su plan era arrastrar con cuidado el frasco hasta un lateral y luego engancharlo y subirlo. Al principio, para su consternación, estuvieron a punto de perderlo de vista cuando se hundió en el blando detritus de hojas secas. En un segundo intento, se enredó con la bolsa blanca de plástico. Pero al fin Rodney consiguió empujarlo hasta la pared del tronco y empezó el lento y cuidadoso ascenso. Dos veces lo tuvo al alcance de la mano izquierda, y las dos veces se cayó. Al tercer intento, sin atreverse a hablar por si la respiración de alguno de los dos pudiera hacer que se precipitase de nuevo, el frasco llegó a la altura de sus dedos estirados y fue capaz de agarrarlo. Entonces, aliviado, saltó de la silla y ayudó a su hermana.

—¿Qué creen que están haciendo?

La voz, que hizo que ambos dieran un respingo como gatos asustados y que se les acelerase el corazón, era tranquila, autoritaria, desalentadoramente de clase alta. Se dieron la vuelta y vieron a dos hombres jóvenes con chaquetas y gorras de *tweed*. Lo primero que pensó Mildred fue que eran guardabosques, pero descartó la idea casi de inmediato. La finca de los Pentland era extensa, de una hectárea más o menos, pero poco adecuada para la cría de caza, y los jóvenes tenían un aspecto y una forma de hablar más propios de herederos de la casa que de empleados. Uno de ellos, de hecho, llevaba un arma. Fue un momento de absoluto terror.

Su hermano se había quedado sin habla por el sobresalto y la vergüenza, pero Mildred se repuso con admirable rapidez.

—Me temo que nos han sorprendido colándonos —dijo en un intento por parecer encantadora—. Habríamos llamado a la puerta principal para pedir permiso, pero la verja estaba cerrada. Mi hermano y yo solo queríamos ver la antigua casa familiar de nuestro tío. De niños jugábamos mucho aquí, durante las vacaciones, y este viejo árbol forma parte de nuestros recuerdos infantiles. Hemos pasado por delante con el coche y no hemos podido resistir la tentación de entrar a verlo.

—Equipados con un bastón y una silla... —repuso el joven más alto con frialdad—. ¿Qué estaban buscando exactamente?

Alargó la mano y cogió el frasco.

—Lo hemos visto ahí tirado y nos picaba la curiosidad —dijo Rodney—. No tenemos nada que ver con ello, por supuesto.

—En ese caso, será mejor que nos lo quedemos. A mí me parece veneno. Nos encargaremos de guardarlo en un lugar seguro. —Luego se giró hacia su compañero—: Henry, ¿crees que es necesario llamar a la policía?

A Henry parecía serle indiferente aquello.

—No, no lo creo. Parecen bastante inofensivos. Casi respetables, de hecho, aunque, claro, las apariencias pueden engañar. Pero, sin duda, es mejor que nos hagamos cargo del frasco. Y nos quedaremos con sus nombres y direcciones.

—John Smith y Mary Smith —se apresuró a decir Rodney—. High Street, en Tooting Bec.

El hombre más joven esbozó una sonrisa forzada.

—Sus nombres y direcciones de verdad, mejor. Tal vez lleve su permiso de conducir encima. Necesitaremos algún tipo de identificación.

El proceso de tomar nota de sus nombres se desarrolló en un embarazoso silencio. Después, los Millcroft fueron escoltados hasta la verja, que se cerró de nuevo cuando salieron. Desaliñados, sucios y rojos de vergüenza, parecían unos modernos Adán y Eva expulsados de forma sumaria del paraíso. Ninguno de los dos habló hasta que estuvieron otra vez sentados en el coche y Rodney había arrancado el motor.

—Si padre confiesa ahora y esto llega a los periódicos —dijo Mildred—, esos dos hombres aparecerán. Y tienen la prueba.

Rodney deseó que su hermana fuera menos propensa a afirmar lo obvio. Como no había nada útil que decir, no dijo nada. Solo agradecía que Mildred estuviera al parecer demasiado abatida para atacarlo por el disparate de haber dado nombres falsos. Después de una breve pausa, Mildred habló de nuevo.

—¿Llamas tú a Maitland Lodge o llamo yo?

En un universo regido por el orden y la moral, sin duda el señor Millcroft se habría llevado una triste decepción con Maitland Lodge: la comida sería indigesta; el vino, imbebible; el personal, draconiano; los otros residentes, antipáticos; y el general de brigada, una compañía mucho menos agradable al estar bajo el mismo techo que cuando era solo un visitante ocasional en Meadowsweet Croft. Por desgracia para el triunfo de la virtud sobre la maldad, Maitland Lodge cumplió con creces las esperanzas y expectativas del señor Millcroft. El general y él estaban de acuerdo en que podrían vivir allí diez años más antes de preguntarse si ya era hora de abandonar sus cuerpos mortales. El señor Millcroft era el favorito de los empleados, que lo consideraban un «auténtico carácter», sobre todo cuando más mordaz se mostraba. Era en especial afable con la exuberante enfermera Bunting, que de vez en cuando atendía los achaques y dolencias de los residentes. Cuando llevaba su impecable uniforme almidonado de color blanco y azul y su cofia plisada, la enfermera Bunting era un modelo de rectitud profesional. Fuera de sus horas de trabajo, sin embargo, se soltaba literalmente el pelo, y el señor Millcroft y ella disfrutaban de muchos momentos de intimidad en su habitación, con un último trago de whisky caliente.

—Eres terrible con tu familia, Gussie —le recriminaba ella de vez en cuando—. Ni visitas, ni cartas, ni siquiera una caja de bombones.

—Sobre todo nada de bombones —le decía el señor Millcroft.

Una tarde de finales de agosto, tres meses después de su admisión y al término de un perfecto día de verano, el general y él estaban sentados en la terraza, en sus cómodos sillones de mimbre con cojines, contemplando el distante centelleo del río más allá de los hermosos jardines de Maitland Lodge. Badge, el encargado, les acababa de sacar sus bebidas de antes de la cena y estaban los dos en paz con el mundo. El tema de conversación volvió, como ocurría a menudo, a las circunstancias por las cuales habían llegado a ese final feliz.

—Aún me sorprende que tus hijos se tragasen la historia —dijo el general.

—A mí no. La gente siempre está dispuesta a creer que otros van a actuar como habrían actuado ellos mismos. Tampoco tenía yo ninguna duda de que irían a los Pentland. ¿Había algo más lógico? En cualquier caso, tus hombres debieron de ser muy convincentes. Les metieron el miedo en el cuerpo. Ojalá hubiera estado yo allí para verlo.

—Bueno —dijo el general despreocupado—, es la ventaja de ser militar. Siempre encuentras un par de buenos tipos cuando necesitas encargar un trabajillo.

—¿Qué pusieron en el frasco?

—Ya sabes lo que era. Bicarbonato de sodio.

Hubo un silencio mientras el general le daba un sorbo a su *gin- tonic* y el señor Millcroft saboreaba su jerez seco. Se lo habían servido justo a la temperatura que le gustaba. Estaba sopesando si probar alguno de los deliciosos frutos secos o canapés que había en el carro de las bebidas o si eso le quitaría el apetito de cara a la cena, cuando el general volvió a hablar.

—Siempre he querido preguntarte una cosa. No estoy seguro de si debería. Algunas preguntas no deberían hacerse entre amigos. Aun así, tengo curiosidad. Me preguntaba, y no contestes si no quieres, si ayudaste a tu hermano a irse.

—¿Si lo asesiné?

—Aunque suene brusco decirlo, sí. No con arsénico, claro. Solo un canalla utilizaría arsénico. Es el arma de los envenenadores vulgares y de las adúlteras victorianas. Pero supongo que hay

otras formas.

El señor Millcroft pareció reflexionar sobre el tema.

—Bueno, si lo hubiera hecho, habría utilizado algo más simple. Una bolsa de plástico, por ejemplo. Solo hay que envolver con ella la cabeza de la víctima cuando está durmiendo, presionar con decisión sobre la nariz y la boca, y se va tan dulcemente como un bebé dormido. No creo que nadie pudiera detectarlo.

—Aun así, tendrías que deshacerte de la bolsa —repuso el general—. ¿Qué harías con ella?

—¡Ah! —exclamó el señor Millcroft mientras le daba otro sorbo a su jerez—. La tiraría al tronco del roble maldito. —Luego, mirando de reojo la expresión de su amigo, añadió—: Es una broma, hombre. Solo es una broma. Pásame el periódico, anda. ¿Qué era lo que querías hacer mañana a las dos y media?